

PASIÓN POR LAS ALMAS

OSWALD J. SMITH

CONTENIDO

Introducción de Jonathan Goforth. . .	7
1. El derramamiento del Espíritu . .	8
2. La responsabilidad por el aviva miento	17
3. La aflicción del alma	29
4. Poder de lo Alto. . . .	39
5. Convicción de pecado . .	51
6. Obstáculos al avivamiento .	61
7. Fe para el avivamiento . .	69
8. Hambre por el avivamiento .	75
9. ¿Está muerto el Evangelismo?	84
10. La necesidad de la <i>Hora</i> . .	93
11. ¡Evangelismo! La respuesta de Dios para este mundo gimiente .	98
12. Dios manifiesta Su poder en avivamientos	110
13. Los resultados permanentes del Evangelismo y del avivamiento	121
14. ¿Cómo podemos tener avivamiento en la actualidad?	127
15. El Evangelismo en acción . .	137
16. ¿Evangelismo o avivamiento? ¿Cuál?	157
17. Evangelismo en la sala de indagación	173
18. El mensaje del Evangelismo. .	185
19. Lecciones del Evangelismo . .	195

INTRODUCCIÓN

El libro del doctor Smith, pasión por las almas es, por su tamaño, el alegato más poderoso por el avivamiento que yo jamás haya leído. El ha sido verdaderamente guiado por el Espíritu de Dios al prepararlo. Puedo dar un cordial amén a su énfasis en la necesidad de un avivamiento producido por el Espíritu Santo. Lo que vi de avivamiento en Corea y en China está en la mejor de las armonías con el avivamiento por el que se dama en este libro.

Ha sido con mucha oportunidad que el doctor Smith ha llamado a la atención los esfuerzos y métodos humanos en los avivamientos modernos. Si todos tuviéramos la fe de esperar en Dios en ferviente oración de fe tendría lugar un avivamiento genuinamente del Espíritu Santo, y el Dios viviente tendría toda la gloria. En Manchuria y en China, cuando no hacíamos otra cosa que dar la prédica y que la gente orara, manteniéndonos tan poco visibles como fuera posible, vimos las más poderosas manifestaciones del poder divino.

Si tuviera yo la riqueza de un millonario, pondría *Pasión por las Almas* en cada hogar cristiano de este continente y esperaría confiadamente un avivamiento que barrería todo el mundo.

Toronto (Canadá) Jonathan Goforth, D. D.

NOTA: Escrito para los siete primeros capítulos

1

EL DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU

FUE EN 1904. Todo Gales estaba inflamado. La nación se había alejado mucho de Dios. Las condiciones espirituales eran ciertamente muy bajas. La asistencia a la iglesia era pobre. Y el pecado abundaba por todas partes.

Repentinamente, como un tornado inesperado, el Espíritu de Dios barrió la tierra. Las iglesias se llenaban tanto que las multitudes no podían ni tan siquiera entrar en ellas. Las reuniones duraban desde las diez de la mañana hasta las doce de la noche. Cada día tenían lugar tres servicios determinados. El instrumento humano fue Evan Roberts, pero había poca predicación. Cantos, testimonios y oración constituían las principales características. No habían himnarios; habían aprendido los himnos en la niñez. Ni tampoco coro: todo el mundo cantaba. No se hacían colectas, ni anuncios en la prensa.

Nada había llegado jamás a Gales con unos resultados tan efectivos. Los incrédulos se convertían; los borrachos, ladrones, y jugadores se salvaban; y miles que volvieron a la dignidad. Se oían confesiones de terribles pecados por todos lados. Se pagaban antiguas deudas. El teatro tuvo que cerrar por falta de clientes. Las mulas en las minas de carbón rehusaban trabajar, al no estar acostumbradas a ser tratadas con suavidad. En cinco semanas, 20.000 se unieron a las iglesias.

En el año 1835 Titus Coan arribó a las costas de Hawai. En su primer viaje multitudes se reunieron para escucharle. Se amontonaban de tal manera a su alrededor que apenas tenía tiempo para comer. En una ocasión predicó tres veces antes de poder tener oportunidad de desayunar. Sentía que Dios estaba obrando de una manera muy des acostumbrada.

En 1837 fuegos mortecinos se avivaron. Casi toda la población fue su audiencia. Estaba ministrando a 15.000 personas. Incapaz de llegar a todos ellos, ellos fueron a él y se asentaron en una reunión que duró dos años. No había una sola hora del día ni de la noche en que no se reuniera una audiencia entre 2.000 y 6.000 a la señal de la campana.

Había el clamor tembloroso, sollozante, en llanto, por misericordia, en algunas ocasiones demasiado fuerte para que el predicador pudiera ser oído; y en cientos de casos sus oyentes se desvanecían. Algunos llegaban a gritar: «La espada de dos filos me está despedazando.» El perverso burlador que llegó a chancearse cayó como un perro, y gritó: «¡Dios me ha fulminado!» En una ocasión, mientras que estaba predicando en un campo abierto a 2.000 personas, un hombre gritó: «¿Qué tengo que hacer

para ser salvo?», y oró la oración del publicano, y toda la congregación asumió el clamor por misericordia. Durante media hora, el señor Coan no pudo hallar ocasión de hablar, sino que se tuvo que quedar quieto y contemplar cómo Dios obraba.

Se solucionaban peticiones, borrachos eran regenerados, adúlteros convertidos, y asesinos que confesaban y eran perdonados. Los ladrones restituían lo robado. Y se renunciaba a los pecados de una vida entera. En un año 5.244 se unieron a la Iglesia. Hubieron 1.705 bautizados en un solo domingo. Y se sentaban a la mesa del Señor 2.400 personas que habían sido pecadores de lo más impenitente, y ahora santos de Dios. Y cuando el señor Coan se fue, él mismo había recibido y bautizado a 11.960 personas.

En la pequeña ciudad de Adams, Nueva York, el año 1821, un joven abogado se abrió camino a un lugar solitario del bosque para orar. Dios le encontró allí, y fue maravillosamente convertido, y poco después llenado por el Espíritu Santo. Este hombre era Charles G. Finney.

La gente oyó esto, y se interesó vivamente y, como de común acuerdo, se juntó en la casa de reuniones al atardecer. El señor Finney se hallaba allí. El Espíritu Santo obró en ellos con un poder grande de convicción, y empezó un avivamiento. Después se extendió por el país alrededor, hasta que al fin casi toda la parte de los Estados del Este quedó atenazado en el seno de un poderoso avivamiento. Siempre que el señor Finney predicaba, el Espíritu era derramado. Con frecuencia Dios iba delante de él, de manera que cuando llegaba a un lugar, se encontraba ya con la gente clamando por misericordia.

En algunas ocasiones la convicción de pecado era tan abrumadora y provocaba unos llantos de angustia tan estremecedores que él tenía que cesar de predicar hasta que cesaran. Ministros y miembros de iglesias se convertían. Los pecadores se salvaban a miles. Y durante años esta poderosa obra de gracia continuó. Nunca habían los hombres testificado algo semejante en sus vidas antes de entonces.

Os he traído a la mente tres incidentes históricos del derramamiento del Espíritu Santo. Se podrían citar cientos de otros. Pero éstos son suficientes para mostrar qué es lo que quiero decir. Y esto es lo que en la actualidad necesitamos, más que ninguna otra cosa. Cuando recuerdo cómo derramamientos así han venido lugar en China, en la India, en Corea, en África, en Inglaterra, en Gales, en Estados Unidos, en las Islas del Pacífico, y en muchos otros lugares excepto el Canadá, nuestro Dominio, nuestro amado país, que nunca a lo largo de toda su historia ha experimentado un avivamiento nacional, mi corazón clama a Dios para que también dé una tal manifestación de Sí Mismo.

¿Lo necesitamos? ¡Escuchad! ¿Cuántas de nuestras iglesias se encuentran más que medio vacías domingo tras domingo? ¿Cuántas multitudes no hay que nunca entran en la casa de Dios? ¿Cuántas reuniones de oración a mitad de semana son prósperas y vivas? ¿Dónde se halla el hambre por las cosas espirituales?

Y en cuanto a la obra misionera —las tierras allende de los mares, tinieblas del paganismo— ¿qué estamos haciendo? ¿Acaso el hecho de que multitudes estén pereciendo ahora mismo nos provoca jamás el más mínimo sentimiento de ansiedad? ¿Nos hemos vuelto egoístas?

¿Y qué de la enorme riqueza que Dios nos ha dado? Tomemos Estados Unidos como ejemplo, la nación más rica del mundo en el día de hoy, y con la mayor parte de su riqueza en manos de profesos cristianos. Y a pesar de esto, Estados Unidos gastó más en chicle en un año que lo que gastaron en Misiones. ¿Cuántos cristianos le están dando a Dios aún tan sólo el diezmo de lo que Él les da a ellos?

Y ahora echemos un vistazo a algunos institutos y seminarios, tanto aquí como en el campo misionero, en los que se enseña la «alta crítica». Se nos dice que Jesús jamás obró ningún milagro, que nunca resucitó de los muertos, que no nació de una virgen, que no murió como nuestro Sustituto, y que no vendrá otra vez.

¿Cuántos profesos cristianos están viviendo la vida de Cristo delante de los hombres? ¡Oh, cómo nos estamos volviendo como el mundo! ¡Cuán poca oposición hallamos! ¿Dónde están las persecuciones que caían sobre la Iglesia Primitiva? ¡Cuán fácil es ser cristiano en la actualidad!

¿Y qué hay acerca del ministerio? ¿Acaso el ministro atrae, convierte, y salva mediante su mensaje? ¿Cuántas almas son ganadas mediante la predicación de la Palabra de Dios? ¡Ah, amigos míos, estamos abrumados de actividades eclesiales, mientras que la verdadera tarea de la Iglesia, la de evangelizar el mundo y ganar a los perdidos, queda casi completamente olvidada.

¿Adónde se halla la convicción de pecado que acostumbrábamos a ¿ Es acaso una cosa del pasado? Miremos a una de las reuniones de Finney. ¡Ah, si pudiéramos repetirlo en la actualidad! El nos dice que, en una ocasión que estaba hablando en unas reuniones en Amberes (Bélgica), un hombre anciano le invitó a predicar en una pequeña escuela cerca de donde él vivía. Cuando él llegó, el lugar se hallaba tan repleto que apenas sí encontró lugar para ponerse al lado de la puerta. Habló por largo rato. Al fin empezó a hacerles llegar el mensaje de que eran una comunidad impía; porque no tenían reuniones en su distrito. De repente todos fueron azotados por la convicción. El Espíritu de Dios cayó como un torbellino sobre ellos. Uno a uno cayeron sobre sus rodillas, o postrados sobre el suelo, clamando por misericordia. En dos minutos todos estaban así, y el señor Finney tuvo que cesar la predicación porque se hallaba incapaz de hacerse oír. Por fin consiguió captar la atención del anciano que estaba sentado en el centro de la estancia y, mirando alrededor suyo de asombro en asombro, le gritó a todo pulmón que orara. Entonces, persona a persona, les fue señalando a Jesús. El anciano tomó el cargo de la reunión mientras que él se fue a otra. Toda la noche continuó esta reunión, tan profunda era la convicción de pecado. Los resultados fueron permanentes, y uno de los jóvenes conversos vino a ser un ministro muy eficaz del evangelio.

Ah, sí, los hombres han olvidado a Dios. El pecado florece por todos lados. Y el púlpito no cumple con su misión. Y no conozco de nada menos que un derramamiento del Espíritu de Dios que pueda dar salida a esta situación. Un avivamiento así ha transformado docenas y cientos de comunidades: puede transformar a las nuestras.

Ahora bien, ¿cómo podemos conseguir un derramamiento tal del Espíritu? Me dirás, por medio de la oración. Cierto, pero hay algo que viene antes de la oración. Tenemos que tratar primero con la cuestión del pecado; porque a no ser que nuestras vidas sean rectas ante Dios, a no ser que nos hayamos apartado del pecado, podemos estar orando hasta el día del juicio, y el avivamiento no venir. «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Is. 59:2).

Probablemente, nuestra mejor guía aquí sea la profecía de Joel. Démosle una mirada. Es una llamada al arrepentimiento. Dios está deseoso de bendecir a Su pueblo, pero el pecado ha detenido la bendición. Y por ello, en Su amor y compasión trae un terrible juicio sobre ellos. Lo tenemos descrito en los capítulos 1 y 2. Ya casi llega a las puertas de la ciudad. Pero ved. —¡cuán grande es Su amor! Son de observar los versículos 12 al 14 del capítulo 2, donde dice:

Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertios a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertios a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá, y dejará bendición tras de él?

Ahora, amigo mío, yo no sé cuál es tu pecado. Tú lo sabes, y Dios lo sabe. Pero quiero que pienses acerca de él, porque más valdrá que ceses de orar y que te levantes de tus rodillas hasta que lo hayas solucionado, y te hayas apartado de él. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.» Deja que el Señor pruebe tu corazón y elimine el obstáculo. El pecado tiene que ser confesado y echado afuera.

Puede ser que tengas que dejar algún ídolo amado. Puede ser que tengas que hacer alguna restitución. Quizás estés reteniendo lo que es de Dios, robándole de lo que es Suyo. Pero esto es asunto tuyo, no mío. Es algo que está entre tú y Dios.

¡Señalemos ahora los versículos 15 al 17. El profeta ha convocado una reunión de oración. El pecado ha sido confesado y perdonado. Ahora pueden ellos orar. Y deben solicitar de Dios a causa de Su propio nombre, para que las naciones no digan: «¿Dónde está Su Dios?» Todos están ahora con espíritu ferviente y la oración de ellos va a prevalecer. ¡Escucha!

Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman, salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de ~ decir entre los pueblos: Dónde está tu Dios?

¡Ah, hermano mío! ¿Estás orando? ¿Estás pidiendo a Dios por esta ciudad? ¿Le estás rogando día y noche por un derramamiento de Su Espíritu? Porque ahora es la hora de orar. Se cuenta de un tiempo en la obra de Finney, cuando el avivamiento se había apagado. Entonces acordó con los jóvenes orar a la salida del sol, al mediodía, y a la puesta del sol en sus retiros durante una semana. El Espíritu fue derramado otra vez, y antes de que la semana finalizara multitudes acudían a las reuniones.

Y, naturalmente tiene que ser oración de fe, oración que espera. Si Dios hace arder corazones para orar por un avivamiento ello constituye una clara señal de que El desea enviar uno, y El es siempre fiel a Su Palabra. «Habrán lluvias de bendición» Sus promesas nunca fallan. ¿Tenemos fe? ¿Esperamos un despertamiento?

¡Ah, hermano mío, el problema no reside en Dios! Reside precisamente en nosotros mismos. El está dispuesto más que dispuesto Pero nosotros no lo estamos. Y El está esperando por nosotros. ¿Vamos a hacerle esperar mucho tiempo?

2

LA RESPONSABILIDAD POR EL AVIVAMIENTO

TAN ATRÁS EN EL TIEMPO como me llega la memoria, el corazón me ha ardido dentro de mí cada vez que he oído o leído relatos de la poderosa obra de Dios en los grandes avivamientos de años pasados. Los heroicos misioneros de la Cruz en tierras extrañas, y los solitarios hombres de Dios alrededor de los cuales se han centrado estas visitaciones de gracia, siempre han constituido una fuente de inexpressable inspiración en mi vida. David Brainerd, Adoniram Judson, Charles G. Finney, Robert Murray McCheyne —éstos y muchos otros han sido mis compañeros y amigos más cercanos.

Los he contemplado, escuchado, vivido con ellos, hasta que casi he sentido la atmósfera espiritual en que se movían. Sus pruebas y dificultades, sus oraciones y lágrimas; sus gozos y tristezas, sus triunfos gloriosos y logros victoriosos han hecho estremecer mi misma alma, y he caído sobre mi cara y prorrumpido juntamente con el ~ profeta de la antigüedad: «¡Oh, si rompieses los cielos, y descendieras! ».

El gran despertamiento del siglo xviii mediante Juan Wesley, la conmovedora manifestación irlandesa de 1859, la gloriosa visitación americana en el siglo xix mediante Charles G. Finney, y en nuestra propia época el poderoso avivamiento en Gales en 1904-5 —manifestaciones como éstas han sido mi alimento y mi bebida durante los años pasados. He oído de nuevo el sollozo y gemido incontrolable de los convictos y las indecibles expresiones de gozo de los que habían sido liberados. Y he suspirado dentro de mí mismo por otra manifestación así de la presencia y del o en de Dios.

Desde mi niñez ha sido mi delicia leer más o menos de la obra de Dios en esta línea, pero últimamente he sido llevado a dejar todo a un lado y, literalmente, devorar todo lo que podía conseguir acerca de la obra de los avivamientos. Y al estudiar las vidas de aquellos que Dios utilizó de una forma marcada a lo largo de los siglos, especialmente las labores de los puritanos, los primeros metodistas, y otros de años posteriores, y vi cuán maravillosamente fueron reconocidos por El — como ellos obraban, esperaban, y conseguían lo que buscaban— me vi obligado a admitir que no podía ver nada de ello en la actualidad ni en mi propio ministerio, ni en el ministerio de otros. La iglesia promedio no pretende resultados, ni mucho menos los obtiene. Los hombres predicán y nunca

ni tan siquiera sueñan en que nada vaya a suceder. ¡Cuánto nos hemos desviado! ¡Cuán impotentes nos hemos vuelto!

Se informa de que hubo 7.000 iglesias que no ganaron ni una sola alma para Jesús en todo un año. Esto significa que 7.000 ministros predicaron el Evangelio durante un año entero sin llegar tan siquiera a una sola alma. Suponiendo que predicaran, poniéndolo como promedio, durante cuarenta domingos, sin incluir reuniones extraordinarias, esto significa que estos 7.000 pastores predicaron 560.000 sermones en un solo año. Pensemos en el trabajo, la actividad, el dinero gastado en salarios, etc., para hacer esto posible. Y a pesar de esto, 560.000 sermones predicados por 7.000 pastores en 7.000 iglesias a decenas de millares de oyentes durante un período de doce meses, no pudieron traer ni a una sola alma a Cristo.

Ahora bien, aquí hay algo que está radicalmente mal por alguna parte. O algo pasa con estos 7.000 pastores, o con sus 560.000 sermones, o con los dos.

Al leer de nuevo las Doce Reglas de la primitiva iglesia metodista me causó impacto el hecho de que la meta de ellos era el ganar almas, y que lo consideraban como su obra suprema. Citaré de una de ellas: «Nada tenéis que hacer sino salvar a almas. Por lo tanto, gastad y gastaos en esta obra. No es vuestra ocupación en predicar tantas veces a la semana, sino la de salvar a tantas almas como podáis; traer tantos pecadores como podáis al arrepentimiento, y con todo vuestro poder edificarlos en aquella santidad sin la cual nadie verá al Señor.» —Juan Wesley.

La aplicación práctica de esta regla queda de-mostrada en la vida de William Bramwell, uno de sus hombres más notables. «No era él, según el uso normal de las palabras, un gran predicador. Pero si es mejor médico el que efectúa más curaciones, el mejor predicador es aquel que es el instrumento mediante el que más almas llegan a Dios; y por este criterio el Señor Bramwell tendrá título a estar entre los más grandes y mejores de los ministros cristianos.» —Memorias de William Bramwell.

John Oxtoby fue utilizado por Dios en tal manera que pudo decir: «Puedo dar testimonio de la conversión de pecadores a diario, apenas si salgo y Dios ya me da algo de fruto.»

Se decía de John Smith, uno de sus hombres más maravillosamente ungido y padre espiritual de miles, que «él cesó de estimar toda predicación, y ciertamente toda labor ministerial excepto por la producción de efectos salvadores. “Por la gracia de Dios estoy decidido a ganar almas —exclamó en una ocasión—. ¡Un ministro del evangelio es enviado a hacer volver a los hombres de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás al de Dios!” De aquel tipo de predicación que sola mente producía placer intelectual sentía un santo odio. Nada podía ser más característico de aquel hombre que sus observaciones acerca de sermones en los que el poder del intelecto o de la imaginación era casi exclusivamente dominante “Caballero, éstos no llegan a nada.”» —Vida de John Smith.

«No puedo comprender cómo siguen malgastando su tiempo aquellos que pueden ir haciendo y haciendo sin ver ningún fruto. Si éste fuera mi caso llegaría pronto a la conclusión de que no estaba en mi sitio.» —Thomas Taylor.

«Si vuestros corazones no están contemplando el fin de vuestras labores, y si no tenéis sed de la conversión y edificación de vuestros oyentes, y no estudiáis y predicáis en esperanza, muy posiblemente no vais a ver mucho fruto de todo ello. Es señal de un corazón falso, y que busca lo suyo propio, cuando se está contento de seguir haciendo, sin ver fruto alguno de sus labores.» —Richard Baxter.

Entonces comparé los resultados de mi ministerio con las promesas de Dios. En Jeremías 23:29 leemos: «¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?» Y en Efesios 6:17: «La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.» Pero cuando más meditaba acerca de ello, más me convencía que en mi ministerio la Palabra de Dios no era un Fuego, un Martillo, ni una Espada. No quemaba, ni quebrantaba ni atravesaba. No había ejecución. En Hebreos 4:12 se afirma que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón»

Yo nunca la había visto actuar así. Juan Wesley sí lo vio. John Smith fue un constante observador de esta verdad. David Brainerd fue testigo de su agudeza; pero yo no. «Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié» (Is. 55:11). Y yo sabía que esta maravillosa promesa no había sido cumplida en mi predicación. Yo no tenía evidencias como Pablo, William Bramwell ni Charles G. Finney de que no volvía vacía una y otra vez. Y yo tenía un derecho a ver la evidencia. ¿Acaso es de asombrar a nadie que empecé a desafiar a mi predicación?

Y no solamente a mi predicación, sino también a mi vida de oración. Ésta también tenía que sufrir el desafío y ser probada por el resultado. Y me vi obligado a reconocer que la confiada afirmación de Jeremías 33:3: «Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces», no se hacía realidad en mi propia experiencia. Las cosas «grandes» eran experimentadas casi a diario por Evan Roberts, Jonathan Goforth y otros, pero no por mí. Mis oraciones no eran contestadas a diario ni de una manera definida. De ahí, Juan 14:13-14, «y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo», y, «si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré», no, eran realidades en mi caso. Para mí estas promesas no constituían algo vital ya que yo pedía muchas cosas que no recibía, y esto no era conforme a la promesa.

Así, me llegué a dar cuenta de que había algo radicalmente erróneo en mi vida de oración. Y al leer la autobiografía de Charles G. Finney, descubrí que, él también, había experimentado el mismo fracaso. «En particular quedé bastante impresionado —relata—, por el hecho de que las oraciones que había estado escuchando, semana a semana, no eran contestadas de una manera que yo lo pudiera ver. Ciertamente, pude ver con las mismas oraciones de ellos, y de otros comentarios en las reuniones, que aquellos que las ofrecían no consideraban que hubieran recibido contestación.

»Se exhortaban unos a otros a despertar y a dedicarse, y a orar fervientemente por un avivamiento, afirmando que si ellos hacían su deber, y oraban por el derramamiento del Espíritu, y eran fervientes, que el Espíritu Santo sería derramado, que tendrían un avivamiento, y que los impenitentes se convertirían. Pero en sus oraciones y en sus reuniones y conferencias confesaban siempre que no hacían progresos en la consecución de un avivamiento.

»Esta incoherencia, el hecho de que oraban tanto y de que no se les daba respuesta, constituía para mí una triste piedra de tropiezo. No sabía qué hacer de todo aquello. En mi mente surgió el interrogante de si tenía que considerar que aquellas personas no eran verdaderamente cristianas, y que por ello no prevalecían ante Dios, o si había mal comprendido las promesas y enseñanzas de las Escrituras acerca de este asunto, o si tenía que llegar a la conclusión de que la Biblia no decía la verdad. Aquí había algo que para mí era inexplicable, y me pareció, por un tiempo que me llevaría casi al escepticismo. Me parecía que las enseñanzas de la Biblia no se ajustaban en nada a los hechos que tenía ante mis ojos.

»En una ocasión, cuando estaba en una reunión de oración, me preguntaron si no quería que oraran por mí. Les dije que no, debido a que yo no veía que Dios contestara las oraciones de ellos. Dije: «Supongo que necesito que se ore por mí porque estoy consciente de que soy un pecado pero no veo que me vaya a hacer ningún bien que ustedes oren por mí; porque ustedes están pidiendo continuamente, pero no reciben nada. Han estado orando por un avivamiento desde que llegué a Adams, y a pesar de ello no lo han tenido.»» Cuando Juan Wesley concluía su mensaje clamaba a Dios que «confirmara Su Palabra», que «pusiera Su Sello», y que «diera testimonio de Su Palabra». Y Dios lo hacía. Los pecadores que daban de inmediato fulminados, y empezaban a clamar por misericordia bajo una terrible convicción de pecado y pronto, en un momento, recibían la liberación y eran llenados de un gozo indecible en el conocimiento de una salvación presente. En su maravilloso *Diario* él escribía lo que sus ojos habían testificado, y lo que sus oídos habían oído, con las siguientes palabras:

Nos hemos enterado de que muchos se ofendieron ante los clamores de aquellos sobre los que descendió el poder de Dios; entre ellos se hallaba un médico, que se temía mucho que pudiera haber fraude o engaño en estos casos. Hoy una mujer a la que él había conocido por muchos años fue la primera que cayó presa de fuertes gritos y lágrimas. Apenas sí podía él creer a sus propios ojos y oídos. Fue, y se acercó a ella, y observó cada uno de los síntomas, hasta que gran. des gotas de sudor bajaban por la cara de ella y todos los huesos de ella se estremecían. Entonces, él no sabía qué pensar, habiendo quedado claramente convencido de que no se trataba de ningún fraude, ni tampoco de ningún desorden natural. Pero cuando tanto el alma como el cuerpo de ella quedaron curados en un momento, él reconoció el dedo de Dios.

Tal era también la experiencia de la Iglesia primitiva. «Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hch. 2:37). «Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios» (Hch. 14:3). Ellos oraban que «señales y prodigios» fueran hechos (Hch. 4:30). Y Pablo proclamaba que el

Evangelio es «poder de Dios para salvación» (Ro. 1:16). Pero todo esto era totalmente ajeno a mi obra.

En el avivamiento irlandés de 1859, se veían por todas partes «señales y prodigios». Entre los primeros metodistas eran un acontecer común. Pero conmigo el Evangelio no era «el poder de Dios para salvación». Dios no «confirmaba Su Palabra», ni «ponía Su sello», ni «daba testimonio de Su Palabra», cuando yo oraba. Y yo sabía que tenía el derecho de esperar todas estas cosas porque el mismo Jesús había dado la promesa.

«Las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará» (Jn. 14:12). Entonces, un día, leí en los Hechos de los Apóstoles para ver si los siervos de Dios en la Iglesia primitiva conseguían resultados allí adonde ellos iban. Y encontré que ellos iban a por fruto, que trabajaban con vistas a ellos, que lo esperaban, y que nunca dejaban de conseguirlo. Pedro predicó el día de Pentecostés, y 3.000 respondieron a aquella primera llamada. Hubo un resultado definido, concreto. Con Pablo era lo mismo. Sigámosle de lugar a lugar, y allí donde él llega surgen iglesias. Veamos cuán repetidamente se señalan los resultados por todo el libro. «Y se añadieron aquel día como tres mil personas» (2:41). «Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron» (4:4). «Y los que creían en el Señor aumentaban más» (5:14). «Y una gran multitud fue

agregada al Señor» (11:24). «Creyó una gran multitud» (14:1). «Algunos de ellos creyeron... de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas» (17:4). «Algunos creyeron» (17:34) «Y muchos de los corintios, oyendo, creían» (18:8). Y Pablo pudo contar «las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio» (21:19). ¡Ah, cuán lejos quedaba yo de la meta! Qué terrible era mi fracaso!, habiendo fracasado en la mismísima cosa para la que Dios me había amado al ministerio. Con qué poca frecuencia podría yo escribir después de haber predicado que «un gran número creyeron y se convirtieron al Señor», o siquiera que «algunos creyeron». Tampoco me era posible declarar, como Pablo: «las cosas que Dios había hecho mediante mi ministerio». Dios afirma de una manera clara y enfática que es Su voluntad que cada uno de Sus siervos ha de llevar fruto: «Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto» (Jn. 15:16).

Ante demasiado tiempo me había contentado con sembrar y evangelizar, con la excusa de que tenía que dejar los resultados a Dios, pensando que ya había cumplido con mi deber. Cuando la gente recibe la salvación y grandes bendiciones lo dirán, y si no lo hacen, hay razones para dudar de la realidad del resultado. George Whitefield recibía en ocasiones cientos de cartas después de que hubiera predicado, en las que se le hablaba de bendiciones y de conversiones.

Ves a la asamblea pública con el pensamiento de hacer impacto, y persuade allí a algunas almas al arrepentimiento y a la salvación. Ves a abrir ojos ciegos, a destapar oídos sordos, a hacer andar a los cojos, a hacer sabios a los necios, a levantar a aquellos que están muertos en delitos y pecados a una vida celestial y divina, y a llevar a rebeldes culpables al retomo del amor y a la obediencia a su Hacedor, por Cristo Jesús el gran Reconciliador, a fin de que ellos puedan ser perdonados y salvados. Ves a difundir el sabor de Cristo y de Su evangelio en medio de toda una asamblea y a ganar almas a que participen de Su gracia y de Su gloria.

—Doctor Isaac Watts.

Hay hombres que creen que tienen talentos especiales para la edificación de creyentes, y por ello se dan por entero a la edificación de cristianos en la Fe. Aquí es donde yo me había equivocado. Creía que tenía unos dones especiales para la enseñanza y para hablar a jóvenes creyentes acerca de la vida espiritual, y por ello preparé un número de prédicas con la idea de dedicar mi tiempo a esta obra, hasta que en Su misericordia el Señor me abrió los ojos y me mostró cuán errado andaba yo. No hay nada que profundice la experiencia cristiana, que edifique a los creyentes y que los fortalezca tan rápidamente en la fe como al ver almas siendo salvadas. Profundas reuniones dirigidas por el Espíritu Santo, en las que el poder de Dios obra poderosamente en la convicción y salvación de los pecadores, hará más por los cristianos que una enseñanza de años sin ello. Tal era la experiencia de David Brainerd. Al escribir acerca de los indios entre los que trabajaba, dice: «Muchas de estas gentes han conseguido más conocimiento doctrinal de las verdades divinas desde que Dios les visitó por primera vez el pasado junio que el que podrían haber introducido en sus mentes, mediante la utilización más diligente de medios propios de instrucción durante años sucesivos, sin tal influencia divina.»

Se relata el incidente de William Bramwell:

Varios predicadores locales —decía— habían dicho que sus talentos no estaban para despertar pecadores impenitentes y descuidados, sino para edificar a creyentes en la Fe. El señor Bramwell trató de demostrarles que tal tipo de razonamiento se utilizaba frecuentemente como excusa de la pérdida de la vida y de los poderes de Dios. Que, aunque algunos predicadores pudieran tener un talento peculiar para la consolación y edificación de los creyentes, los verdaderos siervos de Dios, aquellos a los que El había enviado a Su viña, podían efectuar todos los tipos de trabajos: podían cavar, arar, plantar, sembrar, regar, etc., y les instó fervientemente a los predicadores a que no se quedaran satisfechos sin ver los frutos de sus labores, en el despertamiento y conversión de los pecadores.

«La edificación de los creyentes en su santísima fe era un objeto principal del ministerio del señor Smith; pero él nunca consideraba esta obra como eficaz a no ser que sus resultados quedaran indicados en la conversión de pecadores.» —Vida de John Smith.

La obra entre los creyentes no va a ser suficiente por sí misma. No importa cuán espiritual una iglesia profese ser, si no hay almas salvadas hay algo que está radicalmente mal, y la pretendida espiritualidad es simplemente una falsa experiencia, un engaño del diablo. Las personas que se quedan satisfechas con simplemente reunirse para pasar juntas un buen rato se hallan muy alejadas de Dios. La verdadera espiritualidad tiene siempre un resultado. Habrá deseo y amor por las almas. Hemos ido a lugares que tienen el nombre de ser muy espirituales y profundos, y a menudo hemos hallado que todo estaba en la cabeza, el corazón no habla sido tocado; y, no infrecuentemente, habla en algunos sitios pecados no confesados. «Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella.» ¡Qué lástima tan grande! Desafiemos así a nuestra espiritualidad y preguntémosnos qué es lo que ella produce; *porque* nada menos que un avivamiento genuino en el Cuerpo de Cristo, resultando en un verdadero despertar entre los no salvos, satisfará el corazón de Dios.

3

LA AFLICCIÓN DEL ALMA

LEEMOS EN Isaías 66:8 que, «en cuanto Sión estuvo de parto, dio a luz sus hijos» y éste es el aspecto más fundamental en la obra de Dios. ¿Acaso pueden nacer los niños sin dolores? ¿Puede haber nacimiento sin trabajo? Y aun así ¡cuántos esperan en el reino espiritual aquello que no es posible en el natural! ¡Ah, nada, absolutamente nada que no sea aflicción del alma dará hijos espirituales! Finney nos dice que él no tenía palabras que decir, solamente podía suspirar y llorar cuando imploraba a Dios por un alma perdida. Este era verdadero trabajo.

¿Podemos lanzarnos a por un niño que se esta ahogando, pero no por un alma que se está perdiendo? No es difícil llorar cuando nos damos cuenta de que nuestro pequeñuelo se está hundiendo bajo el agua por última vez. Entonces la angustia es espontánea. No es difícil sufrir la agonía del alma cuando vemos el ataúd, conteniendo todo lo que hemos amado en la tierra, fuera de casa camino del cementerio. ¡Ah, no, las lágrimas son entonces muy naturales! Pero, ¡darse cuenta y saber que almas preciosas, almas inmortales, están pereciendo alrededor nuestro, yendo a la negrura de la oscuridad y de la desesperación, perdidas eternamente, y aun así no sentir ninguna angustia, no derramar ningunas lágrimas, no saber lo que es el trabajo del alma! ¡Cuán fríos son nuestros corazones! ¡Cuán poco conocemos de la compasión de Jesús! Y con todo esto Dios nos lo puede dar, y la culpa es toda nuestra si no lo tenemos.

Jacob, recordarás, persistió hasta que prevaleció. Pero ¿quién lo está haciendo en la actualidad? ¿Quién está realmente trabajando en oración? ¡Cuántos, incluso entre nuestros guías cristianos más espirituales, se contentan con pasar unos pocos minutos al día sobre sus rodillas, y luego se enorgullecen del tiempo que le han dado a Dios! Esperamos resultados extraordinarios, y esto es muy posible; seguirán prodigios y milagros, pero solamente mediante esfuerzos extraordinarios en el reino

espiritual. Por tanto, nada servirá, excepto una imploración continua, agonizante, por as a mas, días y noches de oración. Así, «ceñíos y lamentad, sacerdotes; gemid, ministros del altar; venid, dormid en cilicio, ministros de mi Dios; Proclamad ayuno, convocad asamblea; congregad a los ancianos y a todos los moradores de la tierra en la casa de Jehová vuestro Dios, y clamad a Jehová» (Ji. 1:13, 14). ¡Ah, sí, Joel conocía el secreto! Dejemos de lado todo lo demás, y «clamemos al Señor».

«Leemos en las biografías de nuestros predecesores, que fueron tan efectivos en ganar almas, que oraban durante horas en privado. Así, se sus-cita la cuestión, ¿podemos acaso conseguir los mismos resultados sin seguir el ejemplo de ellos? Si podemos, entonces demostremos al mundo que hemos hallado un mejor camino; pero si no, en el nombre de Dios, empecemos a seguir a aquellos que mediante la fe y la paciencia obtuvieron la promesa. Nuestros antecesores lloraban y oraban y entraban en agonía delante del Señor para la salvación de pecadores, y no descansaban hasta que eran muertos por la Espada de Dios. Este era el secreto de su poderoso éxito; cuando las cosas se detenían y no se movían ellos luchaban en oración hasta que Dios derramaba Su Espíritu sobre la gente, y los pecadores se convertían» —Samuel Stevenson.

Todos los hombres de Dios llegaron a ser hombres poderosos en oración. El sol nunca se levantaba sobre China, se nos dice, sin encontrar a Hudson Taylor sobre sus rodillas. ¡No es de asombrar que la Misión Interior de China fuera reconocida por Dios de una manera tan maravillosa!

La conversión es la operación del Espíritu Santo, y la oración es el poder que consigue esta operación. Las almas no son salvadas por el hombre, sino por Dios, y ya que El obra en respuesta a la oración, no tenemos más elección que la de seguir el plan divino. La oración mueve el Brazo que mueve el mundo.

La oración prevaleciente no es fácil. Solamente ¡aquellos que han luchado con los poderes de las tinieblas saben cuán difícil es. Pablo dice que «no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra ¡principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12). Y cuando el Espíritu Santo ora es «con gemidos indecibles» (Ro. 8:26).

¡Oh, cuán pocos hay que encuentren tiempo para la oración! Hay tiempo para todo lo demás, ¡tiempo para dormir y tiempo para comer, tiempo para leer el diario, tiempo para visitar a los amigos, y tiempo para todo lo que haya debajo del sol, pero no hay tiempo para la oración, la más importante de todas las cosas, lo que es realmente esencial.

Piensa de Susan Wesley que, a pesar de que tuvo diecinueve hijos, encontraba tiempo para encerrarse en su habitación por una hora entera cada día, a solas con Dios. Amigo mío, no se trata tanto de *encontrar* tiempo como de *tomárselo*. Y si queremos, nos lo tomaremos.

De tanta importancia consideraban los apóstoles la oración que no querían siquiera servir a las mesas, sino que dijeron: «Nosotros persistiremos en la *oración* y en el ministerio de la palabra» (Hch. 6:4). Pero ¡cuántos pastores se hallan cargados con el aspecto financiero de la obra, y cuántos oficiales esperan de ellos que lleven esta carga! ¡No es de asombrar que su obra espiritual sea de tan poca entidad?

«En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó *la noche* orando a Dios» (Lc. 6:12). Esto es lo que se narra con respecto al Hijo de Dios; y si era necesario para Él, ¡cuánto más para nosotros! ¡Oh, piensa acerca de esto! ¡Toda «la noche orando»! ¿Cuántas veces se podría decir esto de nosotros? ¡De aquí, Su fortaleza! ¡De ahí, nuestra debilidad!

Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios? (Ji. 2:17).

Y no solamente apremiaron a la oración, sino que ellos mismos oraban. Dice Daniel: «Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión» (Dn. 9:34). Y Esdras también empuñó la misma arma poderosa en cada tiempo de dificultad. «Me postré de rodillas y extendí mis manos a Jehová mi Dios» (Esd. 9:5). A continuación sigue una oración muy notable. Nehemías seguía la misma línea. «Cuando oí estas palabras, me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos» (Neh. 1:4).

Tal era también la práctica de la Iglesia primitiva. Cuando Pedro se hallaba en prisión se afirma que «la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él», y que «muchos estaban reunidos orando». Y ahora, para terminar, bien podemos volvernos al relato de los tratos de Dios con Sus siervos favorecidos, y oír lo que ellos tienen que decir acerca del secreto de los resultados. ¡Y quiera Dios poner sobre nosotros la carga de la oración y de la súplica que reposó sobre aquellos gigantes espirituales y que les llenó de tantos trabajos! «Juan Livingstone dedicó toda la noche antes del 21 de Junio de 1630 en oración y conferencia, habiendo sido designado para predicar el día siguiente. Después de haber estado hablando por una hora y media, unas gotas de lluvia desconcertaron a la gente, pero Livingstone, preguntándoles si tenían algún refugio ante la tormenta de la ira de Dios, siguió otra hora. Hubo unos 500 convertidos allí y entonces. » —Livingstone of Shoots. «Conocí en una ocasión a un pastor que tuvo un avivamiento catorce inviernos seguidos. No sabía yo cómo explicar aquello, hasta que vi a sus miembros levantarse en la reunión de oración y confesar: “Hermanos —dijo— he tenido durante mucho tiempo la costumbre de estar orando a Dios cada sábado hasta pasada la medianoche, rogando al Señor que el Espíritu Santo descendiera sobre nosotros. Y ahora, hermanos —y empezó a llorar—, confieso que lo he descuidado por dos o tres semanas.” El secreto se había descubierto. Aquel pastor tenía una iglesia en oración.» —Charles G. Finney.

«Prevalecía, en oración efectiva, es aquella oración que consigue la bendición que busca. Es aquella oración que efectivamente mueve a Dios, La misma idea de la oración eficaz es que consigue sus objetivos.» —Charles G. Finney.

«En una cierta ciudad no había habido un avivamiento por muchos años; la Iglesia estaba casi extinguida, los jóvenes eran todos inconversos y la desolación reinaba totalmente. En una zona apartada de la ciudad vivía un hombre ya mayor, herrero de profesión, y con una lengua tan tartamuda que daba pena oírle hablar. Durante un viernes, cuando él estaba trabajando solo en su taller, su mente empezó a pasar por un grave ejercicio acerca del estado de la Iglesia y de los impenitentes. Su agonía se hizo tan grande, que quedó inducido a dejar su trabajo a un lado, a cerrar la puerta del taller, y a pasar la tarde en oración.

»Prevaleció, y el sábado llamó al ministro, y le pidió que dispusiera una “reunión de conferencia”. Después de mucha duda, el pastor accedió, pero observándole que temía que muy pocos acudirían. La convocó en una gran casa privada. Cuando llegó la tarde, más se reunieron que los que podían ser acomodados en la casa. Todos estuvieron silenciosos durante un tiempo, hasta que un pecador se anegó en lágrimas, y dijo que si alguien podía orar, que si querían orar por él. Otro siguió, y otro, y aún otro, hasta que se vio que personas de todas las partes de la ciudad se hallaban bajo el peso de una tremenda convicción. Y lo notable es que todos ellos databan su convicción a la hora que el anciano había estado orando en su taller. Siguió un poderoso avivamiento. Así, este anciano tartamudo prevaleció y, como un príncipe, tuvo poder con Dios.» —Charles G. Finney.

«Propuso que observáramos un acuerdo de oración en el lugar secreto, cada uno por sí en privado, para el avivamiento de la obra de Dios; que oráramos al salir el sol, al mediodía, a la puesta del sol, en nuestras habitaciones, y continuarlo durante una semana, y que entonces nos reuniéramos de nuevo para ver qué más se había de hacer. No se utilizaron otros medios. Pero el espín-tu de oración fue inmediatamente derramado sobre los jóvenes convertidos. Antes de acabar la semana me enteré de que algunos de ellos, al intentar observar esta semana de oración, perdían todas sus energías y quedaban incapaces de ponerse sobre sus pies, ni siquiera de mantenerse sobre sus rodillas en sus habitaciones; y que algunos se postraban sobre el suelo, y oraban con unos gemidos indecibles por el derramamiento del Espíritu de Dios. El Espíritu fue derramado, y antes de que finalizara la semana todas las reuniones estaban constituidas por multitudes; y había tanto interés en religión, creo, como siempre lo ha habido en tiempos de avivamiento.» —Charles G. Finney.

«Le he visto a menudo bajando del piso de arriba por la mañana después de pasar varias horas en oración, con sus ojos hinchados de tanto haber llorado. Pronto introducía el tema de su ansiedad al decir: “Tengo el corazón quebrantado; sí, de veras que soy muy infeliz; no por mí mismo, sino a causa de otros. Dios me ha dado una visión tal del valor de las almas preciosas que no puedo vivir si no veo almas salvadas. ¡Oh, dame almas, o muero! » —Vida de John Smith.

«Dios me dio capacidad de agonizar de tal manera en oración que quedaba muy bañado en sudor, aunque fuera a la sombra y al fresco. Mi alma quedaba tan aparte del mundo, por las multitudes de almas.» —David Brainerd.

«Cerca de la mitad de la tarde Dios me dio capacidad de luchar ardientemente en intercesión por mis amigos. Pero justo a la noche el Señor me visitó maravillosamente en oración. Creo que mi alma no había estado jamás en una agonía tal. No sentí ningunas ligaduras; porque se me abrieron los tesoros de la divina gracia. Luché por mis amigos, por la reunión de las almas, por multitudes de pobres almas, y por muchos que yo creía que eran hijos de Dios. Fue una tal agonía desde media hora de haber amanecido, hasta que era casi de noche, que quedé mojado de sudor.» —David Brainerd.

«Salí de la oración esperando recibir fortaleza de lo alto. En la oración me sentí con gran libertad y mi alma fue más ferviente de lo que puedo recordar en toda mi vida. Estaba en una tal angustia, y supliqué con tanta intensidad e importunidad, que cuando me levanté de mis rodillas me sentí extremadamente débil e impotente. Apenas si podía andar derecho; mis articulaciones estaban debilitadas; el sudor corría por mi cara y cuerpo; y la naturaleza parecía como si fuera a disolverse.» —David Brainerd.

«La oración debe de llevar el peso de la carga, así como la predicación. No predica de corazón a su pueblo el que no ora por ellos. Si no prevalecemos delante de Dios para que les dé arrepentimiento y fe, no vamos a prevalecer ante ellos para que se arrepientan y crean.» —Richard Baxter.

«Varios miembros de la iglesia de Jonathan Edwards habían pasado toda la noche en oración antes de que él predicara su memorable sermón, “Pecadores en las Manos de un Dios Airado”. El Espíritu Santo fue derramado de una manera tan poderosa, y Dios manifestado de tal manera en Su santidad y majestad durante la predicación de aquel sermón, que los ancianos se abrazaron a los pilares de la iglesia y clamaron: “¡Señor, sálvanos, que nos estamos deslizando al infierno!” »

«Casi cada noche ha habido sacudimientos entre la gente; y he visto quizás a veinte personas que han alcanzado la libertad. Creo que tenía que haber visto más, pero aún no puedo hallar a un hombre suplicante. Hay muchos buenos hombres; pero no he hallado luchadores con Dios. En dos o tres pequeñas localidades tuvimos clamores por misericordia; y varios quedaron en un estado de profunda angustia.» —William Bramwell.

«Allí adonde su ministerio no hallaba el resultado que esperaba, pasaba los días y las noches casi constantemente sobre sus rodillas, llorando y suplicando a Dios; y especialmente lamentando su propia falta de capacidad para la gran obra de

salvar almas. Habían temporadas en que no percibía ningún movimiento en la iglesia en que es- ¡taba literalmente en agonía; trabajando en parto por preciosas almas, hasta que veía a Cristo glorificado en la salvación de ellas.» —Vida de John Smith.

«Si pasas varias horas diarias en oración, verás grandes cosas.» —Vida de John Nelson.

«Sé insistente y constante en la oración. El estudio, los libros, la elocuencia, los bonitos sermones, todo esto no es nada sin la oración. La oración trae el espíritu, la vida, el poder.» —Memorias de David Stoner.

«Encuentro necesario empezar a las cinco de la mañana y orar en todas las oportunidades hasta las diez, o las once, por la noche.» —William Bramwell.

Pero ¿tenemos que ir a estos hombres de antaño? ¿No hay en la actualidad algunos que les pedirán a Dios que los cargue? ¿Acaso no podemos nosotros, incluso en nuestra generación, tener un avivamiento en respuesta a una oración fiel, creyente, trabajante, prevaleciente? Oh, entonces, «Señor, enséñanos no *cómo* orar, sino a orar.»

*Dios de avivamiento, ven a nos,
pues Tu nombre invocamos;
perdónanos, y escucha nuestra oración, Danos lluvias de Tu bendición.
Dios de avivamiento, escudriñanos
y por dentro límpianos;
consume la escoria y purifica,
límpianos, Señor, de toda maldad.
Dios de avivamiento, uno haznos,
que contigo podamos obrar;*

*ayúdanos a orar hasta que al fin
tu gran poder podamos observar.
Dios de avivamiento, Divino Amor,
tu gozo restáuranos
derrama Tu Espíritu como hiciste ya, y en nuestros corazones alientanos.
Dios de avivamiento, te rogamos, salva, no dejes morir al pecador;
así te rogamos en humildad,
Que nos hagas testigos de Tu amor.*

O. J. 5.

4

PODER DE LO ALTO

EL ESPÍRITU SANTO es capaz de hacer tan triunfante a la Palabra como en los días de los apóstoles. El puede reunir a las almas en cientos y en miles tanto como en unos y en doses. La razón por la que no hay más prosperidad es debido a que no tenemos al Espíritu Santo entre nosotros en poder y fortaleza como al principio.

«Si tuviéramos al Espíritu sellando nuestro ministerio con poder, para poca cosa servirla el talento. Los hombres podrían ser pobres y poco instruidos, las palabras de ellos serían entrecortadas y con mala gramática; pero si el poder del Espíritu les acompañase, el evangelista más humilde sería más eficaz que el más erudito de los teólogos, o que el más elocuente de los predicadores.

»Es el poder extraordinario de Dios, y no el talento, que gana la partida. Es la unción espiritual extraordinaria, no poderes mentales extraordinarios, lo que necesitamos. El poder intelectual puede que llene una capilla pero el poder espiritual llena la iglesia con angustia de alma. El poder intelectual podrá reunir a una gran congregación, pero tan sólo el poder espiritual salvará las almas. Lo que necesitamos es poder espiritual. »

—Charles H. Spurgeon.

«Si falta el Espíritu, podrá haber sabiduría de palabras, pero no la sabiduría de Dios; los poderes de la oratoria, pero no el poder de Dios; la demostración del argumento y la lógica de las escuelas, pero no la demostración del Espíritu Santo, la lógica convincente de su destello deslumbrante, como el que convenció a Saulo en el camino de Damasco. Cuando fue derramado el Espíritu los discípulos fueron llenos de poder de lo alto, la lengua más tosca podía reducir a los adversarios al silencio, y con su nuevo fuego quemar su camino a través de los obstáculos de la misma manera que las llamas impulsadas por un fuerte viento se abren camino a través de los bosques. » —Arthur I. Pierson.

Los ministros del Evangelio tienen que poseer este poder del Espíritu Santo, pues de otra manera no son suficientes para el ministerio. Porque nadie hay que sea capaz para la obra del ministerio mediante ningunos medios ni capacidades propias, ni tampoco por ningunos medios adquiridos de la erudición y conocimientos humanos, sino sólo por el poder del Espíritu Santo; hasta que no sea investido de esta manera, sean cuales fueren sus otras cualidades, es totalmente insuficiente. Y por ello los mismos apóstoles tenían que guardar silencio, hasta que fueran investidos de este poder; tenían que esperar en Jerusalén hasta que hubieran recibido la promesa del Espíritu y no predicar hasta entonces.

« Si no tienen este poder del Espíritu Santo, no tienen ningún poder en absoluto. Y por ello, ya que los ministros del evangelio no tienen poder de abajo, precisan totalmente tener poder de lo alto; siendo que no tienen poder carnal, precisan tener poder espiritual; siendo que no tienen poder de la tierra ni de otros hombres, precisan tener poder del cielo y de Dios: Esto es, el poder del Espíritu Santo viniendo sobre ellos; o no tendrán ningún poder en absoluto.» —William Dell.

¿Pero quién posee esta unción en la actualidad? ¿Quién posee la plenitud del Espíritu Santo? Está prometida; es indispensable, y a pesar de ello trabajamos sin ella, trabajando en la carne igual que los discípulos que trabajaron durante toda la noche y no pudieron pescar nada. Y así será con nosotros. Una hora de trabajo en el Espíritu conseguirá más que un año de trabajo en la carne. Y el fruto

permanecerá. «El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha» (Jn. 6:63). «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Jn. 3:6). Es el fruto del Espíritu Santo lo que queremos, oro puro sin mezclas, y nada menos. No el tipo que se deshace, sino el artículo genuino que mantiene la prueba del tiempo y de la eternidad; el tipo de persona que hallamos tanto en la reunión de oración como en los servicios del domingo. ¿Es éste es tipo de fruto que estamos llevando? ¿Hay convicción, y vienen las almas a la gloriosa libertad de los hijos de Dios? Pero, ¿tenemos nosotros la investidura de poder? No estoy preguntando si la «hemos reclamado como nuestra» y hemos salido contándola como nuestra, sino ¿tenemos la experiencia? Si no hay resultados, lo cierto es que no la tenemos. Si estamos llenos del Espíritu habrán los frutos del Espíritu Santo. Los hombres se quebrantarán en nuestras reuniones y sollozarán por sus pecados ante Dios. Veamos el fruto si hemos de creer la unción. «Recibiréis poder.» Y cuando Pedro lo recibió, tres mil personas fueron salvas. Y lo mismo con John Smith, Samuel Morris, Charles G. Finney y otros —ahí había fruto. Ésta es la evidencia, ésta es la prueba, y tan sólo ésta. Si yo soy un hombre de Dios, investido de poder de lo alto, las almas se quebrantarán bajo mi predicación; si no lo soy, nada pasará fuera de lo ordinario. Que sea ésta la prueba de cada predicador. Por esto nos mantenemos o caemos.

«Fui poderosamente convertido en la mañana del 10 de octubre de 1821 —dice Charles G. Finney—. Por la noche de aquel mismo día recibí la plenitud del Espíritu Santo, que me atravesaba, me parecía, cuerpo y alma. Inmediatamente me encontré investido de tal poder de lo alto que unas pocas palabras dadas aquí y allí a individuos constituyeron el medio de la inmediata conversión de ellos. Mis palabras parecían adherirse como flechas dentadas en las almas de las personas. Cortaban como espadas. Desgaraban el corazón como un martillo. Son multitudes las que pueden dar testimonio de ello. A menudo, una palabra dicha por mí, sin yo recordarla, aseguraba una convicción, y a menudo resultaba en una conversión casi inmediata. En algunas ocasiones me encontraba a mí mismo, en una gran medida, vacío de este poder. Salía y visitaba, y hallaba que no producía ninguna impresión salvadora. Exhortaba y oraba, con el mismo resultado. Entonces dedicaba un día para ayuno y oración a solas, temiendo que este poder me hubiera dejado, e investigaba ansiosamente por la razón de esta aparente vaciedad. Después de humillarme a mí mismo, y de clamar por ayuda, el poder volvía sobre mí con todo su vigor. Esta ha sido la experiencia de mi vida.

»Este poder es una gran maravilla. En muchas ocasiones he visto a personas incapaces de soportar la Palabra. Las afirmaciones más sencillas y normales cortaban a los hombres en sus asientos como una espada, les quitaban su fortaleza, y les devolvía tan impotentes como si estuvieran muertos. En algunas ocasiones ha sido una verdadera experiencia en mí que no podía levantar mi voz, ni decir nada en oración ni en exhortación, excepto de la forma más suave, sin poderles abrumar. Este poder parece a veces impregnar la atmósfera de aquel que está muy cargado de él. Muchas veces un gran número de personas en una comunidad estarán revestidas de este poder cuando la misma atmósfera de todo el lugar parece electrizado con la vida de Dios. Los extraños que entran y que pasan por aquel lugar quedarán inmediatamente azotados por la convicción de pecado y en muchos casos se convertirán a Cristo. Cuando los cristianos se humillan a sí mismos y consagran su todo a Cristo de nuevo, y piden este poder, recibirán a menudo una unción tal que serán utilizados para la conversión de más almas en un solo día que en toda su vida anterior. Mientras que los cristianos permanezcan lo ¡suficiente humildes como para mantener este poder, la obra de la conversión irá prosperando hasta que comunidades y regiones enteras del país se conviertan a Cristo. Lo mismo es cierto del ministerio.

¿Dónde está la angustia de alma de los días pasados, la conciencia herida, las noches insomnes los suspiros y clamores, la terrible convicción de pecado, los sollozos y lágrimas de los perdidos? ¡Quisiera Dios que los podamos oír y ver en esta generación!

¿Y quién tiene la culpa? ¿El oyente? ¿Lo atribuimos a la dureza de corazón? ¿Es ahí donde esta la causa? No, hermanos míos, la culpa es nuestra, somos nosotros los que tenemos que llevar esta responsabilidad. Si fuéramos lo que debemos de ser, y estuviéramos donde debemos estar, las señales seguirían como en el pasado. Entonces, ¿no debería llevarnos a humillación, a un profundo escudriñamiento de corazón, sobre nuestras rodillas, cada fracaso, cada sermón que no cumple con su cometido de quebrantar a las personas? Nunca echemos la culpa a la gente. Si nuestras iglesias son frías y no dan respuesta, es porque nosotros estamos fríos. Tal pastor, tal congregación.

¡Cuántos hay que han sido robados de su testimonio o que nunca han conocido el poder del Espíritu Santo en sus labores! El servicio de ellos es ineficaz y lo que comporta su testimonio es vacío y nulo, mientras que consiguen muy poco o nada para Dios. Sí, es cierto, van a través de todo el ritual mecánico, y en algunas ocasiones son muy activos, pero todo está en la energía de la carne y no siguen ningunos resultados espirituales. No hay almas salvadas ni los creyentes son edificados en la Fe. Su predicación no produce fruto y su ministerio constituye un espantoso fracaso. ¡Ah, qué experiencia más desalentadora!

Pero, gracias sean dadas a Dios, esto no tiene por qué ser así, porque «recibiréis poder» es Su promesa, y «quedaos vosotros... hasta que seáis investidos de poder de lo alto», es Su mandato.

El pasaje en Hechos 1:8 dice literalmente: «Recibiréis e poder del Espíritu Santo viniendo sobre vosotros.» Así que, la unción o investidura es aquella experiencia que es el resultado producido por el Espíritu Santo viniendo sobre el creyente y equipándole para el servicio.

Tales unciones son repetidas solamente en las agonías del alma de la oración en profundo esfuerzo. Las noches y Los días de oración agonizan. te por las almas de los hombres, las horas incontables de intercesión que hallamos en la vida de David Brainerd, las poderosas luchas con los poderes espirituales de las tinieblas, hasta que el cuerpo quedaba húmedo de sudor, que eran tan comunes a John Smith; esto es algo que va mucho más allá de la enseñanza del día de hoy, pero es lo único que va a producir fruto, y que hará el trabajo del que estamos hablando.

Es de estas horas de oración prevalente que vamos a nuestra obra en la unción para blandir la Espada del Espíritu con efecto mortal. La oración es el secreto. No puede haber ningún sucedáneo. Y para cada obra especial tiene que haber una unción especial. No es tan sólo asunto de entregarse simplemente y creer ahora. ¡Ah, no! Los gloriosos resultados sobrenaturales de los que estoy hablando no se obtienen con tanta facilidad. Cuestan mucho, de una forma tremenda.

« “Todos estos perseveraban unánimes en la oración y ruego.” La oración ferviente, la oración unida, y la oración perseverante, éstas son las condiciones; y si éstas se cumplen, ciertamente seremos “investidos con poder de lo alto”. Nunca deberíamos de esperar que el poder vaya a caer sobre nosotros simplemente porque alguna vez nos despertamos y pedimos por él. Ni tampoco tiene derecho alguna comunidad de cristianos a esperar una gran manifestación del Espíritu, no se hallan listos a unirse en los ruegos y, “unánimes”, esperar y orar como siendo el deseo ferviente de cada uno de ellos.

»Es solamente esperando ante el trono de la gracia que Somos investidos del fuego santo; pero el que espera allí durante mucho tiempo y con fe se saturará del fuego, y vendrá de su comunión con Dios, llevando prendas de que ha estado allí. Para el creyente y, por encima de todo, para cada obrero en la viña del Señor, el único camino de ganar poder espiritual es mediante la espera secreta ante el trono de Dios.

»Si tú, entonces, quieres tener tu alma sobrecargada con el fuego de Dios, de manera que los que vengan cerca de ti sientan una misteriosa influencia procediendo de dentro de ti, tienes que acercarte a la fuente de este fuego, al trono de Dios y del Cordero, y allí aislarte del mundo, del mundo frío que con tanta rapidez apaga nuestro fuego. Entra en tu estancia, y cierra tu puerta, y allí, aislado, ante el trono, espera la plenitud del Espíritu Santo; entonces el fuego de Dios te llenará, y al salir a la obra, un poder santo te sostendrá, y trabajarás, no con tus propias fuerzas, sino “en demostración del Espíritu, y en poder”. »

—William Arthur.

Hay muchos que tienen una falsa experiencia, creen que tienen al Espíritu Santo cuando no lo tienen. Todo lo que puedo decir es que la evidencia del Espíritu Santo en su vida, no aparece. Si todos los pretendidos bautismos y llenuras del Espíritu Santo en las modernas iglesias fueran realizadas, todo el país se llenaría de fuego. Sí, si tan solamente un hombre o una mujer recibieran la plenitud del Espíritu Santo, las ciudades y los pueblos alrededor, a muchos kilómetros de distancia, serían barridos por un poderoso avivamiento, y miles quedarían bajo una profunda convicción de pecado, y tendrían que clamar por misericordia. La prueba de la unción es el resultado. La evidencia de que el espíritu de Elías había caído sobre Eliseo fue el hecho de que él, también, azotó las aguas del Jordán, y éstas se partieron.

¿Por qué es tan difícil de conseguir? ¿Preguntas por qué? Porque Dios no va a derramar Su Espíritu sobre la carne. Él tiene que hacer primero Su obra en nosotros y, por lo general, se necesita de tiempo, porque nosotros no dejamos que El cumpla Su voluntad con nosotros. El sabor de nuestro propio

nombre, el amor de la alabanza, u obstáculos pecaminosos como éste, le bloquean el camino a cada instante. El no puede humillarnos; El no puede quebrantar nuestros corazones porque nosotros no nos dejamos. O, debido a que El no nos puede confiar un honor tan grande. El sabe que solamente haremos naufragio en ello. ¡Ah, los tristes y descorazonadores incidentes de hombres y mujeres que fueron en su tiempo utilizados en poderosos avivamientos, y que, mediante la plenitud del Espíritu, llevaron a cientos de almas a Dios, que perdieron aquella atesorada bendición y que trabajaron desde entonces en la carne, consiguiendo poco o nada! Lo contaron como muy poca cosa; se engreyeron y enorgullecieron; permitieron que algún pequeño pecado se introdujera en sus vidas; el Espíritu Santo fue entristecido, y se encontraron ellos mismos como el Sansón de la antigüedad, trasquilados de su fortaleza. Antes, cuando predicaban, las almas clamaban fuertemente por misericordia bajo una convicción terrible. Ahora ellos ruegan y empujan; las reuniones están muertas y frías, mientras que solamente un puñado responden, e incluso éstos no son fruto del Espíritu Santo. Falta solamente presentar los testimonios de algunos que recibieron la investidura de poder para convencernos de la realidad de la experiencia. Y si Dios pudiera darlo a uno o a una docena se lo puede dar a otros. En una cierta, reunión matinal a la que Evan Roberts asistía, el evangelista rogó, en una de sus peticiones, que el Señor «nos doblara». El Espíritu pareció decir a Roberts: «Esto es lo que necesitas: ser doblado.» Y así es como él escribe su experiencia: <Sentí una fuerza viviente entrando en mi seno. Esta creció y creció, y estaba yo a punto de estallar. Mi seno estaba quemando. Lo que quedaba en mí era aquel versículo: “Dios encarece Su amor para con nosotros.” Caí sobre mis rodillas con mis brazos sobre el asiento delante de mí; las lágrimas y el sudor fluyeron abundantemente. Creí que la sangre brotaba.» Ciertos amigos aparecieron para secar su cara. Mientras tanto, él clamaba: «Oh, Señor, ¡dóblame! ¡dóblame!» Entonces, repentinamente apareció la gloria.

Añade el señor Roberts: «Después de haber sido quebrantado, una oleada de paz vino sobre mí, y la congregación cantaba: “Oigo Tu voz bienvenida.” Y mientras que ellos cantaban pensé acerca del quebrantamiento en el Día del Juicio, y fui lleno de compasión por aquellos que tendrían que quebrantarse aquel día, y lloré.

»Desde entonces, la salvación de las almas llegó a ser la carga de mi corazón. Desde aquel tiempo quedé enardecido por el deseo de ir por toda Gales y, si era posible estaba dispuesto a pagar a Dios por el privilegio de ir.»

Tal fue la experiencia de Evan Roberts, el instrumento que Dios honró en el gran avivamiento de Gales. Oigamos ahora los testimonios de Juan Wesley y de Christmas Evans:

«Alrededor de las tres de la mañana, mientras que continuábamos insistentes en la oración, el poder de Dios cayó poderosamente sobre nosotros, tanto que muchos clamaron por un gozo que les abrumaba, y muchos cayeron al suelo. Tan pronto como se recobraron un poco de la maravilla y asombro ante la presencia de Su Majestad, prorrumpimos a una voz: “Te alabamos, oh Dios, te reconocemos que Tú eres el Señor.” »—Juan Wesley.

«Estaba cansado ya de un corazón frío hacia Cristo y Su sacrificio, y la obra de Su Espíritu —de un corazón frío en el púlpito, en la oración privada y en el estudio. Quince años antes, había sentido mi corazón ardiendo, como yendo a Emaús con Jesús.

»Un día que siempre recordaré, mientras que subía hacia Cader Ldris, consideré que tenía que orar, a pesar de lo duro que me sentía en mi corazón, y a pesar de lo mundana que estaba la disposición de mi espíritu. Habiendo empezado en el nombre de Jesús, pronto empecé a sentir como si las cadenas se estuvieran aflojando, y la vieja dureza de corazón suavizándose, y, mientras pensaba, montañas de escarcha y de nieve disolviéndose dentro de mí.

»Esto engendró confianza en mi alma en la promesa del Espíritu Santo. Sentí que toda mi mente se aliviaba de una gran esclavitud; lágrimas surgieron copiosas, y me sentí constreñido a clamar de gozo por las visitaciones de Dios tan llenas de gracia, por restaurar a mi alma los goces de Su salvación; y que El visitara a las iglesias de los santos, y oré por nombre por casi ¡todos los ministros del principado.

»Esta lucha duró casi por tres horas: se levantó una y otra vez, como una onda después de otra, o como una alta marea en crecida, llevada por un fuerte viento, hasta que mi naturaleza se debilitó por el llanto. Así me entregué a Cristo, cuerpo y alma, dones y labores —toda mi vida— cada día, y cada hora que me quedaba.» —Christmas Evans.

Aparentemente fortalecido por un nuevo espíritu, con «poder en el hombre interior», trabajó con una energía y celo renovados; y nuevas y singulares bendiciones descendieron sobre sus labores. En

dos años, sus diez lugares de predicación en Anglesea se aumentaron a veinte, y *seiscientos convertidos* fueron añadidos a la iglesia bajo sus cuidados inmediatos.

*¡Oh, por el gran poder del Espíritu,
la unción de lo alto!
¡Oh, por una lluvia de gracia celestial, la plenitud del amor de Dios!*

*Ésta, sólo ésta es la necesidad nuestra, nada más podrá jamás prevalecer;
así, por la unción rogamus ahora,
sólo ella podrá vencer.*

*A Dios nuestros pecados confesamos; a Él nuestro todo hemos de rendir,
creyendo que ciertamente dará Su bendición
al invocar Su Nombre siempre Fiel.*

*Así, nos damos a la oración
que Dios nos quiera preparar,
Él tendrá que tocar nuestros corazones, en nosotros Su obra acabar.*

*Entonces volverán los hombres al Calvario con sus corazones oprimidos por el mal;
Así será la salvación nuestro tema,
y la tierra será como la estancia celestial.*

O.J.S.

5

CONVICCIÓN DE PECADO

HAY UNA COSA que siempre era importante en los grandes avivamientos del pasado, esto es, una profunda convicción de pecado. Y éste es uno de los elementos vitales que no aparecen hoy en día.

Allí donde hay una verdadera convicción de pecado, no es necesario apremiar, halagar o presionar en la energía de la carne; los pecadores vendrán sin que se les obligue; vendrán porque tienen que venir. Aquellos que van a casa después de la reunión y que no pueden comer ni dormir debido a su profunda convicción no necesitan ser instados ni apremiados a que busquen alivio.

En una moderna campaña evangelística el predicador suele llamar a la gente a que acepte a Cristo, y hace muy bien. Pero ¡si pudiéramos oír a pecadores pidiendo a Cristo que los acepte a ellos! La gente se toma hoy en día la salvación de una forma tan fría, formal, corriente, y sistemática, que parece como si le estuvieran haciendo un favor a Dios al condescender a recibir Su oferta de redención. Sus ojos están secos, su sentido de pecado no se encuentra por ninguna parte; ni tampoco hay ninguna señal de arrepentimiento y de constricción. Se lo miran como si fuera una cosa valiente a hacer. Pero ¡ah, si hubiera convicción! Si vinieran con corazones humillados, ¡sí, quebrantados y contritos! vendrían con el grito del alma cargada de culpabilidad: «¡Dios, sé propicio a mí, pecador!» —vendrían temblando, con el interrogante de vida o muerte del carcelero de Filipos: «¿Qué tengo que hacer para ser salvo?» —qué convertidos serían éstos!

Si hemos de recoger fruto del Espíritu Santo, Dios tiene que preparar el terreno; el Espíritu Santo tiene que convencer de pecado antes de que los hombres puedan verdaderamente creer. Está bien decirles a la gente que crean cuando Dios ha hecho la obra en sus corazones, pero primero tienen que sentir su necesidad. Esperemos hasta que el Espíritu Santo haya hecho su obra antes de que nosotros digamos: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.» Veamos primero las señales de convicción, como en el caso del carcelero de Filipos. Y cuando la angustia de ellos sea tan profunda que se vean forzados a gritar: «¿Qué tenemos que hacer para ser salvos?», entonces sabremos que están listos para ser exhortados a la confianza y a depositar su fe en Cristo.

«Hay otro evangelio, demasiado popular en el día de hoy, que parece excluir la convicción de pecado y el arrepentimiento del plan de salvación; que demanda del pecador un mero asentimiento

intelectual al hecho de su culpabilidad y pecaminosidad, y un asentimiento intelectual similar al hecho y suficiencia de la expiación de Cristo; y cuando se ha conseguido tal asentimiento, se le dice que vaya en paz, y que se sienta feliz en la seguridad de que el Señor Jesús ha hecho la paz entre su alma y Dios; así proclaman paz, paz, cuando no hay paz.

»Conversiones superficiales y falsas de este tipo pueden constituir una razón de que tantos que

asumen la profesión del cristianismo deshonran a Dios y atraen vituperio sobre la Iglesia a causa de sus vidas incoherentes, y por sus caídas definitivas en pecado y mundanalidad. Los pecados tienen que sentirse antes de que se puedan llorar. Los pecadores tienen que afligirse antes de que puedan ser consolados. La gran necesidad de estos tiempos la constituyen las verdaderas conversiones.

Conversiones como las que eran formales en el pasado, y como lo volverán a ser, cuando la Iglesia sea sacudida de su letargo, tome provisión de la fortaleza de Dios, y eche por tierra el antiguo poder. Entonces, como antiguamente, los pecadores temblarán delante del terror del Señor.» —J. H. Lord.

¿Pensaríamos en llamar a un médico antes de estar enfermos? ¿Acaso apremiamos a personas con buen estado de salud a que vayan corriendo al médico? ¿Acaso el buen nadador, que no tiene problemas, gritará a los que están en la orilla a que vengan y le salven? ¡Claro que no! Pero que venga una enfermedad, y en el acto sentimos nuestra necesidad y se llama al médico. Sabemos que necesitamos un remedio. Cuando sentimos que nos estamos hundiendo en el agua, y nos damos cuenta de que nos vamos a ahogar, entonces sí que vamos a pedir auxilio con todas nuestras fuerzas. ¡Ah, y la agonía por la que vamos a pasar al vernos descender, y saber que, a no ser que alguien nos salve, estamos perdidos y tendremos que morir!

Así sucede con un alma que está pereciendo. Cuando un hombre queda convicto de su condición perdida gritará en la amarga angustia de su corazón: «¿Qué tengo que hacer para ser salvo?» No necesitará apremios, ni que se le insista; le será un asunto de vida o muerte para él, y hará lo que tenga que hacer para ser salvo.

Es esta falta de convicción que resulta en un falso avivamiento, y que hace que la obra se deshaga. Una cosa es levantarse, y firmar una tarjeta de decisión, y otra cosa es ser salvado. Las almas tienen que ser llevadas a una libertad clara y duradera si la obra tiene que durar. Es una cosa conseguir cientos de convertidos durante la excitación de una campaña, y otra volver allá al cabo de cinco años, y encontrarlos todavía allí.

Juan Bunyan lo comprendió muy bien cuando, en su *El Peregrino*, representó a Cristiano con su pesada carga de pecado sobre su espalda, y describió los ejercicios de su alma hasta que se libró de su carga al pie de la Cruz.

Dios ha valorado Su propia Palabra. Él la denomina «Fuego», un «Martillo» y una «Espada». Ahora bien, el fuego quema; un golpe de un martillo duele; mientras que un corte con la espada causa un dolor muy agudo. Y cuando Su Palabra es proclamada en el poder de la unción dará exactamente los mismos resultados. Quemará como fuego, romperá como martillo y herirá como una espada, y el dolor mental o espiritual será tan severo y real como el físico. Y si no, entonces es que hay algo que va mal, sea con el mensajero o con el mensaje.

«Si una persona que ha cometido un terrible crimen es arrestada repentinamente; si su culpabilidad le es expuesta a su conciencia por algún mensajero de la justicia, en el afilado lenguaje de las Sagradas Escrituras, “tú eres aquel hombre sería perfectamente natural que el culpable palideciera, que tartamudeara, que temblara, y que presentara todos los síntomas de gran angustia. Cuando Belsasar, el orgulloso monarca asirio, vio la aparición de una mano de hombre escribiendo sobre el encalado de la pared de su palacio, palideció, y sus pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra”. Y estos hechos nunca han sido considerados como raros. ¿Por qué, entonces, se tendría que considerar como algo extraño el ver pecadores, que han sido poderosamente despertados por el Espíritu de Dios, que están tan profundamente convencidos de la grandeza de sus crímenes como para darse cuenta de que están a cada momento en peligro de caer en el lago de fuego, que imaginan que el infierno se ha movido de abajo para encontrarlos cuando ellos bajen, por qué se tendría que considerar extraño que tales personas manifiesten síntomas externos de la alarmante angustia y agitación que sienten dentro de ellos?» —Memorias de William Bramwell.

«Alrededor de la mitad del sermón un hombre lanzó un grito. Caí en oración, y no podíamos predicar más por los gritos y las lágrimas por toda la capilla.» —Thomas Collins.

«Un cuáquero que estaba ahí estaba muy disgustado ante la comedia que estaban efectuando estas personas, y estaba mordiendo los labios y frunciendo las cejas, cuando cayó como herido por un rayo. La agonía en que se encontraba era terrible de contemplar. Rogamos a Dios que no le tuviera en cuenta su necedad, y pronto levantó su cabeza y gritó en voz alta: “Ahora sé que eres un profeta del Señor.”» —Juan Wesley.

«J. H. era un hombre de vida y conducta ordenada, que siempre asistía a las oraciones públicas y los sacramentos, y era celoso de la Iglesia, y estaba en contra de los disidentes de toda denominación. Al informársele que las gentes caían en extraños trances en las sociedades, vino para ver y j4zgar por sí mismo.

»Íbamos a casa cuando uno nos encontró en la calle, y nos informó de que J. H. había caído loco perdido. Parece que se sentó a comer, pero que tenía en mente terminar el sermón que le habían prestado acerca de la “Salvación por la fe”. Al leer la última página, cambió de color, cayó de su silla, y empezó a aullar terriblemente, y a darse golpes contra el suelo.

»Los vecinos, alarmados, se reunieron delante de la casa. Entre la una y las dos entré y le hallé sobre el suelo, con la habitación llena de gente que su mujer hubiera preferido haber mantenido afuera. Pero él gritó: “No, déjalos entrar a todos, que todo el mundo contemple el justo juicio de Dios.” Dos o tres hombres le estaban sosteniendo lo mejor que podían. Inmediatamente, él fijó su mirada sobre mí, y extendiendo su mano gritó:

“¡Ay! Este es aquel del que yo he dicho que era un engañador del pueblo. Pero Dios me ha alcanzado. Dije que todo era un engaño. Pero no se trata de un engaño.”

»Todos nos dimos a la oración; sus angustias cesaron, y tanto su cuerpo como su alma quedaron en libertad.» —Juan Wesley.

«El poder de Dios pareció descender sobre la asamblea como un viento veloz y poderoso, y con una asombrosa energía hizo inclinar a todos ante él. Quedé asombrado ante la influencia, que se adueñó casi de toda la audiencia; y solamente la podía comparar de una manera adecuada a un poderoso torrente o a un diluvio abrumador que con su insoportable peso y presión hace caer y barre todo lo que se pone ante él. Casi todas las personas de todas las edades se hundieron en una misma preocupación, y apenas si hubo nadie que fuera capaz de mantenerse frente al choque de esta sorprendente operación; hombres y mujeres de avanzada edad, que habían estado entregados a la bebida durante muchos años, y algunos niños pequeños, no mayores que seis o siete años, mostraron angustia por sus almas, así como personas de mediana edad. Los corazones más tercos se vieron forzados a doblegarse. Un hombre principal entre los indios, que, con anterioridad, poseía la máxima seguridad y pretensión de justicia propia, y que creía que su estado era bueno, debido a que conocía más que lo que la mayor parte de los indios conocía y que con un grado de confianza muy grande me dijo que había sido un cristiano durante más de diez años, fue ahora traído a una solemne inquietud por su alma y lloró amargamente. Otro hombre, avanzado en años, que había sido un asesino, brujo nigromante, y un alcohólico reconocido, fue también ahora impulsado a clamar por misericordia con muchas lágrimas, y a quejarse mucho de que no podía inquietarse aún más cuando él veía sus peligros tan grandes. »Casi todos estaban orando y clamando por misericordia en todas partes de la casa, y muchos

de ellos a las puertas, y una cantidad no podía entrar ni quedarse. Su preocupación era tan grande, cada uno por sí, que nadie parecía darse mucha cuenta de aquellos que tenía alrededor de sí, sino que cada uno oraba libremente por sí mismo.» —David Brainerd.

«La capilla estaba llena a rebosar. La Palabra era ‘viva y poderosa’, grandes cantidades “quedaban compungidos de corazón”, y en la agonía de la convicción clamaban fuertemente por misericordia. El sermón fue seguido de una reunión de oración. Llegó la medianoche, y los penitentes estaban aún sobre sus rodillas, resueltos a orar hasta que prevalecieran. Y uno tras otro hallaban paz mediante la fe y se retiraban, y otros cuyos corazones habían recibido el choque ocupaban sus sitios. Tan intenso era el despertamiento que, aunque el dueño de la casa ya se había retirado, no se podía inducir a la alarmada y triste gente a abandonar la capilla, sino que toda la noche, y a través de todo el siguiente día con su noche, la reunión de oración continuó sin interrupción. Se suponía que alrededor de unas cien personas fueron convertidas, mientras que muchos viejos profesantes fueron avivados y se dieron a Dios mediante una consagración más plena.» —Memorias de Squire Brooke.

«Mientras estaba dedicado a la oración, dos de los que entraron fueron despertados y empezaron a clamar por misericordia.» —William Carvosso.

«Mientras estaba orando, el poder de Dios descendió y él y su penitente compañero fueron desgarrados de corazón y lloraron abiertamente por sus pecados.» —William Carvosso.

«Cuando la convicción llega en cuanto a su proceso mental a su crisis, la persona, debido a su debilidad, es incapaz de sentarse o de estar de pie, y o se arrodilla o se tumba. Una gran cantidad de personas convictas en la ciudad y en el vecindario, y creo ahora que por toda la zona del Norte por donde prevalece el avivamiento, son “azotadas” tan repentinamente, y caen tan impotentes, paralizadas y sin nervio como si hubieran sido muertas instantáneamente por un balazo. Caen con un profundo gemido, algunos con un salvaje grito de horror —la mayor parte de ellos con el ruego fervientemente intenso: “¡Señor Jesús, ten piedad de mi alma!” Todo su cuerpo tiembla como una hoja y se siente un peso intolerable en el pecho, y una sensación de ahogo, y solamente se halla remedio a esto en la oración urgente, clamando por liberación. Generalmente, la aflicción del cuerpo y la angustia de la mente permanecen hasta que se consigue una medida de confianza en Cristo. En tal momento cambian instantáneamente la mirada, el tono, los gestos. El aspecto de angustia y de desesperación son cambiados por el de gratitud y triunfo, y adoración. El lenguaje y la apariencia, y las terribles luchas, y el propio desprecio proclamado abiertamente, muestran convincentemente, como las mismas personas lo declaran, que se encuentran en mortal conflicto con la vieja serpiente. El sudor cae por las angustiadas víctimas; su mismo cabello queda humedecido. Los hay que pasan por este agotador conflicto varias veces; otros tan sólo una vez. No hay apetito; muchos no comen nada por unos días. No duermen, aunque puedan estar tumbados con sus ojos cerrados.» —El Avivamiento Irlandés, 1859.

«El poder del Espíritu del Señor vino tan poderosamente sobre sus almas como para barrerlo ¡todo delante de El, como el poderoso viento de Pentecostés. Algunos estaban chillando en agonía; ¡otros —y entre ellos varios hombres fuertes— cayeron al suelo como si hubieran quedado fulminados. Me vi obligado a leer un salmo, y nuestras voces se mezclaron con los lamentos de muchos prisioneros suspirando por la liberación.»
—William Burns.

«Un avivamiento incluye siempre la convicción de pecado por parte de la Iglesia. Profesantes ícaídos no pueden despertarse y empezar enseguida a tomar parte en el servicio de Dios sin un profundo examen de su corazón. Se tienen que romper las fuentes del pecado. En un verdadero avivamiento, hay siempre cristianos que son traídos a esta convicción; ven sus pecados a una tal luz que a menudo encuentran imposible mantener la espera de ser aceptados por Dios. No siempre se llega a tal magnitud, pero siempre, en un avivamiento genuino, aparecen profundas convicciones de pecado, y a menudo casos de abandonamiento de toda esperanza.» —Charles G. Finney.

*Salva, Señor, hoy, te rogamos,
de pecado convence y salva;
rompe corazones endurecidos, ablanda, ves, Espíritu, y tráelos al hogar.*

*Derrama Tu Espíritu, Señor, te ruego; que descienda Él y dé salvación
a altos y bajos, a ricos y pobres— a sus almas dales bendición.*

*Qué profunda angustia y agonía
caiga ahora sobre ellos todos,
hasta que, nacidos de nuevo por Tu gracia, a tu altar llamen ya salvados.*

*Salva Señor, te ruego, a los perdidos,
antes que Jesús de nuevo venga,
Espíritu de Dios, aún lucha e insta,
o muchos en vano llorarán.*

*Espíritu Divino, no te alejes,
al pecador no dejes morir;
la muerte ronda cerca, la noche ya cae— oye Tú de tu siervo el gemir.*

oj .s.

6

OBSTÁCULOS AL AVIVAMIENTO

HAY TAN SÓLO un obstáculo que puede bloquear el canal, e impedir el poder de Dios, y éste es el PECADO. El pecado es la gran barrera. Por sí solo puede impedir la obra del Espíritu, e impedir un avivamiento. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad», afirmaba David, «el Señor no me habría escuchado» (Sal. 66:18). Y en Isaías 59:1-2, tenemos estas significativas palabras: «He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho salvación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.» Así, el pecado es la gran barrera, y tiene que ser abandonado. No pueden haber medias tintas. No hay alternativas. Dios no obrará en tanto que haya iniquidad no confesada.

Leemos en Oseas 10:12: «Sembrad para vosotros en justicia, segad para vosotros en misericordia; haced para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia.» Y en 2.ª Crónicas 7:14 se otorga la promesa de bendición basada, no obstante, sobre unas condiciones inalterables: «Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.» Así que, nada menos que un corazón contrito por el pecado, una confesión total y restitución satisfará a Dios. El pecado tiene que ser dejado por completo.

Y no solamente tristeza por las consecuencias y castigo del pecado, sino por el pecado mismo cometido contra Dios. El infierno está lleno de remordimientos, pero solamente por el castigo en el que se ha incurrido. No existe ninguna verdadera contrición. El hombre rico no pronuncio ni una sola palabra de tristeza por su pecado en contra de Dios (Lc. 26:29-30). Pero David, aunque culpable de asesinato y de adultero a la vez, vio su pecado como solamente contra Dios (Sal. 51:4). El mero remordimiento no es verdadera tristeza según Dios para arrepentimiento. Judas, aunque lleno de remordimientos, nunca se arrepintió.

Ahora bien, solamente Dios puede conceder un corazón contrito y quebrantado, una tristeza que tendrá como resultado la confesión y el abandono del pecado. Y nada menos que esto será suficiente. «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Sal. 51:17). «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Pr. 28:13). «Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado» (Jer. 3:13).

Constituye una experiencia muy normal hallar almas arrodilladas ante el altar y clamando a Dios con una apariencia de gran angustia de corazón, y que no reciben nada. Y es igual de normal que grupos de personas se reúnan durante noches orando para un avivamiento y que con todo no tienen ninguna respuesta a sus oraciones. ¿Dónde está el problema? Que la Palabra de Dios dé la respuesta: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.» Así, ante todo destapemos nuestro pecado; hagamos rectos los caminos torcidos, saquemos las piedras del camino, y entonces podremos esperar confiadamente lluvias de bendiciones.

Ahora tomemos nuestros pecados uno a uno y tratemos por separado con cada trasgresión. Y preguntémonos lo siguiente. Puede que seamos culpables y que Dios nos vaya a hablar:

(1) ¿Hemos *perdonado* a todos? Existe alguna malicia, rencor, odio o enemistad en nuestros corazones? ¿Alimentamos resentimientos, y hemos rehusado reconciliarnos?

(2) ¿Nos ponemos *coléricos*? ¿Nos exaltamos por dentro? ¿Es verdad que aún perdemos los estribos? ¿Acaso la ira se apodera en ocasiones de nosotros?

(3) ¿Hay sentimientos de *celos*? Cuando se prefiere a otro antes que a nosotros, ¿nos invade la envidia? ¿Tenemos celos de aquellos que pueden orar, hablar, y hacer las cosas mejor que nosotros?

(4) ¿Nos volvemos *impacientes e irritables*? ¿Acaso hay pequeñas cosas que nos abruman y enojan? ¿O somos dulces, calmados e incommovibles bajo todas las circunstancias?

(5) ¿Se nos *ofende* fácilmente? Cuando la gente no se da cuenta de nuestra presencia y nos esquivo sin dirigirse a nosotros, ¿nos duele? Si se hace mucho de otros y a nosotros se nos deja a un lado, ¿cómo nos sentimos acerca de ello?

(6) ¿Hay algún *orgullo* en nuestros corazones? ¿Nos hinchamos? ¿Nos creemos mucho nuestra propia posición y consecuciones?

(7) ¿Hemos sido *deshonestos*? ¿Están nuestros negocios abiertos y limpios de toda censura? ¿Damos un metro por un metro, y un kilo por un kilo?

(8) ¿Hemos estado *murmurando* de otras personas? ¿Calumniamos el carácter de otros? ¿Somos chismosos y entremetidos?

(9) ¿*Criticamos* sin amor, duramente, severamente? ¿Estamos siempre hallando fallos y buscando las equivocaciones de los demás?

(10) ¿Le *robamos* a Dios? ¿Le robamos tiempo que le pertenece a El? ¿Hemos retenido nuestro dinero?

(11) ¿Somos *mundanos*? ¿Nos gusta el brillo, la pompa, y la gloria de esta vida?

(12) ¿Hemos *robado*? ¿Tomamos cosas pequeñas que no son nuestras?

(13) ¿Anidamos en nosotros un espíritu *amargura* hacia otros? ¿Hay odio en nuestro corazón?

(14) ¿Están nuestras vidas llenas de *ligereza de frivolidad*? ¿Es nuestra conducta indecorosa? ¿Consideraría el mundo por nuestra acción que estamos de su lado?

(15) ¿Hemos dañado a alguien y no hemos hecho *restitución*? ¿O nos ha poseído el espíritu Zaqueo? ¿Hemos restaurado las muchas cosas pequeñas que Dios nos ha mostrado?

(16) ¿Estamos *preocupados* o *ansiosos*? ¿Dejamos de confiar en Dios en cuanto a nuestras necesidades temporales y espirituales? ¿Estamos continuamente sufriendo futuras penalidades sin haber llegado a ellas?

(17) ¿Somos culpables de *inmoralidad*? ¿Dejamos que nuestras mentes aniden imaginaciones impuras e impías?

(18) ¿Somos *veraces* en nuestras afirmaciones o exageramos y con ello transmitimos falsas impresiones? ¿Hemos mentido?

(19) ¿Somos culpables del pecado de *incredulidad*? A pesar de todo lo que El ha hecho por nosotros, ¿rehusamos aún creer Su Palabra? ¿Murmuramos y nos quejamos?

(20) ¿Hemos cometido el pecado de la *falta de oración*? ¿Somos intercesores? ¿Oramos? ¿Cuánto tiempo pasamos en oración? ¿Hemos permitido que las muchas ocupaciones desplazaran a la oración de nuestras vidas?

(21) ¿Estamos *negligiendo* la lectura de la Palabra de Dios? ¿Cuántos capítulos leemos al día? ¿Somos estudiosos de la Biblia? ¿Sacamos de las Escrituras nuestro aprovisionamiento?

(22) ¿Hemos dejado de *confesar* a Cristo de una manera abierta? ¿Nos avergonzamos de Jesús? ¿Cerramos nuestras bocas cuando nos vemos rodeados por personas del mundo? ¿Estamos testificando a diario?

(23) ¿Estamos *con una carga* por la salvación de las almas? ¿Tenemos amor por los perdidos? ¿Hay alguna compasión en nuestros corazones por los que están pereciendo?

(24) ¿Hemos *perdido nuestro primer amor* y ya no tenemos fervor hacia Dios?

Éstas son las cosas, tanto positivas como negativas, que detienen la obra de Dios en medio de un pueblo. Seamos honrados, y llamemos las cosas por su nombre. «PECADO» es la palabra que Dios utiliza. Lo antes que admitamos que hemos pecado, y estemos listos a confesarlo y a dejarlo, lo antes que podemos esperar que Dios nos oiga y obre en poder. ¿Para qué nos vamos a engañar? No podemos engañar a Dios. Así, pues, eliminemos el obstáculo, lo que estorba, antes de tomar ningún otro paso. «Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados.» «El juicio tiene que empezar en la casa de Dios.»

Esta ha sido la historia de la obra del avivamiento a lo largo de todos los siglos. Noche tras noche se han predicado sermones sin que ellos surtieran ningún efecto, hasta que algún anciano o diácono estalla en una agonía de confesión y, yendo a aquel al que ha dañado, le ruega perdón. O alguna mujer que ha sido muy activa en la obra, y que se hunde y en lágrimas de contrición confiesa públicamente que ha estado *murmurando* acerca de alguna otra hermana, o que no se habla con la persona al otro lado del pasillo. Entonces, cuando se halla hecho confesión y restitución, con la dura tierra desmontada, el pecado al descubierto y reconocido, entonces y no hasta entonces, el Espíritu de Dios viene sobre la audiencia y un avivamiento desciende sobre la comunidad.

Por lo general hay tan solamente un pecado, un pecado que constituye el obstáculo. Había un Acán en el campamento de Israel. Y Dios señalará con Su dedo justo el lugar. Y no lo sacará hasta que se haya actuado con respecto al obstáculo.

Oh, entonces, roguemos primero con la oración de David cuando él clamó; «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos y ve si hay en mí camino de perversidad» (Sal. 139:23, 24). Y tan pronto como el obstáculo del pecado haya sido eliminado del camino, Dios vendrá en un poderoso avivamiento.

Lina ciudad de iglesias llena, grandes y eruditos oradores, bella música, órganos y coros; si todos fallan, entonces ¿qué? Buenos obreros, fervientes, deseosos, que hora tras hora trabajan con ardor; pero ¿dónde, oh, dónde, mi hermano, está el todopoderoso hacer de Dios?

Refinamiento ¡educación! Desean lo mejor. Sus planes y designios, perfectos. No se dan descanso alguno; consiguen del talento lo mejor, tratan de hacerlo superior, pero, oh, hermano, su necesidad es el Espíritu Santo de Dios.

Gastaremos nuestro dinero y tiempo y predicaremos con sabiduría grande, pero la simple educación empobrecerá al pueblo de Dios. Dios no quiere humana sabiduría, no busca sonrisas ganar; sino que, oh hermano, ¡necesitamos, que el pecado abandonado sea ya!

*Es el Espíritu Santo que el alma vivifica.
Dios no aceptará al hombre adoración, ni aceptará el control humano. Ni humana innovación, ni habilidad, o arte mundano, podrán dar contrición, ni quebrantar el corazón del pecador.*

*Podemos humana sabiduría tener, grandes cantos y triunfos:
buen equipo podrá haber, pero en esto no hay bendición. Dios quiere un vaso puro y limpio, labios ungidos y veraces, un hombre del Espíritu llenado, que proclame todo Su mensaje.*

*Gran Dios, ¡avívanos en verdad! y manténnos cada día;
que todos puedan reconocerte, vivimos como oramos. La mano del Señor no se ha acortado, todavía es Su delicia bendecir, si huimos de todo mal, y todo nuestro pecado confesamos.*

Nota: Este poema fue escrito por Samuel Stevenson que me introdujo por vez primera a algunos de los guerreros de la oración que he mencionado, y que me enseñó muchas de estas grandes verdades.

7

FE PARA EL AVIVAMIENTO

LA FE ES LA LLAVE que abre la puerta del poder de Dios. « Por la fe cayeron los muros de Jericó. »Y en la obra de avivamiento uno de los prerrequisitos indispensables es una fe viva y vital. «Al que cree, todas las cosas son posibles.»

El hombre utilizado por el Señor oirá al cielo. Dios le dará una promesa. No las promesas generales de la Palabra que se aplican a tantos de Sus hijos, sino un mensaje definido, inconfundible, dirigido a su propio corazón. Alguna promesa familiar, podría ser, le alcanzará de una manera tan personal que sabrá que Dios ha hablado. De ahí, si voy a emprender una nueva obra para Dios, debería primero de hacerme la siguiente pregunta: «¿He recibido una promesa? ¿Ha hablado Dios?»

Fue tal seguridad divina que capacitó a los profetas de antaño a ir a la gente y anunciar: «Así ha dicho el Señor.» Y a no ser que El nos haya comisionado de la misma manera, mejor que permanezcamos sobre nuestros rostros en oración, no sea que El diga; «No envié yo aquellos profetas, pero corrían.» Pero cuando un hombre ha oído la voz de Dios, entonces, « aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará». Y, a pesar de que puedan transcurrir años, el Señor cumplirá Su Palabra.

¡Y cuán grande el gozo de oír y de reconocer aquella voz! ¡Qué aliento! ¡Qué fe! ¡Cómo salta el corazón por dentro! Entonces no hay dudas. Ni suposiciones ni indecisiones después de ello. Durante días, quizá durante semanas, ha habido una ferviente búsqueda de la voluntad del Dios. Entonces, por Su Palabra, o por Su Espíritu Santo, se recibe un mensaje de El, y todo es perfecto descanso en El. No

que aquello se haya ya llevado a cabo ni que las expectativas se hayan cumplido; sino que Dios ha hablado, y que ,después de ello ya no pueden haber más dudas. «El lo hará.»

Vi, en días ya pasados, una visión de una gran obra en la ciudad de Toronto, y oré acerca de ello a fin de poder conocer la mente del Señor. Un día, por fin, El habló. Sí, y una segunda vez vino su Palabra alentadora. Fui esperando, esperando en oración y fe, sabiendo que ciertamente El iba a hacer aquello. Tres años pasaron, años de pruebas terribles. Sin Su promesa yo hubiera quedado abatido, mis esperanzas esparcidas por los vientos, pero Dios ha hablado, y yo no tenía más que orar: «Haz como has dicho que harás.» Finalmente, cuando tres años enteros habían pasado, El estableció la obra de la que había hablado.

Se cuenta de un incidente en un lugar llamado Filey (Inglaterra), en los primeros días del metodismo, a la que se había enviado predicador tras predicador, pero sin fruto alguno. Aquella ciudad era una fortaleza del poder satánico, y cada uno de ellos había sido sacado de allí, hasta que al final se decidió dejarlo por imposible.

Pero justo antes de que se decidiera esto, el ahora famoso John Oxtoby, o «Johnny Oración» como se le llamaba, rogó a los asistentes en la conferencia bíblica que le enviara, y que así la gente de allí tuviera aún una oportunidad. Consintieron, y unos pocos días después John emprendía viaje. Por el camino una persona que le conocía le preguntó a dónde iba. «A Filey —fue la réplica— donde el Señor va a avivar Su obra.»

Al ir llegando cerca de la localidad, al subir la colina entre Muston y Filey, de repente surgió la vista de la ciudad ante él. Tan intensos eran sus sentimientos que cayó sobre sus rodillas bajo un seto y luchó y lloró y oró por el éxito de su misión. Se nos ha dicho que un molinero, que estaba al otro lado del seto, oyó una voz y se detuvo asombrado para escuchar, cuando oyó a Johnny decir: «¡No debes de hacerme quedar como un necio! ¡No debes de hacerme quedar como un necio! Les dije en Bridlington que Tú ibas a avivar Tu obra, y debes avivar Tu obra, o jamás podré mostrar ante ellos mi rostro de nuevo, y entonces, ¿qué le diré a la gente en cuanto a orar y creer? »

Continuó rogando durante varias horas. La lucha fue larga y dura, pero él no cejaba. Hizo de su misma debilidad e ineficacia un punto de petición. Al fin, las nubes se dispersaron, la gloria llenó su alma, y se levantó exclamando: «Hecho está, Señor. Hecho está. ¡Filey ha sido tomada! ¡Filey ha sido tomada! »

Y tomada fue, con todo lo que estaba en ella, y sin dudas sobre ello. Acabado de salir de delante del Trono de la Gracia entró en la localidad, y empezó a cantar en la calle: «Volveos al Señor para salvación», etc. Un grupo de fornidos pescadores se reunieron para escuchar. Un poder desacomunado ungió su prédica, pecadores endurecidos lloraban> hombre fuertes temblaban, y mientras que él oraba una docena de ellos cayeron sobre sus rodillas, clamando por misericordia y hallándola.

Bien, ¿sabemos ahora qué es lo que es ofrece la oración de fe? ¿Hemos orado así alguna vez «Conoció a un padre —escribe Charles G. Finney— que era un buen hombre, pero que terna una postura errónea acerca de la oración de fe; y todo sus hijos estaban creciendo sin que ninguno de ellos se convirtiera. Al cabo de un tiempo su hijo enfermó, y parecía a punto de morir. El padre oró, pero el hijo se puso peor, y parecía hundirse en la tumba sin esperanza alguna. El padre oró hasta que su angustia se hizo Inexpresable. Al fin fue y oró (no parecía haber ninguna perspectiva de que su hijo pudiera sobrevivir) de manera que derramó su alma como no aceptando una negativa, hasta que por fin consiguió una seguridad de que su hijo no solamente viviría, sino que, además, se convertiría y no solamente éste, sino que toda su familia se convertiría a Dios. Entró en la casa, y le dijo a su familia que su hijo no moriría. Se quedaron atónitos ante su afirmación. “Os digo —les afirmó que no morirá. Y ningún hijo mío morirá en sus pecados.”> Los hijos de aquel hombre se convirtieron todos hace años.»

«Una vez un clérigo me relató acerca de un avivamiento entre su gente que comenzó con una mujer llena de devoción y de celo en la Iglesia. Entró en ansiedad por los pecadores, y se dio a orar por ellos; orando, su angustia aumentó; y al final fue al ministro, y habló con él, pidiéndole que convocara una reunión para personas ansiosas> porque ella creía que se necesitaba. El ministro se lo negó, porque no creía que fuera necesario. La siguiente semana, ella volvió, y le rogó que convocara aquella reunión. Sabía que alguien iría, porque sentía como si Dios fuera a derramar Su Espíritu. De nuevo el ministro se negó. Finalmente, ella le dijo: “Si no convoca reunión, moriré, porque con toda certeza va a haber un avivamiento.” El siguiente sábado él convocó una reunión y dijo que si habían aquellos que

deseaban Conversar con él acerca de la salvación de sus almas, que él se encontraría con el aquella noche. Él no sabía de ninguno, pero cuando fue a aquel lugar se encontró, con gran asombro, una gran cantidad de ansiosos indagadores,
—Charles G. Finney.

«El primer rayo de luz que lanzó su destello e la medianoche que descansaba sobre las iglesia de Oneida County, en el Otoño de 1825, fue de un mujer en débil salud que, creo yo, nunca había estado en ningún poderoso avivamiento. Su alma entró en preocupación por los pecadores. Entré en agonía por la tierra. No sabía qué era lo que le pasaba, pero continuó orando y orando, hasta que parecía como si su agonía fuera a destruir su cuerpo. Al final se llenó de gozo, y exclamó: ¡Dios ha venido! ¡Dios ha venido, Es indudable la obra ha empezado, y va por toda la región.» Y desde luego, la obra empezó, y su familia se convirtió entera, y la obra se esparció por toda aquella par. te del país.» — Charles G. Finney.

Así, este es el secreto —la fe, la fe de Hebreos 11, la fe de Dios, Su don, basado en Su palabra, directa al corazón de Su siervo. Tal fe moverá montañas, y conseguirá lo imposible. No la fe presuntuosa que cree sin la evidencia del Espíritu, que no cuesta nada, y que cuando el tiempo transcurre y no sucede nada rápidamente se desvanece; sino la fe de Dios, nacida en la agonía de la oración prevaleciente y del trabajo del alma. Esta fe se levantará por encima de las tormentas del desaliento y de la adversidad> triunfará sobre el tiempo, y continuará ardiendo brillantemente mientras que espera por el cumplimiento de s objetivo. ¡Tengamos una fe así hoy en día!

*La fe, la poderosa fe,
la promesa ve y en Dios sólo espera; no aprecia imposibilidades,
y dama: «¡Esto se cumplirá!»*

*Tal cosa sobrepuja mi comprensión toda; pero fiel es mi Señor;
no tropezaré en la incredulidad,
pues> Dios Su palabra ha dado.*

*Dame esta poderosa fe
que en vano no puede pedir;
que te mantiene y no te dejará ir,
hasta que obtenga mi petición.*

8

HAMBRE POR EL AVIVAMIENTO

CUANDO EN 1924, 1929, y 1936 visité los campos misioneros rusos en Europa, vi a Dios obrando con un poder de avivamiento. La gente andaba casi cincuenta kilómetros (30 millas), o viajaba con caballos y carros trescientos veintidós kilómetros (200 millas) para asistir a las reuniones. Los cultos duraban tres o más horas y, en algunos casos, se celebraban tres servicios al día, y entonces la gente se quejaba de que no tenían suficiente. En una localidad se juntaban en una reunión propia temprano por la mañana, horas antes de que incluso los obreros aparecieran, con lo que se hacía cada día cuatro cultos.

No se necesitaba gastar ni un céntimo en publicidad. Uno se lo decía al otro, y todos venían> hasta que la gente se tenía que quedar derecha en los pasillos, sentados en todos los espacios disponibles en la tarima, saturando los auditorios más grandes, de manera que a duras penas podían los últimos caber apretados. Bien recuerdo cómo prediqué a tres mil en una iglesia luterana. ¡Ah, cómo escuchaban! Sí, y al aire libre era igual. Durante tres horas les he visto en la lluvia, de pie—hombres, mujeres y niños — tan hambrientos estaban.

¡Ah, y cómo Dios obraba! Desde el mismo comienzo el espíritu del avivamiento estaba en el aire. Oraban, cantando y testificaban, con las lágrimas cayendo por sus mejillas. Con corazones oprimidos escuchaban a los mensajes> y, cuando se daba la invitación> iban en masa al frente, y cayendo sobre sus rodillas> con sus ojos bañados en lágrimas, clamaban al Señor por misericordia. El pastor William Fetler era mi intérprete, y ¡cuán inspirador él era! Pero citaré de mi diario, ilustrará mejor lo que quiero decir:

«Describir las escenas que han sido ejecutadas por el Espíritu Santo sería imposible; porque lo que Dios trajo era nada menos que milagroso. Cada noche el gran auditorio quedaba literalmente saturado, y, durante los últimos días, se llenó hasta rebosar más allá de su capacidad> la galería, la tarima> y todo> con gente de pie por todas partes. Noche tras noche almas se acercaron al frente para aceptar la salvación> y el altar se llenó una y otra vez. Gran número de personas aceptó por primera vez a Cristo. Cuántos fueron no lo sé.

»Pero la reunión de las diez de la mañana fue el gran momento de la fiesta. La primera mañana, el principal auditorio de abajo estaba lleno, con unos pocos en las sillas del coro. El segundo día hubo más, y el tercero aún más, y una gloriosa aurora empezó. Pero en la cuarta mañana no había sitio. Los asientos del coro estaban llenos. Entonces se pusieron sillas de más en la tarima y allí donde hubiera sitios. Aún la gente continuaban viniendo en mayores números hasta que, al final, muchos quedaron obligados a quedarse de pie en los pasillos. Entonces el poder de Dios cayó sobre la audiencia. Los hombres y las mujeres se arrodillaban en todas partes y, ¡ah, qué oraciones! ¡cuántas lágrimas! ¡qué arrepentimiento y confesión! ¡y qué gozo y paz! ¡qué testimonios! ¡y cómo cantaban! Ver a eramente, era el cielo sobre la tierra.

»Al finalizar la reunión, se convocó otra, especial, por la tarde a las cuatro. ¿Volvería yo a predicar? Consentí, y a las cuatro estaban de vuelta. Otra vez, el poder de Dios se hizo presente. Las lágrimas caían sin obstáculos. Un gozo inexpressable y lleno de gloria se veía en muchas caras. En silencio nos arrodillamos ante Dios, y el Espíritu entró en un gran número de vidas. A las seis y media estaba otra vez predicando, y también a las ocho —cuatro veces en un solo día.

»Poco después de retirarme a mi habitación se oyó un toque a la puerta. Uno de los estudiantes entró. Me dijo cómo Dios le habla hablado. Describió su gran hambre en su corazón. “He decidido orar toda la noche —dijo— porque no cesaré hasta que conozca el poder del Espíritu Santo en vida.”> Oramos juntos, y él sollozaba abiertamente. Así empezó el quebrantamiento.

»Al cabo de unos pocos minutos se oyó llamar otra vez. “¿Tendría inconveniente en reunirme con algunos en una habitación adyacente?» Fui. Cuando entré me encontré con un grupo de la oficina sobre sus rostros. También a ellos les había hablado Dios. Otra vez la oración, una oración definida y agonizante, ascendía a Dios. El pecado recibió la atención merecida y abandonado, y se hizo una total rendición, porque una vez más el Espíritu Santo había conseguido Sus propósitos.

»En aquel momento entraron todos los estudiantes a una. Rusos, alemanes, letones e ingleses, todos derramando su corazón a Dios. ¡Ah, qué tiempo de ablandamiento! ¡Cómo lloraban ante el Señor! ¡Qué gozo encontrarse con una tal atmósfera de avivamiento y de ver al Espíritu Santo mismo a la obra. Finalmente> se fueron; se fueron para continuar en oración en sus propias habitaciones; hasta cuando, yo no sé. Y a las doce de la noche volví a mi oficina, y con gozo y gratitud en mi corazón, fui a la cama. ¡Qué bendito que había sido este día!

»A la mañana siguiente nos vimos obligados a pasar al auditorio principal, porque había más de mil doscientas personas presentes, y de nuevo el altar se llenó. ¡Gloria a Dios! A las cuatro de la tarde prediqué de nuevo, y esta vez ante una audiencia de más de mil quinientas personas, quedándose muchos de ellos de pie. De nuevo, la plataforma quedó cubierta de almas. Después, a las siete de la tarde, prediqué ante mi tercera congregación, y el poder del Espíritu se presentó muy real. Hubo un santo silencio *sobre* aquella gran audiencia, de manera que al terminar, tantos vinieron al frente *que* el período posterior a la reunión duró una hora. Esto tuvo lugar en el auditorio de la planta inferior.

»A las ocho subí arriba y me encontré con una audiencia de mil trescientas personas que me esperaban. De nuevo proclamé el mensaje, y di la invitación, e inmediatamente se formó una hilera de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ante el altar y, con gozo y contrición aceptaron a Cristo. Éste fue mi cuarto servicio del día, y yo creía que el último; pero cuando volví a la casa de la misión encontré la habitación llena de rusos, todos con sus rostros delante de Dios> orando silenciosa y fervorosamente, como solamente pueden hacerlo los rusos. Durante un tiempo me uní a ellos, entonces los dejé, y a las doce de la noche fui a la cama. ¡Qué día había sido aquel! ¡Qué reuniones! ¡Qué conversiones maravillosas! ¡Qué gozo! ¡Qué poder! Nunca en mi vida había yo predicado a tales congregaciones ni en Canadá ni en Estados Unidos.

»El domingo de Pascua fue un día que nunca olvidaré. El primer culto tuvo lugar a las seis d la mañana. A las doce de la noche del día anterior había asistido al servicio ortodoxo griego, habla visto

a la gente con sus velas> habla contemplado a los sacerdotes con sus vistosos ropajes mientras marchaban tres veces alrededor del exterior de la iglesia, había escuchado el maravilloso canto del coro> y había oído el sermón del arzobispo acerca de la resurrección de Cristo. Eran las dos de la mañana cuando fui a la cama. Así, predicar a las seis de la mañana no era cosa fácil. Mil doscientas personas estaban presentes. Muchos respondieron a la invitación, y aceptaron a Cristo.

»A las diez prediqué de nuevo a una congregación de mil seiscientas personas. Incluso los pasillos en la galería estaban a tope> y la gente estaba en todas partes de pie. Era una escena maravillosa. La reunión duró cuatro horas.

»Después de la comida me eché en la cama y cal dormido> despertando justo a tiempo para el siguiente culto, a las cuatro. Habla mil cuatrocientas personas presentes. Un gran número de ellas pasó adelante para salvación al mover el Espíritu de Dios a la audiencia de una manera maravillosa. Las lágrimas fluían por muchas mejillas. Los hombres estaban allí secándose sus hinchados ojos. La salvación había llegado a muchos corazones y, con gozo rebosando en sus rostros, apretaban calurosamente mi mano mientras iba saludando a los nuevos convertidos. Allí había hombres y mujeres jóvenes. Viejos también. Muchos con cabellos grises. Unos pocos niños pequeños. Todos habían buscado, y muchos de ellos ha liado, al Salvador. ¡Oh, qué gozo tan inmenso!

»El lunes estaba en una iglesia rusa en la que casi cinco años atrás, había predicado el Evangelio. Aquí, encontré, a las diez de la mañana, una audiencia masiva, con los hombres y las mujeres abarrotando el local, gente de pie aquí y allá, un coro masivo y una banda de música detrás de mí. Hablé con convicción acerca de la victoria sobre el pecado y, al termina, docenas de personas se arrodillaron al entrar el Espíritu Santo en sus vidas y hacer verdadera la transacción. Dios obré poderosamente. Muchos de los rostros de ellos parecían literalmente glorificados> tan grande era el gozo de ellos.

»En otra ciudad rusa nuestro primer culto tuvo lugar en la iglesia local, que solamente estaba medio llena, pero hubo un principio de quebrantamiento ya al empezar. Muchos oraron con lágrimas. Al siguiente servicio la iglesia estaba llenita a rebosar, con gente de pie. La tercera reunión fue en un auditorio con una capacidad para tres mil personas, según nos dijeron, pero demostró ser muy pequeño. Tan grande era la multitud, y tan profundo el interés, que grandes cantidades de ellos tuvieron que estar de pie todo el tiempo a pesar de la gran multitud, muchos pasaron de-ante y se arrodillaron al altar a aceptar a Cristo, una profunda convicción cayó sobre la congregación.

»Entonces vino la noche del lunes. ¿Volvería a venir aquella gran multitud? ¿O sería aquí el 1w. es como en América? Pronto tuvo respuesta a esta pregunta porque> al llegar a la iglesia, vimos que estaba llena hasta el tejado> con gran número de personas de pie en los pasillos. ¡Qué espectáculo! Dos galerías, una lejos hacia atrás por encima de la primera. Rostros tensos mirándonos. ¡Cómo se conmovió mi alma cuando les contemplé! Al terminar convoqué una reunión de seguimiento. Alrededor de unas quinientas personas se fueron. El resto se quedó. Y así, con unos dos mil quinientos allí presentes, tuve que empezar. Rápidamente se llenaron los asientos delanteros con los indagadores. Expliqué cuidadosamente el Evangelio. Según hablaba, lágrimas caían por las mejillas de ellos. Pronto estaban sobre sus rodillas. Confesaban los pecados, y éstos eran perdonados, se recibía a Cristo, y se ofrecían cantos de alabanza a Dios. ¡Oh> cuán cambiadas estaban sus expresiones, cuando se levantaron! ¡Cómo brillaban sus ojos con gozo!

»Así acabó una de las más maravillosas series de reuniones de avivamiento que jamás haya y llevado a cabo. Nunca había tenido yo en América una experiencia así. Ni tampoco olvidaré las gloriosas escenas en las que participé. ¡Qué hambre espiritual y qué sed de Dios! ¿Adónde> en Canadá, se puede repetir? Toda mi alma va hacia aquellas multitudes. ¡De qué manera tan maravillosa Dios les visitó! ¡Oh, cómo le alabo! ¡Gloria se a siempre a su Nombre incomparable para siempre! El es aún el mismo. El Dios de Wesley y de Finney> el Dios de Moody y de Evan Roberts -este Dios es nuestro Dios para siempre jamás. Él es aún el Dios de avivamiento. Su mano nunca ha sido acortada ni Su oído se ha vuelto pesado. Él oye, Él contesta oraciones. ¡Aleluya!

»En cuanto a mí mismo, me siento profundamente humillado. Dios ha bendecido ricamente a mi propia alma. Ello ha significado una nueva crucifixión, una experiencia más profunda> y un andar más cercano a Dios. Mi corazón se ha deshecho una y otra vez. Desde ahora, como nunca hasta ahora> tiene que tratarse de “Dios primero». Con gozo dejo a un lado mis propios planes y ambiciones; acepto los Suyos. Lo que el futuro vaya a traer no lo sé, pero

mis, propios tiempos están en Sus manos. Si tan sólo El quiere utilizarme en una obra profunda, de reavivamiento espiritual, quedaré más que satisfecho; no importa dónde> si aquí o en mi propia patria. “Adonde El guíe, yo seguiré.» Deseo quedar totalmente abandonado a Dios, y vivir cada momento en un reino tan por encima del mundo y de la carne que habitaré en comunión ininterrumpida con mi bendito Señor.»

He viajado a través de Europa, del Próximo y Lejano Oriente, Canadá y Estados Unidos. He ido desde el Atlántico al Pacífico, y desde el golfo de México hasta los Grandes Lagos> una y otra vez. He asistido a las mejores reuniones evangelísticas y he escuchado a los más eminentes evangelistas y maestros bíblicos en el continente americano. Pero nunca, en ningún sitio, he visto la repetición de lo que acabo de describir, excepto bajo el ministerio de aquellos que están trabajando en tierras rusas.

Y ¿por qué? ¿Cuál es la explicación? ¿Acaso Dios ha olvidado a América? ¿Ha terminado ya con Canadá? ¿Ha pasado ya Inglaterra su oportunidad? ¿Por qué no hay avivamientos en ninguno de estos países en la actualidad? Simplemente, debido a que falta el primer prerequisite para el avivamiento. Aquello que vi en Europa continental, esto es, *hambre*. Amigos míos, no existe un hambre real, verdadera, profunda, espiritual en este país; no hay examen del propio corazón delante de Dios. Las cosas llenan nuestra visión. Tenemos tantas comodidades e incluso lujos que no sentimos la necesidad que tenemos de Dios. Si perdiéramos todo lo que ahora estamos disfrutando, quizás ello demostraría ser nuestra salvación.

Aquí, la gente no quiere asistir a las reuniones. A menudo se necesitan cientos de dólares de publicidad para siquiera llegar a interesarles. Los teatros y los cines están llenos hasta los topes; los salones de baile, las playas y los parques saturados de gente> pero la mayor parte de nuestras iglesias están vacías. La gente nunca siquiera sanan en andar solamente tres kilómetros, ni tampoco se quedarían tres horas de pie al aire libre para oír el evangelio. Por ello> mi diagnóstico es que aquí no hay *hambre*. Cuanto más hermoso el día, mayor la tentación de ir a dar un paseo en automóvil. Dios tiene que aceptar el segundo o tercer lugar. Los rusos tienen pocos de los bienes de este mundo: por ello viene su hambre espiritual por las riquezas de Dios.

Tomemos, nosotros que tenemos esta hambre —y gracias a Dios, hay unos pocos aquí y allá— tomemos una lamentación por la gente de Europa y de América> y clamemos al Señor para crear esta hambre> sea ello mediante una catástrofe> guerra> depresión, o qué no, aquella hambre sin la cual no puede existir un avivamiento genuino.

9

¿ESTÁ MUERTO EL EVANGELISMO?

¿ACASO HAN PASADO ya los gloriosos días del evangelismo, y para siempre? ¿Nunca habrá otra vez un Wesley, un Finney, un Moody? ¿Es que las ciudades no volverán a ser agitadas por poderosos avivamientos *como* en los días pasados? ¿Es verdaderamente cierto que los días del avivamiento han pasado ya, y que el evangelismo ha muerto? Mi respuesta es «Sí» y «No».

El otro día uno de nuestros periódicos canadienses venía con una fotografía de D. L. Moody y un breve reportaje sobre su gran campaña en Toronto en el Auditorio Massey en 1894. Hablaba de las enormes multitudes, de su predicación, y de cómo agradeció públicamente a Hart A. Massey, mientras él estaba en su palco privado, por el donativo del Auditorio Massey a la ciudad. Y a continuación hablaba de la gran campaña de Moody como sigue:

«La historia e L. Moody es la de *una época de evangelismo heroico que se ha ido, quizá para no volver*. Aquella época tuvo un brillo espiritual propio. No habían radios, ni teléfonos, ni tranvías, y tampoco hasta que Moody era ya muy viejo, lámparas eléctricas.»

En un número posterior de aquel mismo periódico, salía un relato de las grandes reuniones de los señalados evangelistas canadienses, Crossle y Hunter, en Ottawa, cuando Sir John A. MacDonald, el

primer Ministro que hubiera en Canadá, a continuación de un escrutador sermón del señor Hunter, se puso sobre sus pies y profesó públicamente su fe en Cristo. Esto fue en 1889, el año en que nació.

Poco tiempo antes de morir, el doctor Crossley asistió a algunos de mis cultos. Hunter, con quien había viajado durante un cuarto de siglo en la obra de evangelización, había ya dormido en el Señor. La generación actual no le conoce. Para la mayor parte de los que están ahora activamente dedicados al servicio cristiano, las glorias del pasado han sido olvidadas. Pero, el contemplar al doctor Crossley, y a otros guerreros de cabellos plateados que habían estado en el centro de la actividad evangelística, pensé en las grandes escenas que tuvieron lugar hace más de una generación, cuando el evangelismo estaba en su punto más candente, y me pregunté si tal cosa volvería a ser experimentada por la generación actual o por la que venga después.

Tengo en mi biblioteca un viejo y gastado volumen de los sermones de Moody, tomados en taquigrafía durante sus prédicas. Sus frases poco gramaticales están registradas tal como caían de sus labios. La instrucción que daba desde la tarima, sus advertencias en contra de los buhoneros, que sacaban beneficios vendiendo su fotografía, sucesos insignificantes —todos se hallan registrados tal y como éstos sucedieron, y por uno que estuvo presente y que vio con sus propios ojos aquello de lo que escribió.

Atesoro este volumen, y lo atesoro debido a que está lleno de la atmósfera de evangelismo, una atmósfera con la que la mayor parte de la generación actual no está familiarizada. Porque, al leer de nuevo los inspiradores y conmovedores mensajes del famoso evangelista, y testifico, como antaño, las escenas que significaron tanto para la Iglesia hace una generación —días del Cielo sobre la tierra—, vuelvo a ver las grandes multitudes, las grandes masas de gente hambrienta. Pero lo que pregunto ahora es: ¿Se volverá a repetir esto?

Los días heroicos del evangelismo parecían desvanecerse alrededor del tiempo de mi adolescencia. Fue mi privilegio tener un vislumbre de ellos por lo menos en su gloria decadente. Bien recuerdo las grandes reuniones Torrey-Alexander en el Auditorio Massey, en Toronto, en 1906, cuando me convertí. Lo que me impresionó fue el gran número de ministros de todas las denominaciones sentados en la tarima. También, mi mente vuelve al espíritu del evangelismo en la Y.M.C.A. (Asociación Cristiana de Jóvenes) un año o dos después. Tampoco olvidaré nunca las reuniones de Crossley y Hunter en Huntsville, Ontario, en 1908, y la impresión que causaron en mí. Mi corazón de joven se embargaba de emoción siempre que entraba en contacto con servicios evangelísticos. Pero éstos fueron ya de los últimos. Fue alrededor de la segunda década del siglo xx que el viejo espíritu del evangelismo abandonó la escena.

GRANDES CENTROS DE EVANGELISMO

Pero el evangelismo no ha muerto. En absoluto. Ni puede morir, porque es el método de Dios, el único, de llevar a cabo Su obra. Así, El está suscitando grandes movimientos de magnitud nacional y centros específicamente para el evangelismo, y en éstos se mantendrán ardientes las llamas del evangelismo.

Estos centros son obras establecidas, dedicadas preeminentemente a la conversión de las almas, a la edificación de los creyentes y al evangelismo a escala mundial; enfatizando especialmente las cuatro cosas esenciales: la salvación, la vida profunda, las misiones extranjeras, y la segunda venida de nuestro Señor; tratando por todos los medios de hacer llegar el mensaje del evangelio a las masas sin Cristo tanto en nuestra nación como en el extranjero en el lapso del tiempo más corto posible.

El método seguido es el del apóstol Pablo. Él no mantenía una breve campaña, y luego continuaba su camino, a pesar del valor que esto pueda tener, sino que permanecía en cada lugar, si era posible, hasta que hubiera quedado establecida una obra real.

Cada ciudad grande necesita un centro así. Spurgeon, de Londres, fue al Auditorio Musical Surrey, con una capacidad para 10.000 personas, y al Crystal Palace, con una capacidad de 20.000, y apartándose de todas las convencionalidades, predicó el Evangelio a las multitudes muertas de la gran metrópolis inglesa, y después erigió el Tabernáculo Metropolitano, un centro evangelístico permanente.

D. L. Moody y R. A. Torrey compartían la misma visión. Ellos también creían, como Spurgeon, en una obra centralizada localmente. De aquí la gran Iglesia Moody, Chicago, la Iglesia de la Puerta Abierta, de Los Ángeles, y la Iglesia del Pueblo, en Toronto, centros permanentes de evangelismo.

Algunos pueden ser llamados a viajar de lugar a lugar, pero el tipo más valioso de evangelismo es el efectuado mediante el establecimiento de unos cuarteles generales en los que el fuego del avivamiento nunca se extinga, y desde a como centro, trabajando para alcanzar a todo mundo.

La idea generalmente aceptada de la iglesia—quiero decir con esto un pequeño grupo de creyentes que se reúnen en alguna oscura calle, luchando para sostener a un pastor, y no haciendo ningún impacto en las multitudes—no es ciertamente la visión que Dios tiene de ella. ¡Cuán menudo hallamos a un puñado de gente sobrealimentada e infratrabajada, satisfechos de ellos mismos e incluso antievangelísticos sin visión d agrandamiento y sin el sentido de obligación d extender el Mensaje a las masas —un pozo seco muerto, sin salida. Solamente si nuestras iglesia llegan a ser centros espirituales para un evangelismo agresivo, tanto en casa como en el extranjero, serán fieles a la visión de Jesucristo tal como fue ésta expresada en la Gran Comisión.

EL EVANGELISMO RESUELVE LOS PROBLEMAS

El evangelismo llenará cualquier iglesia. Llené las iglesias metodistas, las llenó por todo el mundo durante ciento cincuenta años. El metodismo nació en el evangelismo; vivió y creció en el evangelismo. Salvaba a las personas, y los convertidos llenaban los bancos de las iglesias.

Además, el evangelismo resolverá los problemas financieros. Todo lo que Pedro tuvo que hacer fue pescar el pez: el dinero estaba en su boca. Esto siempre es así. Gánense a los no salvos para Cristo y ellos suplirán lo necesario para continuar Su obra. Es debido a que el evangelismo ha muerto que tantas iglesias han tenido que cerrar

La Iglesia del Pueblo, en Toronto, no ha sido una excepción. A través de los años mantuvimos un ministerio continuo de evangelismo y aún hacemos así.

Se cantan himnos evangelísticos y se predicar sermones para la salvación de las almas.

Se utilizó mucho la radio. Estábamos en el aire durante dos horas y media cada domingo por la noche, y así miles y miles de personas oyeron el Evangelio y fueron evangelizados.

Cada domingo por la noche se ha dado la invitación para que las personas acepten a Cristo como Salvador. No solamente predicamos. Damos a los hombres y a las mujeres una ocasión para aceptar a Cristo, invitándoles a la Sala de Indagación. Y es dudoso que pase una semana sin que haya almas salvadas. Bien sabemos que la Iglesia tiene que evangelizar o fosilizarse; y por ello evangelizamos, porque la iglesia que deja de ser evangelística pronto dejará de ser evangélica.

Nuestra afirmación declara que nos mantenemos primariamente para la Conversión de las almas, la edificación de los creyentes y el evangelismo de carácter mundial. No ha y nada en ello que no salga a superficie. Somos de la moda antigua, porque aún creemos en «la conversión de las almas». Los hombres necesitan la salvación. Esta descuidada verdad tiene que ser enfatizada como nunca hasta ahora. Además, también se edifica a los creyentes en la fe. Y nuestro evangelismo no queda en absoluto limitado a nuestra ciudad. Gracias a Dios, es de carácter mundial. Creemos y nos gloriamos en la obra de las misiones extranjeras.

LAS CUATRO GRANDES COSAS ESENCIALES

Ahora siguen las cuatro grandes cosas esenciales, cuales son: «Salvación, la vida más profunda, las misiones extranjeras y la segunda venida de nuestro Señor.» No que dejemos a un lado otras importantes verdades. En absoluto. Pero alrededor de estas cuatro se agrupa la enseñanza más importante de las Escrituras.

Todo lo que entra dentro de la vida profunda constituye nuestra predicación. Dios quiere que Sus hijos sean llenos del Espíritu y victoriosos sobre el pecado, y que le pertenezcan en un cien por ciento a Él; totalmente rendidos, y totalmente separados del mundo y de sus cosas, a fin de que puedan ser usados por Él de una manera total. Colocamos el énfasis en Sí mismo, una Persona, y no en dones, experiencias y manifestaciones. «Todo en Jesús, y Jesús en todo. »

Tampoco nos atreveríamos a dejar a un lado la bendita verdad del retorno del Señor. Ésta es la gran esperanza de la Iglesia. Nuestro Señor vuelve. No acentuamos la interpretación personal y detallada de la profecía. Sobre ello los hombres siempre han diferido, y siempre diferirán. Podemos estar en desacuerdo y aún ser hermanos, pero sí que insistimos en la todo importante verdad del retorno personal, visible, de nuestro Señor, y del establecimiento de Su Reino.

Nuestra afirmación se cierra con las palabras:

«tratar por todos los medios de llevar el Evangelio a las masas sin Cristo tanto en nuestro país como en el extranjero en el lapso de tiempo más corto posible». Y, después de todo, esto es lo más importante. Para vivir tenemos que dar. Para recibir tenemos que dar. Por esto fue que Cristo vino, vivió, murió, y envió al Espíritu Santo. Esto constituye la tarea suprema de la Iglesia. Para esto existimos. Nuestra principal ocupación la constituye difundir el evangelio, y difundirlo por medio de todos los canales legítimos.

Especialmente, lo tenemos que presentar a las masas sin Cristo. Despojándonos de egoísmos tenemos que interesarnos igualmente en llevarlo a los países extranjeros así como al campo propio, porque así, siguiendo el programa de nuestro Señor, que es el de predicar el Evangelio «en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones» (Mt. 24:14), es como mejor aceleraremos Su retorno, ya que Dios está visitando a los gentiles con el propósito de «tomar de ellos pueblo para su nombre» (Hch. 15:14).

¡Ah, qué visión! ¡Qué llamamiento! ¡Qué obra! ¿Cómo puede alguien hallar defectos en este programa? Hay algún hombre que ame al Señor y que esté por los grandes fundamentos de la fe, que pudiera rehusar unirse cien por ciento a una causa así? ¡Cómo deberíamos de alabar al Señor por un evangelismo sano, verdadero y escritural! Un movimiento ardiendo por las almas, nacido no de los hombres, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

¡Oh, entonces, evangelicemos, y mantengámonos así, perpetuamente así, a fin de que los hombres puedan tener una ocasión para oír el Evangelio y ser salvados! Que los pastores, los verdaderos ministros, se den a sí mismos al evangelismo en sus propios púlpitos, y que hagan de sus propias iglesias locales centros evangelísticos, porque Dios bendecirá el evangelismo como no bendecirá ninguna otra cosa más. El impondrá Su sello de aprobación sobre él para la salvación de las almas, y para la restauración de los que se habían apartado, porque el evangelismo es todavía la consigna para el día de hoy.

Id, id, a ganar a los perdidos, evangelizad, sea cual fuere el costo; el Evangelio en toda tierra predicad, id, éste es el mandato del Señor.

Evangelizad en cada tribu, a nadie el Evangelio podéis negar; id y relatad cómo Él murió, id, proclamad al Cristo Crucificado.

*Id, y proclamad cómo Él resucitó
y vive triunfante sobre Sus adversarios;
como El volverá aquí de nuevo
a reinar en poder y majestad.*

Él volverá a tomar Su Esposa, de toda tribu, lengua y nación; Él volverá para introducir el día del juicio por el pecado del hombre.

Id, el mensaje debéis proclamar, id, traedlos al redil del Salvador; el Maestro llama, ¡oh, levantaos, evangelizad! ¡Evangelizad!

10

LA NECESIDAD DE LA HORA

«SIN PROFECÍA, el pueblo será disipado» (Pr. 29:18, RV. 1909). ¡Cuán cierto es esto! Hay multitudes que llenan nuestras ciudades por todos sitios y que están disipándose, pereciendo, debido a que no han recibido el mensaje de salvación, porque a nosotros nos falta la visión. Masas sin Cristo por las que Jesús murió pueden nunca llegar a conocer el mensaje de la salvación de Dios a no ser que nosotros recibamos el mensaje profético. Nuestros grandes centros de población por los que somos responsables no conocen el evangelio de la Gracia de Dios debido a que nosotros, Sus seguidores, carecemos de visión. ¿Y qué es lo que vamos a hacer acerca de ello? ¿Cuándo, oh, cuándo, sentiremos nosotros Ja carga y nos haremos conscientes de nuestra responsabilidad? Verdadero es el veredicto: «Sin profecía, el pueblo será disipado.»

Bien abrigados en nuestro nido, cómodos en medio de nuestro vecindario, satisfechos con nuestro puñado de seguidores sobrealimentados, seguimos con nuestros servicios, predicamos nuestros sermones y parecemos no preocuparnos, ni pensar en las multitudes que perecen a nuestro alrededor. Pero Dios nunca dijo que los pecadores tenían que venir a nosotros. Nos dijo que fuéramos a ellos. ¿Por qué entonces os hacemos a ellos responsables de no acudir cuando la verdadera culpa es la nuestra por no salir afuera? Dios nos ayude. «Sin profecía, el pueblo será disipado.»

El mundo va al campo abierto buscando atraer la atención. Se construyen teatros en las esquinas más visibles, brillantemente iluminados, mientras que la iglesia, demasiado a menudo, selecciona una calle apartada, y pone un pequeño edificio, instala una iluminación pobre, y entonces se pregunta por qué la gente no asiste. «Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.» Cada ciudad necesita una obra evangelística localizada céntrica-mente, iluminada brillantemente, de fácil acceso, capaz de atraer al transeúnte, y con un programa real, vivo, evangelístico, un programa dirigido a interesar a los indiferentes, a despertar a los pecadores y a señalarles el camino al cielo. Sin una visión así, la gente está destinada a disiparse, a perecer.

Todo lo que se necesita para hacer cumplir tal visión dada por Dios es la fe, o diría, fe y trabajo duro. La fe y el trabajo duro lo harán todo. Una visión y una fe dada por Dios, además del trabajo duro, sacrificado, conseguirá lo aparentemente imposible. El lema de Guillermo Carey lo resume todo. «Esperar grandes cosas de Dios; emprended grandes cosas para Dios.» No se pueden esperar grandes cosas de Dios hasta que no se emprendan grandes cosas para Dios. Recibe la visión de Dios y entonces ponla por obra. «Todas las cosas son posibles al que cree.» «Para Dios todas las cosas son posibles.» «Tened fe en Dios.»

Estamos viviendo unos días de terrible apostasía. En mis viajes por Europa y a través de Canadá y de Estados Unidos, he llegado a tener una carga en mi corazón con respecto a la situación religiosa como nunca antes la había sentido. La iglesia profesante, como ya había sido antes profetizado, está apostatando rápidamente. Muchos están apartándose de la fe. Esto significa que todo el mundo ha venido a ser ahora un vasto campo misionero. Miles de asistentes constantes a las iglesias nunca oyen el Evangelio.

En muchos púlpitos, en la actualidad, se oyen afirmaciones como la que sigue, y ello de pastores: «Ya no predico la inspiración total de la Biblia. No predico el Cielo e Infierno de la Biblia y no conozco a ningún predicador digno de este nombre que lo haga. Mi educación me impide creer los milagros de la Biblia. No creo en la doctrina de la salvación por la sangre. Gracias a Dios, no soy salvo por la sangre de nadie. La salvación por la sangre es el evangelio de la carnicería.» A la vista de tales afirmaciones, ¿no es hora ya de que los verdaderos siervos de Dios clamen y proclamen de nuevo las poderosas y transformadoras verdades del viejo Libro, la Biblia?

El general Booth escribió en su libro *In Darkest England* (En la oscurísima Inglaterra) «Dios ha estado imprimiendo sobre mi corazón esta terrible afirmación: “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones” (Is. 60:2)». Esto es cierto en la actualidad, no solamente en los campos extranjeros sino también aquí en nuestra patria. La gente está por todas partes casi en total oscuridad por lo que respecta a la salvación de Dios. Solamente aquí y allá se encuentra algún púlpito en el que se predica el Evangelio, en el que se enfatiza el nuevo nacimiento, en el que se explica la salvación de una forma clara, y en el que se da una invitación. Los cultos se están haciendo más y más formales. En muchas iglesias el pastor predica como si todos en su congregación estuvieran ya salvados y dirigiéndose al Cielo, a pesar de que en cada congregación continúan habiendo aquellos que nunca han nacido de nuevo.

¡Oh, por una predicación como la de Bunyan, Baxter, Aileen, Edwards, Wesley, Whitfield y Finney; predicaciones que hacían que los pecadores temblaran y gimieran en voz alta bajo una terrible carga de pecado y de culpabilidad! Quiera el Señor suscitar de nuevo a tales hombres, hombres que, dándose cuenta de la terrible seriedad y responsabilidad de su llamamiento, y dejando a un lado todos los asuntos menores, proclamen sin temor alguno los grandes fundamentos de la fe, que en estos días finales de la edad se dé un testimonio claro e inconfundible. No hay otra predicación, ni otro mensaje, que valga el tiempo y el esfuerzo.

¡Mantengámonos en nuestra gran tarea de exponer el Evangelio tanto en nuestra patria como en el extranjero! Trabajemos juntos en la unidad del Espíritu. Si no podemos estar de acuerdo en otras cosas, podemos estar de acuerdo en el evangelismo. Todos creemos que el Evangelio es el poder de

Dios para salvación. Entonces, ¡prediquémoslo! Los ateos nunca han quedado convencidos por las argumentaciones.

Estamos viviendo, según las Escrituras, en los días laodiceanos de la iglesia. Por ello, la iglesia misma tiene que ser evangelizada. Tiene que haber una nueva llamada a la separación del mundo y a una devoción total de corazón a Cristo Jesús. Está más allá de mi comprensión cómo alguien, que haya nacido de nuevo, pueda permanecer en una iglesia que es solamente un «club». El compromiso siempre está condenado en la Palabra de Dios. Se tienen que disipar las tinieblas. ¿De qué otra manera podemos afrontar la terrible apostasía de este día?

El enemigo está sobre nosotros. La tormenta está formándose y está a punto de descargar. Nada sino la predicación del Evangelio en el poder del Espíritu Santo puede reducir la marejada. Entonces, evangelicemos. Vayamos adonde la gente está y, con la mejor música evangélica, los mejores testimonios y los mejores mensajes, atraigamos a las masas sin Cristo. Planifiquemos un programa evangelístico brillante y ganémoslos para el Salvador nuestro. Pongamos libritos evangélicos en cada hogar de nuestra comunidad, y hagámoslo una y otra vez.

¿Has leído alguna vez Proverbios 24:11, 12? Estas son palabras escrutadoras. Léelas, si quieres: «Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están en peligro de muerte. Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos. ¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, El lo conocerá, y dará al hombre según sus obras.»

¡Qué afirmación más asombrosa! ¿Quién puede leerla y no quedar convicto? Si los hombres están amenazados de muerte y dejamos de advertirles, tenemos la culpa. Podemos alegar ignorancia. Podemos decir que no lo sabíamos. No nos valdrán de nada estas excusas. Dios no las aceptará. Tenemos que hacer sonar la alarma. Tenemos que comunicarles el peligro en que se hallan.

Esta es, hermanos míos, la necesidad de esta hora. Quiera Dios darnos la visión, no sea que el pueblo perezca y seamos hallados culpables.

11

¡ EVANGELISMO!

LA RESPUESTA DE DIOS PARA ESTE MUNDO GIMIENTE

ESTE ES EL SIGLO XX. Fuerzas siniestras están en activo. Las religiones falsas abundan por todos lados. El nacionalismo está barriendo la tierra. El comunismo, el arma más poderosa jamás forjada por el ingenio satánico, amenaza con barrer el cristianismo. La energía atómica tiene a su merced a la civilización.

Desearía poder vivir para escribir en el año 2000 d.C., pero esto no podrá ser así. Pero millones podrán, si Cristo todavía no ha venido; yo no podré. Creo que los próximos cincuenta años serán los más significativos de la historia de la humanidad. Eventos de consecuencias y alcance mundial ya están arrojando sus sombras ante ellos.

Se han inaugurado movimientos colosales; unos para bien, otros para mal. La raza humana afronta la destrucción. Son inevitables juicios cataclísmicos. La revolución, con todos sus horrores, vuelve a levantar su cabeza emblanquecida. El Telón de Acero esconde una esclavitud peor que la muerte. Toda la creación gime. Los oídos

res de parto de una nueva era están siendo sentidos por todo el mundo. Otra vez se oye el sonido de algo que se está moviendo. «La segunda venida del Señor se acerca. »

LA IMPORTANCIA DEL EVANGELISMO

No soy un evangelista profesional pero he llevado una obra evangelística y sé que la única esperanza de nuestra época es una nueva manifestación del poder de Dios. He estado en países donde he visto este poder en operación y estoy confiado que podemos tener aquí lo que he podido contemplar

allí. *El evangelismo es la consigna para hoy, la necesidad de la hora.* Sin avivamiento, la vida como la conocemos, tiene que perecer. Tenemos que evangelizar o fosilizarnos.

Todos tenemos nuestras diferencias, pero hay una cosa en la que nos podemos unir, y ésta es el evangelismo. Si no podemos unirnos en ninguna otra cosa, deberíamos ser capaces de trabajar unos con otros para ganar a hombres y mujeres perdidos al Señor Jesucristo. Los ministros y laicos que todavía creen en la Biblia deberían ser capaces de cooperar cuando se trata del evangelismo.

Existen ministros que sienten que pueden efectuar su propia obra evangelística y que no existe la necesidad de utilizar un evangelista profesional. Puedo decir, y fundamento mi afirmación en cuarenta años de ministerio, en la mayor parte como pastor, que debo el éxito de mi obra, en gran medida, al evangelismo. El pastor de la iglesia puede que sea un buen predicador, muy amado por su gente, pero incluso la mejor voz puede llegar a cansar. Siempre he dado la bienvenida a mi púlpito a otros debido a que me he dado cuenta de que una nueva voz es necesaria. Un evangelista puede ganar a aquellos que yo no puedo nunca esperar ganar. Entonces, cuando yo vuelvo a tomar el púlpito, mi voz se vuelve una nueva voz y así la gente no se cansa. Tan pronto como creo que ya me han oído bastante, traigo a alguien distinto para que puedan tener un cambio y el evangelista siempre nos deja con nuevos amigos, la mayor parte de los cuales se quedarán con nosotros después de que él se haya ido.

La primera campaña que llevé a cabo en Toronto duró seis meses sin interrupción por una sola noche, incluyendo sábados y, por lo general, dos o tres cultos los domingos. Yo dirigí la campaña y fui el presidente en todas las reuniones. Pero durante los seis meses tuve a una docena o más de diferentes evangelistas, uno tras otro, para dar el mensaje. Así, siempre tenía a alguno nuevo que anunciar, y la gente podía de continuo ir esperando una nueva voz. Las muchedumbres fueron creciendo de semana a semana. El interés era intenso y antes de que se acabara la campaña muchos cientos de almas habían sido salvadas, de manera que la obra fue, como resultado, muy fortalecida. Cada campaña se pagaba a sí misma con creces; porque me preocupé de que siempre hubiera algo que valiera la pena en la tesorería al final.

Al ir pasando los años, desde entonces, he tenido dos o tres, y a veces media docena de campañas cada año, y, además, muchas conferencias especiales de uno u otro tipo. Todo esto ha estimulado la vida espiritual de los miembros, ha añadido nuevos intereses, creado entusiasmos y consolidado la obra. Entre campañas he predicado y, al irse haciendo la obra más sólida y aumentar las multitudes, llevé yo mismo más de la obra del púlpito, pero nunca sentí que lo pudiera hacer solo. Incluso hasta el día de hoy traigo predicadores de afuera para que participen en campañas evangelísticas.

LAS DIFICULTADES DEL EVANGELISMO

Hubo el día en la obra del evangelismo y del avivamiento, no hace tanto tiempo, cuando todas las iglesias de una ciudad determinada cerraban las puertas y cooperaban. No es sorprendente que hombres como Billy Sunday consiguieran grandes multitudes. Durante años Billy Sunday no se acercaba a una ciudad a no ser que todas las iglesias de la ciudad acordasen cerrar las puertas y unirse a la campaña. Como consecuencia, los coros de todas las iglesias estaban en la plataforma y, todavía más importante, los pastores y, ya que las iglesias estaban cerradas y la gente no tenía otros sitios a los que ir, naturalmente iban al tabernáculo en el que tenía lugar la campaña y lo llenaban a tope y, entonces, al mirar hacia la plataforma y ver a sus propios ministros allí sentados, eran inspirados a cooperar, dar, orar y hacer todo lo que podían para que la campaña triunfara. Ésta es la forma ideal de ganar almas para Cristo.

No obstante, estamos viviendo en una época en la que parece poco menos que imposible conseguir que los pastores y las iglesias cooperen. En la actualidad somos afortunados si podemos conseguir siquiera las iglesias evangélicas, para que cierren sus puertas y trabajen con nosotros.

En algunas ocasiones se nos objeta que necesitamos más instrucción bíblica, más conferencias bíblicas, que deberíamos prestar más atención al estudio de la Palabra. Se afirma que el evangelismo no consolida ni enseña. Permítaseme discrepar. Por lo que he estudiado de la historia del evangelismo a lo largo de los siglos, he descubierto que hay más enseñanza, más almas ganadas para el Señor y que un mayor número de personas son inspiradas a estudiar la Palabra de Dios durante épocas de avivamiento que en cualquier otra época.

Cuando el Espíritu Santo está en la obra, lo natural es que la gente vuelva a la Biblia y la estudie. Se forman clases de estudio bíblico. Se da enseñanza para la obra personal. Los nuevos convertidos

testifican y oran en público y, como resultado, un mayor conocimiento de la Biblia es impartido que en cualquier otra ocasión. *La enseñanza de la Biblia sin evangelismo resultará en un estancamiento, pero el evangelismo, que siempre produce estudio bíblico, inspirará y bendecirá.*

Así, permítaseme señalar que es la obra de seguimiento la que realmente cuenta, y no la obra hecha por el evangelista mismo. El evangelista es como el médico; trae al niño al mundo, pero nadie espera que el médico se quede y tome el cuidado del niño. Esta es la obra de seguimiento que tiene que ser llevada a cabo por los padres. La responsabilidad del médico cesa cuando el bebé ha nacido. No sería correcto dar la culpa al médico si el niño no se desarrollara apropiadamente después de un nacimiento normal y sano, y es igual de incorrecto dar la culpa al evangelista si los convertidos no siguen en la fe y no crecen después de que él los ha y a traído a la luz. Esta, digo, es la responsabilidad de otros, esto es, del pastor, de los maestros de la Escuela Dominical, los líderes de la obra de jóvenes y todos aquellos que permanecen para tener cuidado de los nuevos convertidos. Si se organizan clases especiales para los nuevos convertidos, pronto éstos pueden ser enseñados en las doctrinas fundamentales de la fe de manera que podrán permanecer de una manera fiel y firme y llegar a ser obreros activos del Señor Jesucristo.

Existe una gran cantidad de evangelismo en la actualidad que empequeñece al pastor. Siento mucho tener que admitir esto, pero es verdad. *El tipo de evangelismo que necesitamos es aquel que mantenga en alto las manos del pastor y que le ayude en todas las formas posibles y que le ofrezca alimento.* Que un evangelista critique o encuentre fallos en un pastor delante de la gente constituye un error trágico. En todo caso ya tiene suficientes cosas contra las cuales luchar. Lo que necesita es recibir aliento y el evangelista debería de hacer todo lo posible por despejar todo tipo de dificultades. Él debería de recibir honor delante de su gente. Es por esta razón que creo que todo evangelista, por lo menos durante unos años, debería ser pastor para poder tener la capacidad de sintonizar con el pastor en sus problemas y saber cómo ayudarlo. El pastor no es perfecto, como tampoco lo es el evangelista, y me temo que una de las razones por las que tantas iglesias se han predispuesto en contra del evangelismo es debido a que los evangelistas han sido descorteses con el pastor, y a que no le han dado la ayuda necesaria. Habiendo sido tanto pastor como evangelista, conozco perfectamente bien *que la obra del pastor es mucho más difícil y que el evangelista, relativamente, se lo pasa mejor.* Solamente tiene que afrontar los problemas de una localidad determinada durante dos o tres semanas, y después se puede marchar. Pero el pastor siempre lleva su carga. Es por esta razón que me voy de cuando en cuando y hago una campaña, porque me ayuda a olvidar los problemas de detalle del pastor. Los evangelistas harían bien en adoptar una nueva actitud hacia los pastores con los que trabajan.

LA NECESIDAD DEL EVANGELISMO

¿Sabéis que casi todos los evangelistas mundialmente conocidos están muertos? D. L. Moody pasó ya; R. A. Torrey también; J. Wilbur Chap-man fue a su reposo; Billy Sunday terminó su obra, y ahora mi querido amigo personal, el mundialmente famoso Gypsy Smith, también se ha ido y, triste es decirlo, hay muy pocos en el horizonte que sean capaces de ponerse los zapatos de aquellos cuyos nombres son palabras familiares por todo el mundo. Esto es debido a que nuestros seminarios e institutos bíblicos no están instruyendo a evangelistas. Están instruyendo a personas para ser pastores y misioneros pero no a evangelistas. ¿Cuántos de ellos se dedican a un estudio de la historia del evangelismo y de los avivamientos? ¿Cuántos de ellos estudian las vidas y los métodos de los grandes evangelistas y avivadores del pasado? ¿Cuántos de ellos enseñan a sus estudiantes a dirigir campañas evangelísticas?

Casi todo lo que tenemos se lo debemos al evangelismo. La mayor parte de los que han sido convertidos lo han sido en campañas evangelísticas o durante períodos de avivamiento. Quisiera decir que, por lo menos, un sesenta y dos por ciento han sido alcanzados para Cristo mediante reuniones especiales. Una y otra vez he preguntado mediante el método de levantar las manos por parte de la audiencia, y el resultado siempre ha sido el mismo. Me pregunto qué sucederá si los cristianos de hoy mueren sin haber habido campañas para ganar a otros para Cristo. En Inglaterra los jóvenes, en su mayor parte, nada tienen que ver con el cristianismo. La iglesia los ha perdido y el clamor de los cristianos ancianos es: «¿Quién tomará nuestros lugares cuando nosotros nos hayamos ido?» El evangelismo es la única solución. Es imperativo un avivamiento.

LOS RESULTADOS DEL EVANGELISMO

Como ya he afirmado, he adquirido experiencia en misiones y en evangelismo a lo largo de los años. En los primeros años tenían un promedio de aproximadamente quinientas conversiones cada año. Estos bebés recién nacidos pronto llenarán nuestros bancos con el resultado de que los cristianos mas ancianos se encontrarán con que sus asientos estaban ocupados a no ser que llegaran temprano. Durante años no hicimos ninguna publicidad en el periódico, tan grandes eran las multitudes. Recibí una carta del jefe del Parque de Bomberos pidiéndome que redujera el número de asistentes, por el peligro de incendio en la iglesia. Leí la carta a la gente el domingo por la noche cuando la iglesia estaba llena a rebosar con más de dos mil personas, muchos de pie alrededor de las paredes, otros sentados sobre los escalones en los pasillos después de que muchas personas no habían podido entrar, y el único resultado fue que el siguiente domingo por la noche una cantidad de personas mayor se presentó para asistir al culto.

Acostumbrábamos a tener un gran órgano de tubos que ocupaba todo el espacio más allá de la galería y cuando nuestra gente vio que tantos no salvos tenían que quedar sin poder entrar, semana tras semana, en aquellos primeros días, empezaron a orar a Dios para que enviara a alguien que comprara aquel órgano a fin de poder construir una segunda galería con el propósito de acomodar a más gente. Al cabo de unos meses el Señor oyó la oración y la respondió, y el órgano está ahora en otra iglesia grande de Toronto. En su lugar, construimos una segunda galería, encima y más atrás de la primera galería y la primera noche que se abrió quedó repleta a capacidad con docenas de personas sentadas en los escalones de los pasillos y desde entonces hasta ahora, aparte de los calurosos meses de verano y de la época de vacaciones, se ha quedado llena a rebosar y muchas docenas, si no cientos de almas, han bajado de las «alturas», como llamamos nosotros a aquel palco, para ser salvos.

Me ha sucedido que la policía ha entrado justo antes de empezar el culto, insistiendo en que redujera el número de asistentes, rehusando permitir que tantos estuvieran de pie alrededor de las paredes o sentados en los pasillos. Lo único que pude hacer, como ya he afirmado, fue no insertar más anuncios en la prensa e incluso entonces, durante varios años, con raras excepciones, he predicado a más de dos mil personas cada noche de domingo.

El evangelismo llenará cualquier iglesia. Lo he comprobado una y otra vez semana tras semana y año tras año. Nunca olvidaré la campaña que tuve el privilegio de mantener en la famosa iglesia de Pamk Street en Boston. No solamente se llenaba a rebosar, sino que muchos se vieron obligados a estar de pie y al final de dos semanas más de doscientas personas habían tomado la gran decisión de aceptar a Cristo como Salvador. La iglesia quedó revolucionada. Nunca ha sido la misma desde entonces. Dios obró maravillosamente, y lo que el evangelismo hizo a la iglesia de Park Street, lo puede hacer por cada iglesia.

Las mayores campañas de mi vida, hasta 1938, fueron las que mantuve en Australia y en Nueva Zelanda. En muchas ocasiones fue imposible hallar lugares lo suficientemente grandes como para cuidarse de las multitudes. Yo me cuidé de todo, pero desde el principio Dios obró. El relato ha sido publicado una y otra vez. Extractos de ello aparecen en mi libro *The Story of My Life* (La historia de mi vida). Australia y Nueva Zelanda nunca olvidarán las campañas de 1938. Allí caí enfermo con fiebres de malaria, pero a pesar de una gran debilidad, Dios obró. Fue un milagro desde el principio al final. Por lo menos un millar de personas halló a Cristo y mucho antes de que se clausuraran las campañas los mismos convertidos habían llegado a ser mis obreros personales. Fue una experiencia inolvidable.

EL GOZO DEL EVANGELISMO

Después de haber hablado acerca del evangelismo a un numeroso grupo de ministros en Sydney, Australia, me di cuenta de un pastor con una expresión muy triste en su rostro. Se acercó lentamente hacia mí y le esperé, preguntándome qué era lo que iba mal. Se paró un momento antes de hablar y después, tal como lo recuerdo, me dijo algo así como sigue: «Doctor Smith, ¿realmente quiere usted decir lo que dice?» «¿Por qué? —le contesté— ¿qué quiere usted decir?» «¿Quiere usted realmente decir —remarcó él— que usted cree que es posible hacer lo que usted mismo acaba de sugerir?» «Bueno, ¿a qué se refiere?», le pregunté de nuevo. «¿Cree usted —continuó él— que es posible para

un ministro presbiteriano el dar una invitación?» Y enfatizó la palabra «presbiteriano». «Bueno —le contesté— yo soy un ministro presbiteriano y siempre, durante todos los días de mi ministerio he extendido una invitación y he visto a hombres y a mujeres por cientos bajar por los pasillos para aceptar a Jesucristo como Salvador.» «Pero usted sabe —respondió él— que esto no se hace. No es como hacemos las cosas en la iglesia presbiteriana. » «Ya lo sé —le dije— pero a pesar de ello rio veo razón alguna por la que un ministro presbiteriano no debe dar una invitación.»

Con una expresión llena de tristeza se fue, y a los pocos momentos me olvidé totalmente de él. Pero la noche siguiente del lunes estaba como de costumbre haciendo mis reuniones en la Iglesia Presbiteriana y estaba a punto de bajar los escalones del púlpito cuando noté una conmoción en la puerta. Me detuve, preguntándome qué había sucedido. Entonces, para mi asombro, vi la cara de mi amigo, el ministro presbiteriano de la noche del sábado, que estaba tratando de abrirse paso entre la gente que se hallaba en la puerta, y, al darme cuenta de esto, esperé. Al fin consiguió pasar y marchó rápidamente por el pasillo y vi que se dirigía directamente a mí. Entonces, para mi gran asombro, vi que llevaba a una joven en su brazo izquierdo y a otro en su derecho, y que estaba dirigiéndolas delante de él.

Finalmente, llegó a corta distancia de mí y me di cuenta de *que* su cara estaba iluminada y entonces le oí proclamar: «Funciona, funciona», y ciertamente no podía comprender su significado. «¿Qué es lo que funciona?», le pregunté al llegar él ante mí. «¿Qué? —dijo él—. Lo que usted dijo el sábado pasado. El domingo, por primera vez en mi vida, di la invitación, y mire que obtuve», y con esto empujó a las dos jóvenes ante mí. Les hablé y me di cuenta de que habían sido realmente convertidas y entonces recordé el incidente del sábado y empecé a darme cuenta de lo que había sucedido en realidad.

Él había dado la invitación el día antes, pero con temor y temblor. Dos manos se levantaron. Apenas sabía lo que tenía que hacer pero les pidió a las que habían levantado las manos a que se pusieran de pie. Incierto acerca de lo que tenía que hacer a continuación, pero recordando que yo había invitado a aquellos que desearan ser salvos a que fueran a la Sala de Indagación, él hizo lo mismo. Ellas fueron sin dudarle un momento. No teniendo ningún obrero personal, tuvo que ir *él* mismo a la sala y hablar con ellas, pero así lo hizo, y fueron salvas. ¡Qué cambio! Aquel ministro presbiteriano volvió a su obra para hacer lo que había dejado de hacer durante todo su ministerio. Fue de nuevo a dar a la gente a la que predicaba una oportunidad de aceptar a Jesucristo en lugar de pronunciar la bendición e irse a su casa. Todo su ministerio quedó revolucionado. Empezó a experimentar algo del gozo del evangelismo y aprendió por experiencia que incluso un ministro presbiteriano puede dar una invitación.

Mi sugerencia para ti, querido amigo, sería la de: «Ve, y haz tú lo mismo.»

12

DIOS MANIFIESTA SU PODER EN AVIVAMIENTOS

Los DÍAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA fueron días de avivamiento. Nada sino el avivamiento resolverá los problemas del mundo en la actualidad. De hecho, aparte del avivamiento es dudoso que existiera ninguna iglesia. *Por toda la superficie del globo hay aquellos que están clamando a Dios por otra manifestación poderosa de Su poder.* ¿Van a ser contestadas estas oraciones? Y si lo son, ¿cómo será la contestación? ¿Cuánto costará? ¿Podemos hacer algo para que venga? ¿Podrá ser contestada en nuestra generación la plegaria del Salmo 85:6?: «No volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti? » Nuestros ojos están sobre Dios. Solamente El puede avivar a Su pueblo y cuando Él lo haga, habrá un gozo como la iglesia no lo ha conocido por una generación?

**¿CUÁNDO NECESITAMOS UN
AVIVAMIENTO?**

Voy a hacer y dar respuesta a unas preguntas muy importantes. Primero de todo, ¿cuándo necesitamos un avivamiento? o, para hacerlo más personal, *¿cuándo necesitamos tú y yo, avivamiento?*

Es cuando hemos perdido nuestro primer amor que necesitamos avivamiento. ¿Te acuerdas, amigo, cuando fuiste salvado? ¿Recuerdas tu amor por las almas, y de la conciencia de la presencia de Dios en tu vida? ¿Te acuerdas de cómo gozabas en la oración y en el testimonio y en el canto de himnos del evangelio? ¿Te acuerdas del gozo que tenías cuando dabas tratados y, especialmente, cuando guja has a alguien a Cristo? ¡Con cuánta ansia trabajabas en aquellos días por el Señor, con cuánto gozo hacías algo por Jesús! ¡Cómo te gozabas en la lectura de la Palabra! Pero ¿qué de hoy? ¿Ya no sientes más el gozo? ¿Ha salido de tu corazón el gozo del Señor? ¿Estás dejando a un lado la oración y Su Palabra? ¿Ha muerto tu primer amor y ahora todo parece normal? Si esto es así, entonces, amigo, necesitas avivamiento.

Cuando has perdido tu carga por las almas, entonces, también, necesitas avivamiento. ¿Es posible que estés en tu camino al cielo cuando los que tú amas están perdidos, y es cierto acaso que no sientes ninguna carga, que tus ojos se hallan secos, que puedes ir viviendo contento y satisfecho, sabiendo a la perfección que tú irás al Cielo mientras que ellos irán al infierno? ¿Qué hay acerca de tu padre o madre, qué hay de tu esposa o de tu marido? ¿Estás tú salvado y ellos perdidos y con todo y esto no tienes carga alguna dentro de ti?

Si yo supiera que un hijo o hija mía no estaba salvado, no sé si podría comer o dormir. Me parece que desearía quedarme despierto la mitad de la noche y agonizar en la presencia de Dios por ellos. Me agarraría de los cuernos de altar y no lo dejaría ir hasta que ellos estuvieran salvados. Mis ojos se llenarían de lágrimas y mi corazón de tristeza. No podría descansar hasta que ellos hubiera tomado la gran decisión. ¿Cómo podría yo soportar ver el círculo deshecho? La Palabra de Dios dice que «serás salvo, tú y tu casa». Lo creo. Lo reclamo. Deseo *que* cada miembro de mi familia se convierta. No podría soportarlo si ello no fuera así.

Nuestro hijo mayor fue salvado cuando tenía nueve años. Su madre y yo le llevamos a Cristo. Nunca olvidaré la manera en que lloró delante del Señor bajo una profunda convicción después de uno de mis mensajes y como vino a nosotros cuando llegamos a casa, sus ojos llenos de lágrimas, diciéndonos que quería ser salvo. Fue salvo arrodillado ante su cama. Ahora es un especialista con el grado de F.R.C.S., en Vancouver, Canadá, y todavía está a las órdenes de Su Señor.

Nuestra hija fue salvada cuando tenía diez años. Ella fue llevada a Cristo con su madre y yo arrodillados con ella ante su cama y también ella estaba convencida de su necesidad de salvación. Tiene ahora tres hijos y se dedica a escribir y a pintar. Pero Continúa con Su Señor.

Nuestro hijo más joven, que es ahora el pastor de la Iglesia del Pueblo, fue salvado cuando tenía escasamente cinco años. Estaba yo predicando, y cuando di la invitación, vi a mi propio pequeño de cinco años bajando decididamente por el pasillo, con una expresión de determinación en su rostro, y, al arrodillarse ante el altar, el Señor Jesús entró en su corazón.

Ciertamente, no puedo comprender cómo ningún ministro se puede quedar satisfecho con la predicación de un sermón del Evangelio y a continuación pronunciar la bendición e irse a su casa sin dar a la gente la oportunidad de aceptar a Cristo como Salvador en aquel momento Que un pastor pueda predicar domingo tras domingo sin ver a nadie recibir la salvación, realmente no lo puedo comprender. Un abogado busca un veredicto, y lo mismo un ministro, y si no lo busca, debería de buscarlo, y si no consigue un veredicto, entonces hay algo mal ahí, pues Dios ha prometido fruto, y es un privilegio tanto el de segar como el de sembrar.

Durante todos los años de mi ministerio he dado la invitación. Domingo tras domingo he invitado a hombres y a mujeres a que vengan y acepten a Cristo y en pocas ocasiones me he visto defraudado Si nadie hiciera esto, me Sentiría como para irme a casa, encerrarme en mi estudio, para Poner mi rostro en el suelo y clamar a Dios: «¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no hay almas esta noche? » Me sentiría responsable de ello. En algunas ocasiones cuando es difícil que salga gente, he visto a mis obreros personales por toda la iglesia con cabezas inclinadas, casi gimiendo, hasta que habla el desencadenamiento. Entonces he visto cómo sus rostros se iluminaban con el gozo del Señor al prepararse para ir a la Sala de Indagación para tratar con los indagadores. Esperaban resultados y no quedaban defraudados. Prácticamente cada domingo por la noche hay algunos, quizá no muchos, pero por lo menos algunos. Y en la noche cuando por alguna razón no ha habido nadie que saliera públicamente en casi cada caso han habido resultados más adelante. «Conforme a vuestra fe os sea

hecho.» Creed que habrán resultados y los conseguiréis Si dais la invitación en fe, Dios obrará. Desde el momento en que doy mi mensaje espero que cuando vaya a dar la invitación, algunos responderán.

Amigo mío, si no tienes una carga por las almas déjame decirte de nuevo, necesitas avivamiento. Si estás satisfecho yendo año tras año sin resultados, recuerda, hay algo que está mal. Mejor que te dejaras caer sobre tus rodillas y orar en confesión y arrepentimiento hasta que Dios abra las puertas del Cielo y envíe un avivamiento a tu corazón y que después, una vez te haya encendido a ti con Su fuego, te capacite a prender fuego de avivamiento en los corazones de otros, hasta que por fin toda tu iglesia quede encendida para Dios.

¿QUÉ SUCEDERÁ?

Llego ahora a mi segunda pregunta: *«¿Qué sucederá cuando venga un avivamiento?»*

Existe un gran número de pastores, obreros cristianos, e iglesias, que no desean un avivamiento. Tienen miedo de lo que pueda suceder. Tiene miedo del fanatismo. Aborrecen interrupciones. Prefieren un servicio eclesiástico normal con cada asunto cuidadosamente mecanografiado, de forma que el culto vaya continuo desde el principio al final de una manera dignificada y terminar a la hora en punto. Saben que el avivamiento irrumpirá en su orden de culto. Han leído lo suficiente acerca de avivamientos como para saber que cuando el avivamiento se desencadena, Dios irrumpe en la escena y que cuando Dios se halla presente hay siempre interrupciones.

Los Hechos de los Apóstoles es un libro de interrupciones. Habían bullicios y conmociones de continuo de un tipo u otro. No había nada que pareciera ir conforme a lo que se había pensado. Tanto Pedro como Pablo y, en cuanto a esto, también Felipe, experimentaron tales conmociones, interrupciones, milagros, que apenas sabían qué esperar a continuación En un avivamiento van a haber interrupciones.

Ahora bien, *el avivamiento es ante todo para el pueblo de Dios.* No es para los que no son salvos, pero nunca ha habido un verdadero avivamiento sin que los no salvos son llevados a los pies de Cristo. Pero el avivamiento tiene que ser ante todo con la iglesia y con el propio pueblo de Dios. No se puede avivar un fuego una vez que éste se ha apagado. Tiene que haber, por lo menos, un rescoldo permaneciendo allí y si uno sopla sobre aquel rescoldo se podrá avivar el fuego, pero si el último rescoldo se ha apagado, entonces no hay esperanza. Se tiene que empezar un fuego nuevo.

Así es con el avivamiento; tiene que haber algo que avivar. Los muertos no pueden ser avivados, tienen que ser despertados. Pero el cristiano que está vivo puede ser avivado, y por ello el avivamiento empieza con el pueblo de Dios.

Pero no pasará mucho tiempo, si los hijos de Dios han sido encendidos con el fuego de Dios, antes de que los hijos de Satanás se reúnan alrededor del fuego. Nada hay que atraiga como el fuego. La gente vendrá corriendo de todas partes para ver una casa encendida. Así sucede con un avivamiento. *Cuando la iglesia esté verdaderamente encendida, el mundo lo verá y será atraído por ello.* Por ello el avivamiento, aunque tiene que ver primero con el cristiano, siempre tiene como resultado la salvación de almas. El salmista clamó:

«No volverás a darnos vida?» enfatizando la palabra «nos» y refiriéndose naturalmente, al pueblo de Dios.

SALVACIÓN

Habrán, digo, almas salvadas. Habrá convicción, una verdadera convicción, al estilo antiguo, producida por el Espíritu Santo. El pecado se transformará en algo horrible, repugnante, terrible. ¡Ah, por una convicción como la de días pasados! ¡Cuán a la ligera consideramos en la actualidad el pecado! ¡Cuán horrible es a los ojos de Dios! Necesitamos un avivamiento para retomamos al sentido de la repugnancia del pecado. Con ello habrá convicción y salvación. Almas se salvarán.

Hablé un poco hace algo acerca del poder de Dios, porque esto es lo que es el avivamiento —la manifestación del poder de Dios. «Ignoráis el poder de Dios» es una de las afirmaciones más notables de la Palabra de Dios. Cuán cierto que es en la actualidad. Cuán poco conocemos el poder de Dios. «El poder del Señor estaba con El» es Otra afirmación. ¿Cuándo hemos sido capaces de decir al acabar un servicio: «El poder del Señor estaba ahí»? Con tanta frecuencia nuestros servicios son fríos, tan formales, tan ordinarios, que no hay evidencia de la presencia del Señor en absoluto. «Y todos se admiraban de la grandeza de Dios.» *¿Cuándo fuimos testigos por última vez de una manifestación de*

la grandeza de Dios ¿Nos ha entrado asombro? ¿Sabemos algo de ello, o acaso estas experiencias de la Iglesia primitiva nos son totalmente extrañas?

¿Sabes que cuando un avivamiento está en marcha, la misma atmósfera de la comunidad parece cargada con la presencia de Dios? Así fue en Kentucky cuando personas extrañas se aproximaron *al* sitio donde tenían lugar las reuniones. Al llegar a una cierta distancia había una extraña y misteriosa atmósfera que sólo puedo explicar diciendo que estaba cargada de la presencia de Dios. Quedaron serios antes de que entraran en el edificio y al aproximarse más y más, adquirieron una conciencia en constante incremento de que se hallaban en presencia de Dios. Sabían que Dios estaba ahí.

JUICIO

Cuando hay un avivamiento hay juicio, además, de salvación. Lee, si quieres, las historias de los avivamientos del pasado. Descubrirás que cuando hubo personas que se opusieron deliberadamente y se rebelaron en contra de la obra del Espíritu de Dios en su comunidad de Dios a menudo les fulminó en juicio, en ocasiones con la muerte, como en los casos de Ananías y de Safira. Charles G. Finney fue testigo de ello una y otra vez. Hay exhibiciones de Dios en juicio así como en salvación en los tiempos de avivamiento. Dios sabe cómo tratar con los opositores y Él siempre toma al menos a algunos como ejemplos para los demás. Wesley fue un testigo casi a diario de tales acontecimientos. Habían personas fulminadas ante sus propios ojos, y más de uno fue juzgado sobre el terreno. *Siempre es un peligro meterse con Dios o con la obra de Dios en días de avivamiento.* De forma repentina hay ateos que son llamados a rendir cuentas como advertencia a otros. Dios vive, y en tiempos de avivamiento, la gente lo sabe.

Recuerdo bien una historia relatada por el reverendo Fred Clark durante la campaña que tuvo lugar en mi iglesia en Toronto. El señor Clark me relató acerca de un dueño de un bar en una cierta ciudad que se había opuesto al avivamiento de una manera muy vigorosa, debido a que todos sus clientes le estaban dejando. Una noche, el dueño del bar decidió ganarse otra vez a sus clientes y denunciar al evangelista. Aquella noche fue a la reunión. El señor Clark había estado tratando desesperadamente de hallar un texto, pero el único texto que Dios le daba era: «Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás.» Una y otra vez lo dejaba y trataba de hallar otro, pero no podía. Finalmente, decidió utilizarlo. Cuando llegó el momento de predicar lo anunció, pero en el momento que lo hizo el dueño del bar se levantó como un rayo y lanzó una bolea tal de juramentos que todos se quedaron petrificados. Repentinamente se detuvo y al cabo de un momento se oyó un sonido de gargareo en su garganta. Entonces empezó a toser; surgió sangre de su boca y al cabo de un momento se hallaba tendido sobre el suelo —cadáver. Tan notable fue este juicio de Dios que casi todos los que no estaban salvos aún buscaron al Salvador aquella noche. Así Dios utiliza el juicio, así como la salvación, en días de avivamiento.

RESULTADOS

Ahora, continuando, diré que *cundo llega un avivamiento se consigue más en unas pocas semanas que en años mediante la obra ordinaria de la iglesia.* En otras palabras, Dios puede hacer más entonces y todo cuanto tengo que hacer es dar tres o cuatro ilustraciones para demostrar mi afirmación. Cuando estaba llevando unas campañas de extensión nacional en Gran Bretaña, espúes de haber predicado en las mayores ciudades de Inglaterra, Irlanda y Escocia, fui a Gales y, naturalmente, me interesé Vivamente, al ministrar en Gales, porque me acordaba del avivamiento de 1904. Los ecos de aquel poderoso avivamiento volaron a través del Atlántico, y mi joven alma fue enardecida una y otra vez cuando oía y leía de lo que Dios estaba haciendo en Gales. Fui a ver a Evan Roberts, al hombre tan poderosamente utilizado por Dios durante el avivamiento de Gales. Vivía en una casa muy humilde cerca de Cardiff. No obstante, no pude verle. Parecía como si Dios hubiera tomado a Evan Roberts y le hubiera utilizado como pocas veces hubiera utilizado a alguien para luego dejarlo a un lado por el resto de su vida. Su nombre es conocido por millones de personas. Desde entonces ha

partido para estar con Cristo. Un poco antes recibí una carta de él de su puño y letra. ¡Cómo me glorié en su ministerio en 1904!

Descubrí que *veinte mil se habían convertido y se habían unido a las iglesias de Gales en cinco semanas*. ¿Me puedes decir dónde, sea en Estados Unidos, Canadá, o Gran Bretaña, los ministros de todas las iglesias hayan podido ganar veinte mil convertidos y hacer que se unieran a sus iglesias en un periodo de cinco semanas? Sabes que esto jamás se ha conseguido y que mediante los canales habituales de obra eclesiástica nunca se podrá conseguir, pero sucedió en Gales —un total de veinte mil personas realmente se unieron a las iglesias en cinco semanas.

¿Sabes cuántos miembros de iglesias habían en Estados Unidos de América cuando Charles G. Finney empezó su gran obra de avivamiento? Habían entonces doscientos mil. ¡Piensa en esto! En toda América solamente doscientos mil miembros. Pero ¿sabes cuántos miembros habían cuando terminó su ministerio unos pocos años después? Más de tres millones. Sí, dentro del ministerio de un solo hombre, ¡tres millones! ¡Qué milagro! ¿Me puedes decir en dónde se podrían repetir estos resultados? *¿No es verdad que Dios hace más en unas pocas semanas durante días de avivamiento que en años a través de los canales normales de la obra de la iglesia?*

Cuando Finney celebró una campaña en la ciudad de Rochester, Nueva York, se estima que alrededor de cien mil personas se unieron a las iglesias. Como resultado de una sola campaña, que naturalmente se transformó en un avivamiento, cien mil personas aceptaron a Cristo y se hicieron miembros de las iglesias de Rochester. ¿Cómo podéis repetir tales resultados, excepto por un avivamiento?

Cuando los primeros predicadores metodistas vinieron a Canadá y a Estados Unidos no vinieron como pastores; vinieron como ardorosos evangelistas y allí adonde fueron prendieron fuegos de avivamiento. El resultado: diez millones de metodistas en Estados Unidos, principalmente como resultado de los avivamientos de los primeros predicadores metodistas. *El metodismo nació en un avivamiento y en tanto que tuvieron avivamientos metodistas, las almas se salvaban a miles. Esto es lo que Dios hace cuando hay un avivamiento.*

13

LOS RESULTADOS PERMANENTES DEL EVANGELISMO Y DEL AVIVAMIENTO

POR TODAS PARTES que vamos oímos esta pregunta: «¿Son duraderos los resultados?» De hecho, ésta es una de las mayores objeciones al avivamiento y al evangelismo. Existe una falsa impresión de que los resultados no son nunca permanentes. Muchos pastores creen que su propia obra va a tener más efecto que ninguna obra efectuada por un evangelista de otro lugar. Creen que los resultados no son duraderos y que, debido a ello, no son dignos del esfuerzo desplegado. Esta objeción tiene que recibir una respuesta.

¿Puedo decir que no todos los resultados visibles fueron permanentes en los días de Jesús y que si alguno de Sus resultados no fue permanente, por qué deberían ser permanentes todos los nuestros? ¿O no recuerdas la afirmación: «Desde entonces muchos de sus discípulos Volvieron atrás, y ya no andaban con él»? (Jn. 6:66). Había muchos seguidores profesantes en Sus días cuyos corazones no habían sido cambiados Parecían ser genuinos. Eran resultado de Su ministerio, pero no tuvieron duración. Tan pronto como se dieron cuenta de algunas de las dificultades del camino, se volvieron atrás. En otras palabras, apostataron. Le dejaron, «y ya no andaban con El». No hay nada extraño en esto. De hecho, era de esperar. Siempre existe la multitud mezclada, los que se acomodan, los profesantes pero no poseedores. ¿Es acaso extraordinario que se descubra que muchos de los resultados visibles de la actualidad son irreales? ¿Y qué otra cosa podemos esperar? ¿Somos acaso mejores que nuestro Señor y nuestra obra mejor que la Suya?

LO VERDADERO Y LO FALSO

El enemigo siempre está sembrando cizaña entremedio del trigo. Hay los hijos de Satanás, además, de los hijos de Dios y todos se hallan en la iglesia visible. Es casi imposible distinguir entre ellos. Se parecen en gran manera. Actúan y hablan igual y son muchos los que son engañados. Es asunto de Satanás la siembra de la cizaña y, en cada avivamiento, o siempre que tiene lugar una campaña evangelística, el enemigo está ocupado sembrando cizaña.

De hecho, solamente una cuarta parte de la semilla sembrada da fruto. Nuestro mismo Señor nos lo dijo. ¿No podemos acaso sentirnos satisfechos si una cuarta parte de los que profesan conversión han sido verdaderamente convertidos? ¿No sería acaso un promedio más bien elevado para nuestro día? Si no recuerdo mal, Moody llegó a la conclusión de que si diez de cada cien eran genuinos, ello constituiría un buen promedio. ¿Por qué vamos a desesperar porque las tres cuartas partes de aquellos que hacen una profesión de fe resultan falsos? ¿No hay acaso siempre más flores que fruto? A menudo se ven los árboles cubiertos de flores y luego resulta haber muy poco fruto. ¿Por qué quedar desalentados por ello? ¿No sería mejor dar gracias a Dios por el fruto que sí se halla? Tenemos que esperar una gran abundancia de flores y si hallamos algún fruto, podemos sentir, gratitud.

Cuando estaba en una campaña evangelística en Escocia, entré en contacto con muchos de los notables evangelistas líderes de aquel país y, casi en cada ocasión, me enteré de que eran o los convertidos los convertidos de los convertidos, de la gran campaña de Moody y Sankey de dos generaciones atrás. El mayor don que América jamás haya dado a Escocia fue el don de D. L. Moody. Moody consiguió más en Escocia que en su propio país. No hay nadie allí que le vaya a olvidar jamás. La conmoción provocada por las reuniones de Moody y Sankey afectó a todo el país y Escocia nunca podrá ser la misma otra vez. Es entonces bien cierto que los resultados fueron permanentes en Escocia. Tiemblo al pensar en lo que habría sido de Escocia si no hubiera sido por Moody y Sankey. Sus nombres son nombres familiares aún allí. *También hay que tener en cuenta el metodismo bajo Juan Wesley.* Wesley y Whitefield hicieron giras por las islas Británicas dirigiendo campañas evangelísticas y reuniones de avivamiento. ¿Alguien se atreverá a decir que los resultados no fueron duraderos? Los avivamientos de Wesley no fueron en vano. Naturalmente, que los resultados fueron duraderos.

Y ¿qué de los resultados de la obra del apóstol Pablo? ¿Fueron duraderos sus resultados, o se han desvanecido? El cristianismo mismo es la respuesta. Europa misma no habría sido nunca evangelizada si no hubiera sido por Pablo. Incluso Norteamérica podría estar aún en oscuridad si Pablo se hubiera dirigido hacia Oriente en lugar de hacia Occidente. La predicación de Pablo produjo avivamientos por todas partes. El evangelismo era la consigna del día y ahora, durante casi dos mil años, la obra se ha ido ampliando en círculos cada vez mayores, probando de una manera concluyente que los resultados son duraderos. De hecho *no hay otra obra que tenga la persistencia que la obra del evangelismo y del avivamiento.*

EL PROBLEMA DE HOY EN DÍA

Es cierto que es más difícil conseguir resultados en la actualidad que nunca hasta ahora. De hecho, algunas de nuestras iglesias evangélicas mayores tienen miedo de hacer ninguna campaña evangelística. Nos dicen que todavía atraen multitudes el domingo, pero no durante la semana, y que cada vez se hace *más* difícil financiar los Costos de una campaña. Yo me pregunto: ¿por qué?

Hay quizás una explicación que no debería de pasarse por alto. Tan pronto como hombres o mujeres son ganados para Cristo mediante la agencia de la iglesia, se les persuade casi inmediatamente a unirse a algún movimiento evangélico que les ocupa la mayor parte de su tiempo y que les aparta de la iglesia en el seno de la cual fueron salvados.

Cuando patrociné por vez primera campañas evangelísticas en Toronto, podía ver cada noche a cada hombre en su lugar. Allí estaban los acomodadores, los obreros personales, los «guerreros» de la oración, y los miembros del coro. Los mismos obreros noche tras noche, allí en sus puestos. ¿Cuál es la situación en la actualidad? Les veo en una o dos ocasiones durante una campaña. Ya no sienten esta responsabilidad. ¿Dónde se hallan? En algún banquete o cena, o dando su testimonio en otros lugares, o quizás asistiendo a algún comité o reunión de negocios de la organización a la que pertenecen.

Están llevando a cabo una obra espléndida, pero permanece el hecho de que están utilizando sus talentos y dones en otras partes, y que la iglesia, la única agencia de Dios, la única escritural, es la que lleva las de, perder, y que ya no es más posible mantener campañas para llegar a las almas con tantos obreros ausentes. Si fueran a poner la misma cantidad de esfuerzo y dinero en la gran obra salvadora de la iglesia, los evangelistas todavía podrían continuar con su obra, y se podrían llevar a cabo las campañas.

No veo la Solución muy clara. No desearía sacarlos de los movimientos a los que se han sentido llamados; pero no puedo dejar de señalar que, en cierto sentido, estamos desnudando a un santo para vestir a otro. Creo que cuando se lleva a cabo una campaña, cada obrero cristiano debería dejar a un lado todas las otras reuniones y compromisos, fueran de la naturaleza que fueran, y mostrar-se en sus puestos cada noche⁷, a fin de que las manos del pastor y del evangelista fueran fortalecidas y la obra llevada a cabo. Porque cuando la iglesia deje de evangelizar, se fosilizará.

Hay también otro obstáculo y es de gran seriedad. Es el coche, la televisión y la casa de veraneo. En la actualidad, a los cristianos les importa muy poco dejar de lado la iglesia el domingo. Se meten en sus automóviles tan pronto como el clima lo permite y se van a sus casas de campo, saliendo el sábado y volviendo el domingo por la noche. Así, la iglesia pierde el apoyo de ellos y no se pueden sostener campañas. En realidad, están arrojando su voto para cerrar la iglesia durante los meses de verano.

No obstante, a pesar de estos problemas, evangelicemos, porque los resultados de los avivamientos son duraderos, y la obra efectuada es permanente.

14

¿COMO PODEMOS TENER AVIVAMIENTO EN LA ACTUALIDAD?

LLEGAMOS AHORA al quid de la cuestión. *¿Cuándo habrá avivamiento?* Es ésta una pregunta que tiene que recibir respuesta ahora. La iglesia está en la actualidad en una condición lastimosa. Es absolutamente necesario un avivamiento. Nada menos que una gran oleada de fervor evangelístico y de entusiasmo restaurará jamás al pueblo de Dios a su herencia espiritual. Confrontemos, pues, la pregunta: «¿Cuándo habrá avivamiento?»

Habrá avivamiento cuando el pueblo de Dios pague el precio y cuando digo esto me doy cuenta de que se van a suscitar algunas objeciones. Estoy perfectamente familiarizado con el hecho de que hay dos puntos de vista diferentes con respecto a los avivamientos. Hay los que dicen que no se puede generar un avivamiento; se tiene que orar por él y que, por lo tanto, nada tenemos que hacer con ello. Dios es soberano. El obra cuando El quiere obrar y nunca ningún hombre le puede obstaculizar ni acelerar-le. Nuestra parte es la de orar. No podemos hacer más que esto. Entonces hay el otro punto de vista, y es el que dice que el hombre tiene mucho que hacer acerca del avivamiento y que, después de todo, él es responsable.

Esto me recuerda acerca de dos granjeros. Uno de ellos lanza una mirada a sus campos y se dice a sr mismo: «Me gustaría tener una cosecha este año. Pero esto no es una cosa que me competa a mí. No hay nada que pueda hacer con respecto a esto», y con esto se va a su casa, se sienta enfrente del calor del hogar y ora por una cosecha. El otro granjero dice: «También a mí me gustaría tener una gran cosecha este año, y es mucho lo que tengo que hacer. Estoy seguro que tendré una sr pongo todo lo de mi parte.» Pone manos a la obra. Ara la tierra. La prepara y remueve y entonces planta la simiente y después de haber hecho todo lo que sabe necesario, levanta su rostro a Dios para que envíe los rayos del sol y la lluvia y, con perfecta confianza, espera el día de la cosecha.

¿A cuál de estos dos granjeros preferirías? Yo creo que, *sin* un momento de duda, elegirías al segundo. De hecho, tan solamente está utilizando su sentido común. Así es con el avivamiento. Dios lo envía, y a lo sé, pero hay mucho que tú y yo podemos hacer, mucho lo que tú y yo tendremos que hacer antes de que vaya a haber un avivamiento. *Es mi convicción, y la fundo en mi propia*

experiencia personal, así como sobre las historias de los avivamientos que he estudiado, es mi convicción, repito, que toda iglesia o comunidad puede experimentar un avivamiento en cualquier momento, si está dispuesta a pagar el precio. Charles G. Finney demostró una y otra vez que podía tener un avivamiento en cualquier sitio si cumplía él las condiciones. A menudo llegaba a una comunidad, estéril e indiferente, donde la gente no mostraba interés alguno en las cosas de Dios. Él cumplía las condiciones, y como resultado, incluso en estos lugares, había un gran avivamiento que barría con toda la frialdad.

De hecho, los avivamientos siempre llegan en días de apagamiento espiritual. Cuando mayor es la necesidad Dios derrama agua sobre la sedienta tierra y sobre el suelo quebrado. Es entonces cuando más se necesita. Nunca hubo un día más oscuro en Inglaterra que cuando Juan Wesley llevaba a cabo su obra, pero fue el día en que el avivamiento barrió todos los lugares. Así fue en relación con el gran avivamiento irlandés de 1859 y el avivamiento de Gales de 1904. Así fue en Estados Unidos de América en los días de Charles G. Finney. Así es la actualidad y si nunca hemos necesitado un avivamiento, es ahora.

Entonces, si el avivamiento depende de nosotros, si tenemos que cumplir las condiciones, si tenemos que pagar el precio, entonces, *¿cuáles son las condiciones, cuál el precio que se ha de pagar?*

CONFESIÓN Y RESTITUCIÓN

Cuando nos pongamos a cuentas con Dios habrá avivamiento ¿Cómo nos ponemos a cuentas con Dios? *Mediante la confesión y la restitución.* Permítaseme citar el Salmo 66:18: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.» Dios no se inclinará para escuchar lo que tengo que decir si estoy anidando pecado en mi corazón. Puede que nadie sepa que está allí, pero si está allí Dios lo ve, y a no ser que lo confiese y me aparte, Dios no escuchará a mi oración.

Citaré también a Isaías 59:1, 2: «He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.» *La culpa no es de Dios, la culpa es mía. El brazo de Dios es lo suficientemente largo.* Él puede llegar a los perdidos y salvarlos. Aquí la figura es la de un hombre que ha caído a las aguas y que está siendo barrido por la corriente. Los hombres extienden sus manos en un vano esfuerzo por salvarle, pero fracasan porque sus brazos no son lo suficientemente largos. Pero esto no es así con el brazo de Dios. Él puede llegar al hombre que se está ahogando. Dios puede salvar. Entonces, ¿dónde está el problema? «Vuestros pecados —dice El— vuestras iniquidades.» Como una nube, el pecado del hombre cubre la faz de Dios, separa al hombre de Dios de manera que Dios no puede rescatar ni salvar. La culpa es del hombre.

Ahora, amigo, si eres cristiano, con toda probabilidad tienes un pecado que te asedia. Has sido liberado de casi todos tus pecados pero hay uno que te mantiene en servidumbre, que está tendido a tus pies allí donde vas. Puede que solamente sea un hábito, algo de lo que tú intentas persuadir-te que es algo inofensivo, pero ahí está, y se interpone entre ti y Dios. Quizás has estado viviendo una vida de pecado y arrepentimiento por turnos; no ha habido una ruptura clara y tajante. Todavía te permites, de vez en cuando, caer en él. En un momento de debilidad, te rindes a tu pecado que te asedia. Tiene ahora un poder sobre ti que eres incapaz de vencer. Pero tú lo deseas, como un bocado dulce y no dejarás que se aparte de ti. Tú sabes lo que es y Dios sabe cuál es. Es este pecado que te roba del poder divino. Es este pecado que le hace imposible a Dios el utilizar-te, y hasta que lo confieses y te apartes de él, abandonándolo completamente no habrás pasado tus cuentas con Dios. Entonces, ¿has abandonado todo lo que tú sabes ser pecaminoso, o estás permitiendo un pecado deliberado, conocido, en tu vida? Esto es algo que tu te tienes que responder.

No solamente debe de haber confesión, tiene que haber también restitución. Lo malo se tiene que corregir. Si has hecho daño a otros, puede que se tenga que pedir perdón. El poner-se a bien con Dios significa Ponerse a bien con el hombre; el ponerse a mal con el hombre significa ponerse a mal con Dios. Uno no puede estar a bien con Dios y a la vez mal con el propio Próximo. Se tiene que tener una conciencia limpia. Quizás haya deudas que tendrán que ser pagadas. Si te humillas delante del Señor y

te das a la oración, permitiendo que el Espíritu de Dios te escrute y te pruebe, El lo revelará todo. Tú sabrás los males que se tienen que enderezar, los pecados que se tienen que dejar a un lado. No sé de otra manera de Ponerse en la correcta relación con Dios, excepto mediante la confesión renunciación y restitución. El pecado es la gran barrera. Esta barrera tiene que ser- eliminada a toda costa.

TRABAJO EN ORACIÓN

Cuando aprendamos cómo trabajar en oración habrá avivamiento Isaías 66:8 nos dice que «pues en cuanto Sión estuvo de parto, dio a luz a sus hijos». ¿Acaso puede un bebé nacer sin dolor? ¿Es posible dar a luz a un niño sin trabajo? Con toda certeza no. Dios ha ordenado que cada nueva vida traída al mundo sea acompañada por pena y sufrimiento. La labor es inescapable Así es con los bebés acabados de nacer en la familia de Dios. Alguien ha sufrido; alguien ha laborado. Ha habido agonía del alma. Es debido a que hay tan poca labor que hay tan pocas almas salvadas en la actualidad. Mi amigo, tendremos que volver a los días del trabajo del alma si queremos orar con efectividad. De nuevo tendrán que volver a haber medias noches y noches enteras de oración y aquellos que oran tendrán que aprender a agarrar-se de los cuernos del altar y trabajar en oración si han de nacer almas en el reino, y si ha de haber avivamiento.

Muchos evangelistas toman con ellos a un director de canto. Finney llevó consigo a un hombre que dedicaba todo su tiempo a la oración, el señor Nash, y mientras Finney estaba predicando, Nash estaba orando. En algún lugar- de los bosques este poderoso «guerrero »de la oración enterraba su faz en sus manos y en agonía del alma clamaba a Dios para que utilizar-a a Finney para la conversión de hombres y mujeres perdidos. Finney mismo sabía lo que era trabajar en oración. William Bramwell agonizó en oración durante unas treinta y seis horas en una cantera, sin alimentos, por las almas de los hombres. *Todos los siervos de Dios, a lo largo de los siglos, se han fatigado en oración. Aquellos que conocen cómo trabajar saben de lo que estoy hablando, porque la fatiga del alma es parte del precio que se tiene que pagar.*

TESTIFICANDO POR CRISTO

Cuando testifiquemos atrevidamente por Cristo, allí habrá un avivamiento. Tenemos que volver a la predicación de la Palabra. No es nuestra palabra, sino la Palabra de Dios que convence y que convierte. Su Palabra es un martillo que quebranta y un fuego que consume. El pueblo de Dios, digo yo, tiene que proclamar abiertamente la Palabra si ha de haber un avivamiento.

En mi estudio de avivamientos y de evangelismo he descubierto que los que han sido poderosamente utilizados por Dios siempre han destacado cinco temas. *Estos cinco temas han producido, indefectiblemente, convicción* Primero *pecado y salvación*, después *cielo e infierno* y, finalmente, *juicio*. Ya ves, se tienen que dar muchos mensajes acerca del pecado porque se tiene que denunciar el pecado si ha de haber una convicción genuina. Allí tenemos la enfermedad y la enfermedad hace evidente la necesidad. Cuando hablo de tratar el tema del pecado, pienso más particularmente de la incredulidad y del rechazo de Cristo. Se tiene que enfatizar de una manera clara que los hombres son pecador-es ante Dios.

Entonces tiene que haber salvación, esto es, el remedio, la cura del mal. Por ello es esencial que se den mensajes acerca de la salvación. Pero se necesita algo más que esto. Se tiene que confrontar cara a cara a las almas con la eternidad, y de ahí la necesidad de mensajes que hablen del cielo y del infierno. Se tiene que presentar la realidad de la eternidad. Los hombres tienen que llegar a dar-se cuenta de que no todo se acaba con esta vida y que tienen que empezar a pensar en la vida que ha de venir. Pero incluso esto no es suficiente. Tienen que haber también mensajes acerca del juicio. El hombre tiene que saber que va a ser llamado a rendir cuentas, que algún día se va a encontrar con su Creador. De ahí la importancia de la advertencia: «Prepárate para venir al encuentro de tu Dios » (Amós 4:12). *Ahora bien, si se presentan estos cinco temas, de una forma u otra, tiene que haber convicción, salvación y, por último, avivamiento* Todos éstos son los asuntos que los apóstoles trataron y éstos son los temas que han sido enfatizados durante los tiempos de avivamiento y de evangelismo durante los siglos transcurridos.

LA UNCIÓN DEL ESPÍRITU

Cuando obramos en la unción de/ Espíritu Santo, habrá avivamiento. El Espíritu Santo es Aquel que hace la obra. Él es el Ejecutor en la Deidad. Este es Su día. Él obra en los corazones de los hombres, produciendo Convicción e impartiendo la fe salvadora. El es Aquel mediante quien los hombres nacen de nuevo. Es el Espíritu Santo que toma la Palabra tal como ésta es proclamada y la aplica. Por ello, tenemos que depender de El. Tenemos que asegurarnos de que hemos sido ungidos y de que estamos predicando con la unción del Espíritu de Dios sobre nosotros.

A lo largo de todos los siglos los que han sido utilizados por Dios han sido hombres ungidos. Han esperado a la presencia de Dios hasta que han recibido poder de lo Alto y a continuación han salido conquistando y a conquistar. Todos a los que Finney habló en aquel día memorable se convirtieron después, a pesar de que apenas hizo algo aquel día. Finney había sido ungido estando en su oficina después haberse convertido unas pocas horas antes y en el poder de aquella unción se dedicó a hablar a éste y al otro, y el resultado fue la conversión de ellos.

Juan Wesley fue un hombre ungido, como también George Whitefield. Recordarás cómo Wesley mismo recibe la experiencia que recibió alrededor de las tres de la mañana mientras que otros estaban en oración. También D. L. Moody era un hombre ungido. Él pidió a Dios que contuviera Su mano, tan grande fue la unción que recibió. Entonces nos relata que él tomó los mismos sermones que había predicado antes, pero con pocos resultados, y los predicó de nuevo y vio a hombres y a mujeres fulminados y salvados. Evan Roberts fue también un hombre ungido. Su historia sería incompleta si se omitiera esta gran experiencia. Él se encontró con Dios y fue en el poder de aquella unción que barrió por Gales como una rama encendida, encendiendo el avivamiento por todas partes donde iba. Los primeros predicadores metodistas eran todos ellos hombres ungidos y por todo el país, en ambos lados del Atlántico, se encendieron fuegos de avivamiento según ellos proclamaban el mensaje del Evangelio.

Aquellos que ministran pueden no reconocerlo, pero sobre los hombres poderosamente utilizados por Dios descansa un poder misterioso, y es debido a este poder que consiguen los resultados que asombran y sobresaltan a los hombres en todo lugar. Están revestidos, por decirlo así, por el mismo Espíritu Santo. Ah, ésta es la unción que necesitamos en la actualidad. Muchos de nosotros somos impotentes, tanta de nuestra obra se hace desde un punto de vista intelectual, tanto es superficial, que tenemos que volver de nuevo a nuestra única fuente de poder, el bendito Espíritu Santo de Dios.

No he dicho que hablaran en lenguas. No lo hicieron. Ni Wesley, ni Finney, ni Moody, ni ninguno de los otros. Creo que puedo decir con honestidad que jamás he codiciado este don. Nunca he orado en lenguas. He pedido a Dios el don de la sabiduría, la plenitud del Espíritu, una carga de oración por las almas, pero no por el don de lenguas. Y así fue con ellos.

Y ahora, ¿estamos dispuestos apagar el precio? ¿Serás tú uno de los que acepten la carga del avivamiento y, cumpliendo las condiciones, harás tu parte hasta que el avivamiento venga? Se tiene que cumplir el propósito de Dios. ¡Ah, entonces, unamos nuestras manos con aquellos que están orando por el avivamiento, y obedezcamos el mandato del gran apóstol, y «hagamos la obra del evangelista».

15 EL EVANGELISMO EN ACCIÓN

A CHARLES G. FINNEY se le considera por las autoridades en este campo tanto de Gran Bretaña como de América como al mayor evangelista de todos los tiempos. Nadie ha conseguido tanto en tan poco tiempo. Ni tampoco desde los días del apóstol Pablo se hablan conseguido tales resultados.

Nadie que aprecie su reputación soñaría jamás en poner la obra de Charles G. Finney en tela de juicio. Por ello, al tratar del evangelismo en acción, tendremos primero que dirigirnos a la milagrosa obra de este gran evangelista.

Lo primero que tenemos que señalar en relación con el evangelismo de Finney es que, allí adonde Finney iba, la religión se transformaba en el principal tema de conversación. Todo el mundo hablaba del avivamiento. Todos se interesaban en lo que sucedía bajo el liderazgo de este hombre de Dios.

CAMPAÑAS DEMASIADO CORTAS

Finney no creía en campañas demasiado cortas. Quizás ésta es la razón de que no estemos consiguiendo los resultados que debiéramos obtener en la actualidad. No le damos una ocasión a Dios. Allí donde Finney iba, se quedaba hasta que algo sucedía. Permanecía allí hasta que se desataba un avivamiento. Por ello, con frecuencia sus campañas eran de mucha duración. Por ejemplo, se quedó en la ciudad de Filadelfia durante un año y medio, continuando día y noche con sus reuniones noche tras noche, predicando el evangelio de Jesucristo, y laborando hasta que se desató un avivamiento y la ciudad fue conmovida por Dios. Como recordarás, Pablo siguió el mismo método. Fue a la ciudad de Corinto y se quedó allí por un año y medio. Después se fue a Efeso y pasó allí tres años enteros predicando, hasta que todo un territorio había quedado evangelizado, hasta que Dios había conmovido a toda la región y un gran avivamiento había barrido toda Asia.

Cuando comencé mi ministerio en Toronto, como ya he afirmado antes, mi primera campaña duró seis meses. Semana tras semana traje a evangelistas a la ciudad y llevé las reuniones, día sí y otro también. Se proclamó el evangelio durante seis meses enteros. Incluso el sábado estaba incluido. Aquel fue el fundamento sobre el que erigió la obra. Durante aquellos meses Dios obró poderosamente y aquellos resultados han continuado hasta el día de hoy. No tuve problemas en que el coro asistiera cada noche. Los acomodadores y obreros personales estaban en sus puestos. Los «guerreros» de la oración cooperaban. Cada uno se hallaba interesado en la obra.

Creo que una de las razones por las que no tenemos avivamiento es debido a que nuestras campañas son demasiado cortas. No le damos tiempo al Espíritu para que obre. Tiene que haber tiempo para sembrar la semilla y luego para la siega de la cosecha. En algunos casos la convicción no llega con facilidad y nosotros vamos con demasiada urgencia. Estamos ansiosos de ver una cosecha antes de haber puesto la semilla en la tierra lo que, evidentemente, es imposible.

RESULTADOS ASOMBROSOS

Cuando Finney fue a Rochester, se quedó allí hasta que se desató verdaderamente un avivamiento, hasta que algo sucedió, y quiero hablar ahora de lo que sucedió.

Había tan sólo un teatro en la ciudad, y aquel teatro cerró, y cerró definitivamente, como resultado del avivamiento. Los bares quedaron casi completamente desiertos, tan poderoso fue el avivamiento. El crimen quedó también casi completamente eliminado de manera que los juzgados tenían muy poco trabajo que hacer. Las prisiones se vaciaron —pensad lo que esto significaría en la actualidad, cuando nuestras prisiones se ven llenas hasta los topes.

Por otra parte, las iglesias se vieron llenas hasta los topes. No había necesidad de gastar el dinero en costosos anuncios a fin de que la gente se enterara de los cultos. Las iglesias se llenaban automáticamente, y se llenaban hasta que ya no se cabía más. Y aquello duró meses y meses. Llegó a ser difícil encontrar asiento. Todo el mundo se hallaba interesado por el avivamiento. La religión, no la política, llegó a ser el principal tema de conversación. No el tiempo ni la situación internacional, sino el avivamiento. Había tan sólo un tema de conversación. Esto es lo que debería suceder en la actualidad. El avivamiento debería ser tan poderoso que todo el mundo debería estar hablando de él.

Además, se llegaba a todas las clases. No solamente a las clases más bajas, también a las elevadas, a los ricos y a los pobres, a los niños, y a los adultos, a los borrachos, a los intelectuales, a los eruditos, a los líderes de la sociedad, abogados y jueces, banqueros y doctores, escépticos y escarnecedores. No había una clase que no quedara influenciada por el avivamiento. La mayor parte de los líderes de la sociedad fueron afectados, y muchos entre las personas de más eminente educación fueron traídas al Señor Jesucristo. Incluso burladores fueron salvados. Dios obró de una manera muy notable, de manera que cada capa de la sociedad en toda la ciudad fue alcanzada.

Se hicieron restituciones, se pagaron deudas, se cumplieron compromisos. Esto siempre sucede cuando hay un verdadero avivamiento. Lo he visto una y otra vez. Aquellos que no estaban a bien con sus prójimos enderezaban sus asuntos. Arreglaban *sus* asuntos con aquellos a los que habían defraudado. En cada avivamiento han habido restituciones, y siempre habrá restitución o el avivamiento no será genuino. La restitución es solamente uno de los resultados naturales del movimiento del Espíritu de Dios sobre la comunidad. Un hombre, por ejemplo, devolvió treinta mil dólares como resultado directo del avivamiento de Finney. Esta cantidad equivaldría a ciento cincuenta mil dólares actuales —y fue pagada en un período de seis semanas. Los avivamientos conllevan perdones y reconciliaciones.

Otro resultado maravilloso *fue* el reclutamiento de hombres para el ministerio y para el campo misionero. No era necesario rogar a los jóvenes que dieran sus vidas a Dios ni se tenía que apelar a que salieran voluntarios para las regiones más allá. Como resultado directo del poderoso despertar bajo Finney, hubo jóvenes de todos lados que ingresaron en el ministerio y que llenaron los púlpitos vacantes de las iglesias, así como aquellos que se apuntaron para ir como misioneros para, ser portadores del mensaje de la salvación de Dios a aquellos en la oscuridad y tinieblas de la medianoche. Es cuando no hay avivamiento que es difícil de conseguir a hombres que ingresen en el ministerio o que salgan al campo misionero, pero allí donde el Espíritu de Dios está a la obra, los hombres abundan.

ALMAS CONVERTIDAS

Almas fueron convertidas al Señor. Esto siempre sucede cuando hay un verdadero avivamiento. Por ejemplo, mientras que Finney mantenía su gran campaña en la ciudad de Filadelfia, sucedió que un grupo de madereros habían llegado a la ciudad. Estos madereros fueron maravillosa y gloriosamente salvados. Volvieron a los bosques, y como resultado de su testimonio en los bosques, no menos de cinco mil madereros fueron traídos al Señor Jesucristo.

En una de las reuniones de Finney, unos dos mil profesaron haberse convertido ¿Has oído alguna vez de algo parecido? ¡Qué maravillosa obra de la gracia! Piensa acerca de ello. Dos mil convertidos en un solo servicio. ¿Dónde se ven en la actualidad cosas semejantes?

En el día de Pentecostés, tres mil fueron añadidos a la Iglesia bajo la predicación del apóstol Pedro. Más tarde, la cantidad pasó a cinco mil. Finney vio a dos mil. ¿Acaso no fue otro Pentecostés? Ahora, recordemos. estos convertidos no solamente firmaron tarjetas, no solamente levantaron sus manos, no solamente salieron y pasaron al frente; quedaron definitiva y gloriosamente salvados. Habían nacido de nuevo, dos mil de ellos en una sola noche.

Finney predicó en una ocasión en una iglesia anglicana, y el rector de la iglesia testificó del hecho de que mil quinientos de sus miembros habían sido verdaderamente convertidos como resultado de aquella reunión. ¡Mil quinientos miembros de una iglesia que pasaron de la muerte a la vida en un solo culto!

Un día Finney fue a una fábrica de algodón en cierto sitio de Estados Unidos y predicó solamente un sermón; pero, como resultado, casi cada uno en aquella fábrica fue traído al Señor Jesucristo.

Cuando Finney atravesó el Atlántico para ir a Gran Bretaña, los resultados fueron los mismos. Por todas partes a donde fue hubo las grandes multitudes, y por todas partes se desencadenó un avivamiento, de la misma manera que en Estados Unidos. Voy a dar un ejemplo.

Finney se hallaba en Londres. Estaba predicando en el Tabernáculo de Whitfield. Durante varias semanas predicó solamente a los cristianos, no a los perdidos. No dio ni una sola invitación. Transcurrieron semanas y semanas. Noche tras noche él proclamó su mensaje a los que ya habían profesado haberse convertido. Entonces, por fin, se dirigió al pastor de la iglesia y le pidió una Sala de Indagación. Le dijo que quería una estancia en la que los obreros personales pudieran tratar con las almas que buscaban la salvación.

El pastor le ofreció una habitación que podría tener una capacidad para cuarenta personas sentadas. Finney le miró asombrado y le dijo: «Bueno, yo quiero una estancia en la que quepan cientos de personas.» Ahora fue la vez del pastor de quedarse asombrado. Se sentía muy escéptico, pero para gustarle una broma a Finney, le dio un local, alrededor de una cuadra de distancia del tabernáculo,

donde se podían sentar mil quinientas personas, sin poder ni Soñar en lo que iba a suceder. Finney lo aceptó.

La noche en que Finney dio la invitación —recordemos que fue la primera noche que la dio— pidió a todos aquellos que se Sintieran con ansiedad acerca de la salvación de su alma —y nadie más que éstos— que salieran al auditorio a unos 100 metros de distancia del tabernáculo, que iba a utilizarse como Sala de Indagación. Cuando Finney llegó al local, lo halló lleno a rebosar de gente. No había un asiento libre en ninguna parte. La gente estaba de pie por todos los rincones, y aquella noche cientos y cientos pasaron de muerte a vida y fueron gloriosamente nacidos de nuevo. Desde aquel día, hombres y mujeres por todas las Islas Británicas fueron a Cristo en multitudes, porque se desató un avivamiento por todos los rincones.

¿Sabías que en una semana, no menos de cincuenta mil personas aceptaron a Cristo como salvador personal durante los días de avivamiento de Charles Finney? Piensa en esto, si quieres, cincuenta mil en tan sólo siete cortos días. Este fue un poderoso movimiento del Espíritu de Dios, y no se ha repetido desde entonces. ¿Cuándo, me pregunto, lo volveremos a ver? ¡Oh, que viéramos tales resultados en la actualidad! Se dice que dentro de un período de diez años durante la obra de Finney en América, doscientos mil pasaron de la muerte a la vida. ¡Qué registro!

No hay nada que necesitemos más en la actualidad que un poderoso avivamiento, una nueva manifestación del Espíritu de Dios. Aquellos que menos sienten su necesidad son los que más lo necesitan. Las iglesias, facultades, escuelas bíblicas y seminarios que creen que pueden pasarse sin un avivamiento son los mismísimos que necesitan de un avivamiento. Resultados como los que he mencionado no pueden obtenerse sin un avivamiento.

RECIBIDOS EN IGLESIAS

No solamente se ganaron convertidos, sino que, además fueron recibidos en las iglesias. A no ser que esto suceda, el evangelismo pierde de vista su meta por completo. Aquellos que son traídos a Jesucristo deberían ser puestos a la obra en algún lugar. Deberían hacer algo en concreto para su Salvador.

Piensa en los resultados en Gales y en América, de los que ya he hablado. ¿Sabes que en aquel corto período de cinco semanas, no menos de veinte mil se unieron a las iglesias de Gales? ¡Qué resultados tan maravillosos! ¿Qué sucedería en América, me pregunto, si en cada ciudad dada veinte mil fueran a unirse a las iglesias en un período de cinco semanas?

Se afirma que cuando Charles G. Finney empezó su obra evangelística en Estados Unidos de América, habían solamente doscientos mil miembros de iglesias en todo el país, pero que cuando finalizó su obra varios años más tarde, habían tres millones de nombres en los registros de las varias iglesias del país.

Nunca en la historia del mundo había habido tales resultados. Dios utilizó a Finney para cumplir más que todos los pastores juntos de América durante el mismo período. Poca cuenta nos damos de lo que le debemos a él. Esto, digo yo, es evangelismo en acción. Este es el tipo de evangelismo por el que oramos, el evangelismo que ansiamos ver. Cuando me vienen entrevistadores, y me preguntan: «¿Qué piensa usted, es la gran necesidad de hoy en día?», mi respuesta siempre ha sido, sin un solo momento de duda: «Una poderosa manifestación del poder de Dios.»

El doctor Henry Ward Beecher tenía esto que decir acerca de la obra de avivamiento de Finney: «Aquella fue la mayor obra de Dios y el mayor avivamiento de la religión que el mundo haya visto en tan poco tiempo.» Esta afirmación es de suprema importancia. Dios quiera que lo volvamos a ver de nuevo. ¡Ah, por otro Finney!

POLONIA

¿Has visto alguna vez un avivamiento? Yo lo he visto. Fue en los campos de misión rusos en Europa. Pero quiero relatar ahora algunas de mis experiencias en Polonia, Latvia, Australia y Jamaica. Todo mi ministerio fue revolucionado como resultado de ellas. Pero déjame describirte las. Cito de mi diario.

«En carros polacos sin suspensión, viajamos en medio de espesos bosques hacia el interior. Llegamos, finalmente, a nuestro destino, y las lágrimas brotaron libremente al rodearnos los convertidos.

»Dos policías con fusiles cargados y con las vagonetas caladas estaban ahí presentes para vigiar y escuchar en cada reunión. Se colocaron largas mesas al aire libre, de las que éramos servidos con gruesas rebanadas de pan negro y de arenque crudo, huevos duros y miel silvestre. Gran número de moscas lo cubría todo. Aquella noche las mujeres durmieron en el pajar, y los hombre, costado a costado como sardinas, en el ático sobre paja —alrededor de un centenar de nosotros.

»El sábado por la noche una poderosa oleada de avivamiento barrió la audiencia, de manera que cientos se postraron sobre sus rostros y lloraron ante el Señor. Hombres fuertes sollozaron abiertamente y con rostros angustiados miraron hacia lo alto, rogando a Dios Su perdón.

»Yendo a otro lugar de Polonia, encontramos la iglesia tan llena que tuve que abrirme paso para poder llegar al púlpito. Al terminar mi mensaje, se oían sollozos por todos lados, y pronto varios pasaron llorando al pie del Calvario. Más tarde testificaron con radiantes rostros el gozo que tenían ahora en sus corazones. Algunos habían viajado más de trescientos kilómetros (200 millas) en carros para poder hallarse presentes allí. Se me dijo que cinco mil almas, por lo menos, se salvaron durante los anteriores cinco años.

»Con gran dificultad nos pudimos abrir paso con los codos a través de la inmensa muchedumbre. ¡Qué espectáculo poder contemplar aquel mar de rostros sobre la planta baja y extendiéndose en el repleto anfiteatro! A docenas rellenaban los pasillos, y no hubo posibilidad de que se pudieran sentar durante las siguientes tres horas por lo menos. Afuera estaba lloviendo a raudales.

»¡Cómo deseo que pudiera ser capaz de describir los cantos! ¡Al unirse en sus grandes cantos de avivamiento, me sentí como si el cielo mismo se estaba inclinando para escuchar, y me pregunté si incluso los ejércitos angélicos podrían alabar y magnificar al Señor con más fervor aún que aquel que allí se expresaba.

»Al término del mensaje me sentí guiado a orar y, al hacerlo, parecía como si una gran oleada, una marejada de bendición, rompiera sobre la audiencia. Primero un solo sollozo, después otro, y aún otro, hasta que las expresiones individuales quedaron ahogadas en el lamentar y llorar de toda la congregación entera. Cuando abrí mis ojos, vi los rostros de docenas, con lágrimas corriendo por sus mejillas, quebrantados y ablandados por el Espíritu de Dios.

»No necesitaron que se les apremiara, ni que se les halagara. Tan sólo tuve que dar una palabra de invitación, y respondieron a docenas. No había sitio libre ante la plataforma, e incluso si hubiera habido les hubiera sido imposible el salir de donde estaban, tan densa era la multitud. Pero levantaron las manos, y dieron todas las evidencias de una respuesta que surgía de dentro del corazón de ellos. Cuántos pasaran al reino de la Luz lo ignoro. Cuántos abrieran sus corazones y recibieran al Espíritu en Su plenitud, no puedo decirlo. Pero sí sé que Dios obró y que obró en una manera poderosa. ¡Gloria sea a Su nombre!

»Las reuniones en Luck estuvieron abarrotadas. El local era demasiado pequeño. No solamente estaban abarrotados los pasillos y las estancias laterales, sino que muchos no pudieron ni siquiera entrar. Cuando vimos a las multitudes decidimos alquilar el local más grande de la provincia, un espléndido auditorio con dos anfiteatros, uno hacia atrás por encima del primero. Pero éste también quedó abarrotado, pasillos, entradas y todo, y esto por la mañana.

»Una quinta arte e la audiencia eran judíos. ¡Qué experiencia! Judíos, escuchando ansiosamente el mensaje. La gente estaba asombrada de que se mantuvieran tan silenciosos, que no hubo interrupciones de ningún tipo. Lo bebieron de verdad. Sí, los judíos escucharán el Evangelio en la actualidad, por lo menos en Polonia. Nunca olvidaré sus rostros atentos mientras que escuchaban de pie o sentados durante tres horas como si estuvieran fascinados. Durante el último servicio, el lunes por la mañana, setenta y cinco personas respondieron a la invitación para aceptar a Cristo como Salvador personal, y cuántos de ellos fueran judíos, no lo sé.

»Y, ¡Oh!, cómo cantaron el himno “Salvados” en ruso. Una y otra vez se cantó la gozosa proclamación: “Salvados por Cristo.” Dudo que los judíos lo olvidarán jamás.

»Así terminó mi obra entre los rusos en Polonia, una Polonia que tan pronto iba a ser devastada por la guerra. ¿Qué habría sucedido si hubiera sido desobediente a la visión celestial? ¿Cuántos había ahí que fueron ejecutados y que nunca hubieran oído el evangelio?»

LATVIA (LETONIA)

«¡Ah!, ¡qué visión saludó a mi ojos! Hombres y mujeres se hallaban de pie a cada lado, cientos y cientos de ellos. Las noticias se habían extendido como un fuego sin contención. Finalmente, prediqué y el pastor Fetler interpretaba. Durante casi cuatro horas duró el culto. Docenas de personas se arrodillaron ante la plataforma, llorando, orando, y confesando sus pecados. Más de tres mil personas se hallaban presentes. Afuera estaba lloviendo.

»Atónito, contemplé a la inmensa audiencia. No solamente estaban las hileras de bancos llenas a tope, sino que el gran pasillo central estaba literalmente atestado de gente de pie. Otros se hallaban arracimados contra los muros a cada lado, mientras que muchos estaban de cuclillas al extremo de la plataforma, desde arriba del anfiteatro. Grandes multitudes dirigían su mirada hacia abajo. Nunca olvidaré aquella escena. ¡Oh, qué campo de misión! Cuán blancos están ya los campos para la siega, pero ¿dónde, dónde están los obreros de la mies?

»A la mañana siguiente tuvimos nuestro servicio en una de las iglesias, donde hablé acerca del Espíritu Santo. Al terminar, una mujer se acercó rápidamente al frente para pedir perdón de dos personas a las que había hecho daño. A docenas se arrodillaron ante el altar llorando y orando, totalmente ausentes de aquellos alrededor de ellos. Se confesaban los pecados y brotaban muchas lágrimas amargas. Mi corazón se sintió profundamente agitado al escuchar a los lastimosos tonos tanto de hombres como de mujeres que buscaban a Dios. El Espíritu se movió aquella mañana sobre los corazones, y durante casi cuatro horas continuó la reunión con un intenso fervor.

»Más tarde prediqué en el mayor teatro y lo encontré relleno hasta los topes. ¡Qué mar de rostros! Busqué los pasillos con la mirada y no los podía encontrar. La gente estaba ocupándolos de pie desde el frente hasta el final. Al anfiteatro estaba lleno a rebosar. A docenas se veían obligados a quedarse de pie. ¡Qué oportunidad! Y, ¡ah, qué libertad, qué gozo! Concluí mi mensaje a las nueve, pero el pastor Fetler continuó la reunión hasta las 10:30. Nadie se fue a su casa. La gente se quedó allí bebiéndose cada palabra.

»Cuando por fin se dio la invitación, unos cuarenta respondieron y se arrodillaron sobre la plataforma. Un creyente enfriado volvió a Cristo. Por fin se trató con todos ellos, y con rostros radiantes volvieron a la audiencia. Pero todavía permanecía allí la gran congregación.

»Cuando llegamos por la noche al gran auditorio, lo encontramos atestado, lleno a rebosar, el anfiteatro estaba también lleno, y todos los pasillos saturados. A pesar de la fría noche del invierno, vinieron. No había ninguna calefacción en el edificio. Prediqué arrebuñado en mi abrigo de piel. ¡Ah, cómo escucharon! Pero, ¿cómo íbamos a hacer la invitación, si no había sitio adelante? Al acabar el culto despedimos a la gran audiencia y tuvimos una reunión posterior. Pero ni la mitad de ellos se fueron. La platea estaba aún casi llena. Se tenía que hacer aún otra cosa. Así que, desocupamos cincuenta asientos al frente e hicimos la invitación. En un momento quedaron ocupados, y otros que habían venido se tuvieron que quedar de pie. Fue una escena gloriosa, inolvidable. Hombres y mujeres se entregaron libre y gozosamente a Cristo. La reunión se terminó a las 11:15 de la noche.

»Alquilamos los mayores auditorios disponibles, pero multitudes tan inmensas acudieron que muchos de ellos no pudieron entrar. Saturaron los pasillos, se sentaban en los antepechos de las ventanas, se quedaban de pie en el escenario, se acoplaban en todos los rincones, una inmensa multitud de hombres, mujeres, niños, siempre en movimiento, sin darse un momento de descanso.

»¡Ah, aquellas multitudes! ¿Cómo las podría olvidar? ¡Qué muchedumbres! ¡Cuán grande la cosecha, pero cuán pocos los obreros! ¡Qué campo de misión! Saturan nuestros auditorios misioneros, y están dispuestos a recibir el mensaje de Cristo.

»Así es el campo misionero virgen que he visitado. Mi corazón se ha agitado, mi alma se ha cargado. Con mis propios ojos, he visto las grandes multitudes y ¡cómo me han ganado! Quisiera Dios que pudiera dedicarme a recorrer un lugar como el de Latgalia, relatando la historia a decenas de millares que nunca la han oído aún. Recibí de cartas de agradecimiento de los convertidos.

»Ahora que estoy de vuelta, veo de nuevo las multitudes en movimiento, los pasillos repletos y las hileras de bancos atestadas. Oigo de nuevo los lastimeros cantos y las oraciones fervientes de la gente, y siento de nuevo la presión de sus manos mientras que me ruegan que siga allí. Y cuando recuerdo sus rostros tristes, manchados con las lágrimas, me siento consciente como nunca antes de lo *que* el Maestro sintió cuando El contemplaba con compasión a las multitudes desfallecidas de la vieja Judea hace tanto tiempo.»

AUSTRALIA

«¿Cómo podré describir la reunión en el Teatro Lyceum? Hablemos de la multitud: rellenaron todos los pasillos, se sentaron en los escalones y estaban de pie en todas partes donde podían, y entonces rebosaban hacia la capilla desde donde escuchaban mediante altavoces. ¡Ah, pero qué resultados! Hubo setenta y cinco personas que bajaron por los pasillos a las Salas de Indagación, para ser cada uno de ellos tratado personalmente. Los obreros quedaron abrumados. ¡Qué desencadenamiento! Hubo una convicción verdadera, profunda.

»Bajo el titular: “Hubo una gran lluvia”, *The Methodist*, uno de los principales periódicos de Australia, publicó un reportaje de la reunión y me tomo la libertad de citar de él: “El autor ha asistido a muchas reuniones religiosas de varios tipos, pero no recuerda nada tan maravilloso como el servicio de la noche del pasado domingo, cuando el doctor Oswald J. Smith de Canadá predicó el sermón. Con toda probabilidad no haya habido una mayor multitud oyendo a un predicador en el Lyceum, que fue de tal magnitud que por primera vez se tuvo que acomodar al exceso en la Capilla Wesley, en donde amplificadores hicieron posible que la gran muchedumbre pudiera unirse al culto.

»Se había suscitado una gran expectación al circular informes de los triunfos del doctor Smith en otras reuniones y en todos los presentes se manifestaba un agudo espíritu de expectación. Tuvo lugar una sesión de cantos mientras que la audiencia esperaba a que empezara la reunión. Gran número de personas estuvo de pie todo el rato. Cuando se hizo la invitación, hubo una respuesta inmediata y casi abrumadora. Habían acomodadores en sus puestos dirigiendo a los indagadores a las cuatro salas de indagación —dos para hombres y dos para mujeres. Cada indagador recibió atención personal, y la obra siguió adelante con gran poder. Hubo lágrimas en la mayoría de los rostros. »

JAMAICA

«Un testigo ocular comunicaba lo siguiente. Le cito palabra por palabra:

»“Cuando el doctor Smith dio la invitación en el culto inaugural el domingo por la noche, en Kingston, me pareció por un momento como si una avalancha hubiera cubierto el teatro. Hombres, mujeres y niños bajaban por los pasillos para aceptar a Cristo. Como un ejército venían, algunos del primer anfiteatro, muchos del segundo, y a docenas del patio de butacas. En una corriente constante subían los escalones, cruzaban el escenario y entraban en las salas de indagación. Cada obrero tenía que tratar con docenas de indagadores. No necesitaban apremios ni halagos. El movimiento fue espontáneo. Con caras serias y ojos bañados en lágrimas fueron hacia el Salvador.

»“Algunos dijeron que nunca habían sido testigos de un avivamiento como éste en Jamaica. El inmenso auditorio con sus grandes palcos estaba repleto hasta el ahogo cuando el evangelista llegó. Incluso el gran escenario estaba atestado. Incontables cientos no pudieron ni entrar. Todo alrededor del teatro y en el parque vecino, multitudes se encontraban de pie, escuchando el mensaje mediante altavoces. Estaban en postura reverente y atenta. Cuántos fueran restaurados o salvados aquella noche del primer domingo, solamente Dios lo sabe. »

Lo siguiente es un informe acerca de mi segunda campaña en Jamaica, que tuvo lugar en las instalaciones de unas pistas de carreras, cuando mi hijo Pablo, me acompañó:

«“El doctor Oswald J. Smith acababa de llevar a cabo una gran campaña en Jamaica, una campaña que casi se transformó en avivamiento. Noche tras noche se reunieron multitudes empezando con unas 4.000 personas y aumentando rápidamente hasta que durante la semana pasada, según el encargado de las instalaciones y muchos otros, habían unos 10.000 presentes cada noche.

» ‘Una estimación, tirando por lo bajo, de la última noche sería de 15.000 personas. La mayor parte dijeron 20.000. Aquella noche se contaron alrededor de 475 decisiones. Las instalaciones quedaron a tope más de una hora antes de que empezara el culto. Jamaica no había visto nada parecido en ningún tipo de reunión a lo largo de su historia.

»“Era una cosa normal entre 150 y 400 personas abriéndose paso entre la gran multitud noche tras noche para aceptar a Cristo. Los obreros personales se veían abrumados y tenían que tratar con los indagadores en grupos. Hubo, por lo menos, 2.000 que hicieron la gran decisión, pero hubo muchos otros de los que no se pudo recoger el nombre.

»“La gente saturó cada centímetro de espacio para sentarse y estar de pie en la instalación, de forma que no se veía ningún pasillo. A continuación se llenó totalmente el vasto espacio abierto al frente, que había sido equipado con sillas, con miles de pie a cada lado. Cientos de coches aparcados rellenos

de oyentes cubrieron el campo afuera de la verja, y docenas y docenas que treparon se sentaron por todas partes sobre el techo. Nunca en todo su ministerio había predicado el doctor Smith a tan grandes multitudes.

»«A fin de tratar con todos los convertidos se tuvo que desalojar primero un inmenso sector de gradas mientras que los indagadores esperaban pacientemente al frente después de haber apretado la mano del evangelista y a continuación, subiendo en tropel por las escaleras, pudieron al fin ser tratados y llevados a Cristo. A pesar de la gran multitud, hubo un orden perfecto.

»«Una estimación por lo bajo sería una audiencia de unos 150.000 personas durante las dos semanas de la campaña. Vinieron en grandes camiones desde varias partes de la isla. Estaban allí a las siete en punto cada noche, y la mayor parte de ellos una hora antes. Durante dos horas se mantuvieron de pie y apenas se movían. El periódico lo comparó a lo días de Wesley y de Whitfield y dijo que jamás se habían visto las instalaciones de las pistas tan concurridas como hasta aquel entonces.» »

SUDAMÉRICA

«Buenos Aires fue una de las ocho ciudades en las que el doctor Smith hizo campaña en 1957. El auditorio acomodaba a 25.000 personas y hasta 5.000 no pudieron entrar en una sola noche. Unas 300 iglesias cooperaron. En las 8 campañas, hubo unas 4.500 decisiones primeras por Cristo. Dijo Billy Graham: ‘El Señor utilizó al doctor Smith en Sudamérica para agitar los corazones en una manera en que no habían sido tocados quizás en toda la historia del movimiento evangélico.’ Estas fueron las grandes campañas de su vida, mayores incluso que Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda, Irlanda y los países escandinavos.»

Lo que vi en estos campos, deberíamos de verlo aquí en Estados Unidos de América y en otros países del mundo. Ninguna otra cosa resolverá los problemas del día, nada sino un avivamiento al estilo antiguo. Una y otra vez deberíamos de orar: « Oh, Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia» (Hab. 3:2).

Creo que estamos viviendo en los últimos días de esta dispensación. El juicio nos espera, el juicio o el avivamiento, la misericordia o la ira. Si no vamos a aceptar la misericordia de Dios, tendremos entonces que aceptar el juicio. Nada sino un avivamiento puede salvarnos. Esto es cierto del individuo. También es cierto con respecto a la Iglesia.

Nos hallamos ante una encrucijada. Si Dios no envía un avivamiento, El tendrá que enviar juicio. Depende de nosotros que vaya a ser juicio o avivamiento. Podemos ser ministros ordinarios del Evangelio, o podemos agarrarnos de los cuernos del altar y no darle pausa a Dios hasta que El se manifieste otra vez de nuevo en una poderosa acción de avivamiento.

16

¿ EVANGELISMO O AVIVAMIENTO? ¿CUÁL?

¿CUÁL ES LA DIFERENCIA entre una campaña evangelística y un avivamiento? ¿Lo sabéis? ¿Habéis hecho alguna vez la diferencia entre los dos? Esto es algo en lo que tenemos que tener las ideas claras. No se debe de confundir entre ambos conceptos.

1. UNA CAMPAÑA EVANGELÍSTICA NO ES UN AVIVAMIENTO

La puedes llamar un avivamiento, pero ello no le hace un avivamiento. Puedes anunciarla como tal, pero aún no será un avivamiento. Puedes hablar de tener un avivamiento cuando en realidad quieres decir que vas a tener una serie de reuniones evangelísticas, porque no puedes llevar a cabo avivamiento.

Puedes montar una campaña evangelística, pero no puedes montar un avivamiento. Una campaña evangelística puede ser montada enteramente por el hombre. Puede estar organizada hasta los más mínimos detalles y con gran cantidad de publicidad. Puede que tenga disponible toda la mecánica necesaria: obreros personales, un gran coro, acomodadores y todo lo demás que le acompañen puede

estar allí. Todo esto lo puede hacer el hombre. Podrán ganarse almas y probablemente lo sean pero, después de todo, es solamente una campaña evangelística.

Ahora bien, una campaña evangelística puede transformarse en un avivamiento; pero, si comienza como una campaña, es probable que termine como tal. ¡Cómo quisiéramos que cada campaña evangelística se transformara en un verdadero avivamiento!

2. UNA CAMPAÑA EVANGELÍSTICA ES UN ESFUERZO DE PARTE DE LA IGLESIA PARA GANAR A LOS PERDIDOS PARA CRISTO

He llevado campañas evangelísticas en muchas partes del mundo. He visto pocos avivamientos. Vi algo parecido a un avivamiento en los campos rusos de misión en Europa y también en Australia. Lo vi de nuevo en la isla de Jamaica. Pero, en la mayoría de los casos, la obra que he hecho a lo largo de los años de mi ministerio no ha sido la de un avivador. Ha sido la obra de un evangelista.

He llevado muchas obras evangelísticas, algunas de ellas de alcance a nivel de ciudad, en Estados Unidos, Canadá, las Islas Británicas, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Sudamérica y Europa. Pocas de estas campañas han llegado a ser avivamientos. Ni soñaría en llamarlas avivamientos debido a que solamente fueron esfuerzos evangelísticos. Hubo almas salvadas, y hombres y mujeres en estado de perdición fueron traídos a Cristo; algo se hizo, pero una vez que todo terminaba se tenía que admitir que no había sido otra cosa que una campaña evangelística.

Muchos evangelistas nunca han visto un avivamiento. Han llevado campañas evangelísticas durante años y han visto muchas almas ir a Cristo, pero no han sido testigos de un avivamiento. Un hombre puede pasarse la vida llevando campañas evangelísticas sin haber jamás tenido el gozo de ver un verdadero avivamiento al estilo antiguo.

En una campaña evangelística una iglesia hace un esfuerzo para traer almas a Cristo y ,por cada uno de estos esfuerzos, damos gracias fervientes a Dios, pero el avivamiento no se fabrica.

3. UN AVIVAMIENTO EMPIEZA CON EL PUEBLO DE DIOS

No es cierto de las campañas evangelística que empiecen con el pueblo de Dios. La primera noche que una campaña así empieza se puede dar una invitación y pueden salvarse almas. El evangelista puede dirigir toda su predicación a los no salvos en un esfuerzo de llevarlos a Cristo, pero éste no es un esfuerzo de avivamiento. Un avivamiento, como ya he afirmado, empieza por el pueblo de Dios. No digo que termine con el pueblo de Dios porque, más tarde o más temprano, tendrá como consecuencia, si es un avivamiento genuino, la salvación de almas.

Tan sólo puede avivarse la vida. Si no hay vida no hay posibilidad de un avivamiento. Por ello, cuando vas a ganar almas para Cristo no hablas de un avivamiento, debido a que sabes que estás trabajando entre los perdidos y que ellos están muertos en sus delitos y pecados. No pueden ser avivados. Si el hombre está muerto, está más allá del avivamiento. Si un fuego se ha apagado, es imposible avivarlo. Se puede soplar sobre él tanto como se quiera. Se podrá actuar tanto tiempo como se quiera con el fuelle; si está apagado, y no hay chispa ni rescoldo de brasas ahí, se puede hacer lo que se quiera, pero nunca ya podrá ser avivado. Esto ya lo he señalado antes.

Por esto, si las almas están muertas, muertas en delitos y pecados, es absolutamente imposible avivarlas. Por otra parte, sí que se puede avivar al pueblo de Dios. Cuando hay vida hay siempre la posibilidad de un avivamiento. Aquellos que están verdaderamente salvados, aquellos ~ ue han sido realmente nacidos de nuevo y que se han enfriado y vuelto indiferentes, aquellos que han perdido su primer amor, pueden ser avivados. Principalmente, la obra de un avivador es la de llegar a ellos y, mediante ellos, a los perdidos. La obra de un evangelista es, principalmente, la de llegar a los perdidos para llevarlos a Cristo.

Lo que nuestras iglesias necesitan en la actualidad es ante todo no evangelismo, sino avivamiento, el tipo de avivamiento que Charles G. Finney experimentó. Una vez que las iglesias hayan sido avivadas, las almas serán salvadas. Tales conversiones aguantarán la prueba, porque habrá habido una verdadera convicción de pecado y una experiencia genuina.

En algunas ocasiones, como ya he señalado, Finney no hacía un solo esfuerzo por llegar a los perdidos durante semanas. Dirigía todos sus mensajes al pueblo de Dios. Por fin, cuando el Espíritu de Dios había avivado a la iglesia, y los cristianos mismos habían sido enardecidos, entonces Dios comenzaba a obrar entre los perdidos, y los pecadores entraban en ansiedad acerca de la salvación de sus almas. Así, el avivamiento llevaba, a su vez, al evangelismo y a la conversión.

Damos gracias a Dios por cada campaña evangelística que haya sido llevada en todo lugar, pero le glorificamos aún más por los avivamientos. Pensamos de Juan Wesley, Finney, Moody y muchos otros que fueron utilizados no solamente en evangelismo sino también en avivamiento y que fueron conocidos como avivadores así como evangelistas. Pensamos también en Billy Sunday, R. A. Torrey —y un ejército de otros que han sido elegidos por Dios como evangelistas, y que en sus esfuerzos de alcance ciudadano han estado cosechando almas a centenares y centenares para el Señor Jesucristo. Por todo ello alabamos devotamente al Señor.

Continuamos orando: «Aviva Tu obra, oh, Señor.» Esta oración la tenemos que ofrecer de continuo. Si no es la obra de Dios, entonces no puede ser avivada. Tiene que venir a ser Su obra antes de que pueda ser avivada. Pero si es la obra de Dios, entonces Dios puede avivarla.

4. UN AVIVAMIENTO ES LA MANIFESTACIÓN DEL PODER DE DIOS

La Biblia dice: «El poder del Señor estaba presente» (Le. 5:17). ¿Podemos tú y yo hablar así? ¿Está Él presente en nuestras reuniones? ¿Conocemos algo del poder del Señor? De nuevo dice:

«Y se quedaban atónitos ante el gran poder de Dios.» ¿Están los hombres asombrados en la actualidad? ¿Están nuestras congregaciones absolutamente asombradas ante el poder de Dios en medio de nosotros? ¿Hemos tenido nosotros esta experiencia? Esto, amigo mío, es avivamiento. De esto es de lo que estoy hablando —una manifestación del poder de Dios Todopoderoso. En otras palabras, Dios entra en escena y, aparte de todo el tinglado, aparte de la organización, aparte de los obreros personales, aparte de cualquier otra cosa, Él actúa. Existe una manifestación del Poder Divino. Pero de esto ya he hablado antes.

5. UN AVIVAMIENTO RESULTA SIEMPRE EN UNA PROFUNDA CONVICCIÓN DE PECADO

Así fue en el gran avivamiento de Irlanda de 1859, y también en las reuniones que mantuvo Juan Wesley. Así, también, en los días de Evan Roberts y de Finney, siempre hubo una profunda convicción de pecado.

Ahora bien, esto no siempre sucede cuando se llevan a cabo campañas evangelísticas. En algunas ocasiones el evangelista tiene que persuadir a los hombres y mujeres a que bajen por el pasillo para aceptar al Señor Jesucristo. En algunas ocasiones, los obreros personales tienen que apremiarles, instarles, discutir con ellos, rogarles que vengan. Con frecuencia se les tiene que apremiar a que hagan una decisión por el Señor Jesucristo.

No hay nada de esto en los días de avivamiento. Entonces es Dios el que les apremia. El Espíritu Santo está a la obra y los indagadores caen sobre sus rodillas o pasan corriendo al frente, haciendo la pregunta del carcelero de Filipos: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» (Hch. 16:30). En un avivamiento no tenemos que rogar a los hombres y mujeres para que sean salvos; los hombres y mujeres nos ruegan que les mostremos el camino de la salvación, porque se encuentran bajo una terrible convicción. En una campaña evangelística he visto a veces a personas bajar por el pasillo con el semblante sonriente. Nunca les he visto sonreír en un avivamiento. En un avivamiento apenas pueden andar por el pasillo. Se debilitan tanto bajo la horrible convicción de pecado y tan cargados y angustiados que apenas pueden estar de pie. Las lágrimas brotan copiosamente mientras que ruegan al Señor Jesucristo que tenga misericordia de ellos y que los salve.

En el avivamiento irlandés de 1859, la gente se debilitaba tanto que no podían ni volver a sus hogares. Hombres y mujeres caían por las cunetas de los caminos y se les encontraba horas más tarde rogando al Señor que salvase sus almas. Sentían que se estaban deslizando al infierno y que nada más importaba en la vida que ajustar sus cuentas con Dios, y de ahí la debilidad e impotencia de ellos. Para

ellos la eternidad lo significaba todo. Nada más había que tuviera ninguna importancia. Sentían que si Dios no tenía misericordia de ellos y no los salvaba, que estaban condenados para todo el porvenir.

6. UN AVIVAMIENTO NO DEPENDE DEL LÍDER

Cuando se lleva a cabo una campaña evangelística y se predica el último sermón y se deja la escena, ¿qué sucede? La campaña se clausura, y todo se ha acabado. Las reuniones han acabado y todo se halla en el pasado. Pero, ¿qué sucede en un avivamiento? En el avivamiento se mantiene igual, tan poderosamente como siempre, incluso después que el avivador se haya ido. ¡El no tiene por qué hallarse allí presente!

Evan Roberts es un excelente ejemplo. Iba a las reuniones varias noches, pero hablando muy poco. Finalmente, se levantaba, daba un breve testimonio y entonces se iba, pero el avivamiento continuaba con más y más poder. Más almas se salvaban que antes. Mayor obra se llevaba a cabo después de irse él que cuando se hallaba presente. El avivamiento se esparció de distrito en distrito, hasta que todas las iglesias quedaron encendidas. Todas quedaron llenas a rebosar. La gente llegaba a las cinco de la mañana y no se iba a la tarde por la noche. Durante el día entero, los hombres lloraban su camino hacia el Calvario.

En otras palabras, el avivamiento no dependía del líder. Evan Roberts podía hallarse a muchos kilómetros; no se notaba la diferencia, el avivamiento continuaba igual. No solamente fue siguiendo en aquel centro, sino que se derramó a otros centros hasta que se desencadenó en sitios inesperados en los que Evan Roberts ni siquiera había estado. Un avivamiento no depende del líder.

7. LOS AVIVAMIENTOS NO DEPENDEN DE LOS SERMONES

Como ya he dicho, Evan Roberts no predicaba sermones; simplemente daba su testimonio, y Dios obraba. Así es en un avivamiento. Ningún hombre puede recibir la gloria. No digo que no se vayan a predicar sermones ni que no se vayan a dar mensajes; se hará esto también. Pero el avivamiento irá barriendo, independiente de sermones, y dará la gloria a Dios.

Esto es por lo que ahora estamos orando por toda América. Estamos pidiendo a Dios que barra el país desde el Atlántico hasta el Pacífico en poder avivador, que llene nuestras iglesias de nuevo hasta que rebose, y que ponga tal carga sobre nosotros que no nos tomemos ningún descanso hasta que Dios obre y miles sean introducidos al reino. El avivamiento tiene que barrer el país como un incendio de las praderas, llevándose todo por delante, sin liderazgo humano, a fin de que Dios pueda tener toda la gloria. Esto, amigo, es por lo que estamos rogando. Cuando llegue, todo quedará cambiado; toda la nación será transformada; porque Dios puede hacer más en unas pocas semanas de avivamiento que lo que nosotros podemos hacer en años mediante campañas evangelísticas.

Ahora, déjame que te ponga esta carga sobre ti. Ojalá clames a Dios: «Señor, antes de morir, antes de que mi ministerio finalice y de que mi obra termine, déjame ver un avivamiento.» Si pudieras ver tan sólo un avivamiento genuino, todo tu ministerio futuro quedaría revolucionado; nunca serías el mismo otra vez. No veo ninguna razón por la que, en este siglo xx, no debiéramos ser testigos, otra vez, de una poderosa manifestación del poder de Dios.

(1) Ajusta las cuentas con Dios

En el año 1906, cuando el doctor R. A. Torrey llevó a cabo su gran campaña en el Auditorio Massey en Toronto, tenía pequeñas tarjetas impresas, alrededor de 25 mm de amplitud y de 18 cm de longitud. La impresión estaba en rojo brillante, con sólo estas cuatro palabras: PONTE BIEN CON DIOS. Aquellas pequeñas tarjetas se desparramaron a decenas de millares por toda la ciudad de Toronto y, ya que estaban impresas por ambos lados, no importaba de qué lado cayeran. Estaban en las calles de las ciudades, sobre los suelos de las tiendas, en los omnibuses, hablando a todos aquellos que pasaban por allí, en brillantes letras rojas: «Ponte bien con Dios.» Y solamente Dios sabe cuántos quedaron convictos y salvados como resultado de ellas.

Ahora bien, hay dos maneras de ponerse bien con Dios. Primero, mediante la confesión, y después por la restitución. Hay tres fases en la confesión. Estoy hablando, naturalmente, de los cristianos. Son los cristianos los que deben de confesar sus pecados y hacer toda la restitución que sea necesaria.

En primer lugar, hay una confesión privada. Si el pecado se ha cometido en contra de Dios, sólo en contra de Dios, y nadie sabe nada de ello, entonces solamente es necesario confesárselo a Dios.

En segundo lugar, la confesión personal. Si se ha cometido el pecado en contra de otro individuo, entonces no puede haber perdón hasta que se haya hecho confesión, no solamente a Dios, sino también al individuo perjudicado. Se hace necesaria una petición de perdón.

En tercer lugar, confesión pública. Si tu pecado ha sido cometido en contra de toda la iglesia, o si mucha gente lo sabe, entonces tu confesión tendrá que ser hecha en público, antes de que se pueda corregir el mal.

Tengo mucho cuidado en mi obra evangelística acerca de la confesión de los pecados. No aliento la confesión de pecados privados. Apremio a aquellos que han pecado privada y secretamente a que se confiesen a Dios y solamente a Dios, y no a que estropeen las vidas de otros, ni a que contaminen las mentes de otros al confesar pecados que nunca deberían de ver la luz pública. Pero cuando se ha cometido un pecado en contra de un individuo, insisto en que el pecado tiene que ser confesado al individuo así como a Dios. Y cuando se ha cometido un pecado en público y toda la iglesia lo conoce, nada menos que una confesión pública será satisfactoria.

En 1.» Juan 1:9 tenemos esta afirmación: «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.» En otras palabras, si los cristianos confesamos nuestros pecados, El nos perdonará. El es fiel debido a que El prometió y El es justo porque El expió. El pecado confesado es pecado perdonado, y el pecado perdonado es un pecado limpiado. Y, puedo añadir, la confesión tiene que incluir renunciación; porque si no se renuncia al pecado, no será perdonado, a pesar de que haya sido confesado.

La razón de que hay tantos que son tibios, fríos o indiferentes, la razón de que tantos no se gozan de su salvación, la razón de que no se gozan en la lectura de la Palabra de Dios, ni en la oración, y de que no reciben respuestas a la oración, la razón de que no tienen testimonio, es que hay algún pecado secreto, algún pecado oculto que no ha sido confesado, y que está ahí, en el corazón. ¿Por qué no lo confiesas? No lo puedes ocultar de Dios. El lo conoce todo acerca de él. ¿Por qué no hacer una confesión total y plena a Dios y ser así perdonado? Hasta que no lo hagas, El no puede hacer absolutamente nada por ti.

Pero no solamente tiene que haber confesión de pecado para poder ajustar las cuentas con Dios. También tiene que haber, como ya lo he dicho antes, restitución. En otras palabras, se tiene que enderezar lo torcido.

Puede que sea necesario pedir perdón a alguien y que tengas que hacerlo. Puede que tengas algunas deudas que nunca hayas pagado y que tengas que pagarlas. Dios dice: «No debáis a nadie nada» (Ro. 13:8). A la vista de Dios, la deuda es un pecado y ningún cristiano debería de estar en deuda. Por lo menos, si cae en deudas, debería de hacer todo lo que esté en su mano para salir de ellas. Tiene que cumplir con sus obligaciones, si le es posible en absoluto. No puede hallarse a bien con Dios hasta que se ajuste con su prójimo. Solamente entonces podrá descansar sobre él la bendición de Dios.

Déjame ahora darte un ejemplo de confesión y de restitución. Fue en mi propia iglesia en Toronto, y tuvo que ver con el líder de la Sociedad de Jóvenes. Se había estado apropiando de fondos de una manera indebida y nadie sabía nada acerca de ello. El mismo se creía que nadie se iba a enterar. Un día, en una serie de reuniones evangelísticas, al hacer la invitación, este joven, ante el asombro de todos, se dirigió pasillo abajo hacia el frente. Creí que iba directamente al salón de indagación, e iba, pero antes de abrir la puerta de la sala de indagación, pasó al frente mismo del auditorio y, dirigiéndose a la audiencia, hizo una confesión pública de su pecado. Entonces, con los ojos bañados en lágrimas, fue a la sala de indagación donde hizo su confesión a Dios y fue restaurado a Su comunión. Después de esto hizo todo lo que estaba en su poder para volver a pagar el dinero que había sustraído. Antes de morir, pudo dar un brillante testimonio, debido a que había cumplido las condiciones divinas. Había hecho su confesión. Había restaurado lo que había robado y fue a la presencia del Señor sin condenación en su corazón.

Amigo, puedes esconder tu pecado del ojo del hombre, pero no puedes esconderlo a los ojos de Dios. El ocultamiento de tu pecado puede ser la razón de que Dios no te esté bendiciendo ni dando respuesta a tus oraciones. Esta puede ser la razón de que no te esté utilizando en Su servicio. Hay

alguna confesión que está aún pendiente, alguna restitución todavía sin hacer. Ni has confesado ni has renunciado a tu pecado. No has ajustado con el hombre y por ello no estás a bien con Dios. No puede venir el avivamiento hasta que no estés listo para ponerte a bien con Dios. Y de nuevo lo repito, y la única manera de ponerse a bien con Dios es mediante la confesión y la restitución. Quiera Dios hacerte capaz de pagar el precio.

(2) Trabajar en Oración

Una y otra vez hemos hablado acerca de la oración en relación al avivamiento. Trabajar en oración es de importancia sin parangón. Tú y yo tendremos que aprender esta lección; porque nunca veremos avivamiento, nunca prevaleceremos delante de Dios, hasta que no sepamos cómo afanarnos.

Recuerdo que hace años cuando yo era pastor de la Iglesia Presbiteriana Dale, en Toronto, y cuando nuestras reuniones de avivamiento duraban hasta seis semanas, noche tras noche, sin una sola interrupción, pasábamos todos los días festivos en oración. Pasábamos medias noches en oración, veladas enteras. Una y otra vez nos reuníamos para orar. Nos dimos a horas enteras de oración.

No es de asombrar que hubiera una profunda convicción. No es de asombrar que almas fueran salvas. Nunca perdimos una sola oportunidad para darla a la oración. Siempre que hubiera una festividad, procurábamos que el día entero transcurriera en ayuno y en oración. Como resultado, Dios dio un poderoso avivamiento en el que, sin invitación ni apremios de nuestra parte, los hombres y mujeres hallaban su camino hacia el altar y se daban al Señor Jesucristo.

(3) Predicar la Palabra

En cada avivamiento hay cinco asuntos que reciben énfasis. Primero de todo, *pecado* y *salvación*. Después, *cielo* e *infierno*. Y, por último, el *juicio*. Se tienen que proclamar estas cinco cosas si se ha de lograr la antigua convicción y salvación. En primer lugar, se tiene que acentuar el pecado. No puede haber avivamiento a no ser que se convenza de pecado a los hombres y mujeres directamente en el corazón de ellos. Las personas tienen que darse cuenta de que están perdidas, de que son impotentes, de que merecen el invierno, de que están muertos en delitos y pecados, y que fue el pecado de ellos que puso a Cristo en la Cruz. Y está claro que tienen que darse cuenta de esto antes de que pueda haber una verdadera convicción.

También, el avivador tiene que enfatizar la salvación, el remedio de Dios para el pecado. Ni puede olvidarse del cielo ni del infierno; porque a no ser que los hombres y mujeres queden confrontados ante la eternidad, a no ser que se den cuenta de que ha y cuestiones eternas que confrontar, nunca habrá avivamiento. Debemos de relatarles acerca del cielo, tenemos que advertirles acerca del infierno, tenemos que tratar de la eternidad.

Al final de todo, el juicio. A los hombres se les tiene que confrontar con el juicio de Dios Todo-poderoso. Tienen que saber que Dios ha dispuesto un día en que El juzgará al mundo, y que uno de estos días tendrán que estar de pie ante su Creador para ser juzgados. Cuando esta tremenda verdad les cale hondo, habrá convicción y avivamiento. De todo esto ya he tratado antes.

(4) La Obra del Espíritu

Una y otra vez ha enfatizado la importancia de la plenitud del Espíritu Santo. Hay dos maneras de obrar. Podemos continuar con nuestras actividades, si deseamos, en la energía de la carne, o podemos trabajar en el poder del Espíritu. Obrar en la energía de la carne no requiere pasión, ni carga, ni afán. Tan sólo precisa de dones, talentos, organización, aparatos, educación, instrucción. ¡Qué diferencia! Tendremos que decidir, digo, si vamos a trabajar en la energía de la carne, o en el poder del Espíritu de Dios.

¿Y qué es lo que Dios tiene que decir con respecto a esto? Su Palabra afirma: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. 4:6). En otras palabras, no es por el ingenio humano, ni mediante aparatos, ni mediante organizaciones, sino por el poder del Espíritu Santo.

Existe una atmósfera peculiar, misteriosa, que cae sobre una congregación cuando un hombre está ministrando en el poder del Espíritu; y aquella atmósfera peculiar, misteriosa, se halla ausente cuando está ministrando en el poder de la carne. Si eres verdaderamente espiritual, serás capaz de discernir entre ambos.

Este es, entonces, el precio que se tiene que pagar. El pueblo de Dios tiene que ajustarse. Tiene que ajustarse mediante la confesión y restitución. Y tal cosa, como ya he señalado, incluye la renunciación. Tienen que afanarse en oración. Tienen que predicar la Palabra. Finalmente, tiene que trabajar en el poder de la unción del Espíritu de Dios. Cuando tú y yo paguemos el precio, Dios obrará.

17

EVANGELISMO EN LA SALA DE INDAGACIÓN*

No EXISTE UN ASUNTO más importante que el que vamos a tratar ahora. Muchas campañas evangelísticas fracasan debido a la ineficaz obra llevada a cabo en las salas de indagación. Los hombres y mujeres no reciben la salvación simplemente porque levanten sus manos o porque se pongan de pie. La conversión no tiene lugar porque pasen al frente de la iglesia y den un apretón de manos al evangelista o porque firmen una tarjeta. La mayor parte de la gente es salvada después de que hacen esto. Se salvan en la sala de indagación. Este era el método de Moody, y no podemos mejorarlo. Lo he seguido durante todos los años de mi obra evangelística.

Ahora describiré lo que se tiene que hacer a fin de ganar almas en la sala de indagación:

1. PREPARARSE PARA LOS RESULTADOS OBTENIDOS

Hay algunas iglesias que nunca se preparan para obtener resultados. Yo he ido a hacer cam-

* Para el significado de «sala de indagación» e «indagador», ver páginas 142 y 174.

pañías y me he encontrado con que no habían obreros personales instruidos, ni salas de indagación preparadas. De hecho, he ido a iglesias donde no se esperaban resultados y cuando éstos surgieron, la iglesia no estaba preparada para ellos. Por ello, tenemos que prepararnos de cara a los resultados que se van a obtener.

Quisiera sugerir que uno se prepara para los resultados instruyendo a un grupo de obreros personales, instruyéndoles con sumo cuidado, de manera que conozcan cómo guiar a un alma a Cristo. Entonces, quisiera también sugerir que se debería de preparar una habitación como sala de indagación. Si yo fuera a preparar tal sala, colocaría dos sillas una al lado de la otra, luego dos más tan lejos de las primeras como fuera posible, y luego dos más, y así hasta que tuviera sillas alrededor listas para la obra.

Elegiría una sala de indagación tan fácil de acceso al auditorio principal como fuera posible, a fin de facilitar la entrada. Señalaría a una obrero personal jefe para las mujeres y otro para los hombres. Así, me prepararía para los resultados.

2. TENER TACTO

Yo apremiaría a mis obreros personales a que procuraran cuidar de no tener mal aliento para no ofender. Además, pediría que los hombres trataran siempre con hombres, y las mujeres con mujeres. Procuraría que no se hiciera nada que pudiera provocar críticas.

3. HACER QUE EL INDAGADOR SE ARRODILLE

No permitiría que se tratara con nadie de pie ni sentado en su silla, debido a que su mente se distraería por todo lo que estuviera sucediendo alrededor. Lo situaría de inmediato sobre sus rodillas, mirando a la pared, de manera que pudiera ser tratado de una manera completa. He descubierto que la

mayor parte de las personas han sido salvas sobre sus rodillas. Enfatizo este extremo debido a que el obrero personal que intentó tratar conmigo me tuvo sentado en la silla y no me llevó a ninguna parte. Yo nunca he cometido este error.

4. NO DISCUTIR

Muchos indagadores intentarán discutir contigo. Te hará las preguntas más retorcidas. No intentes responderle. Dile que ya te ocuparás de sus preguntas más tarde. Recuérdale que él ha venido a ser salvado y rehúsa satisfacer su curiosidad. Una pregunta llevará a otra. Si empiezas a dar respuesta a sus preguntas, la convicción pronto se deshará y fracasarás de lleno.

5. DEPENDER DEL ESPÍRITU SANTO

Es el Espíritu Santo que hace la obra. Tan sólo El puede convencer y convertir. Tú no puedes hacerlo. Por ello no se puede apremiar con la suficiente intensidad la necesidad de descansar totalmente en el Espíritu. A no ser que El obre, no habrá conversión alguna.

6. ORAR MUCHO

Siempre que estés trabajando, deberás de estar orando, orando silenciosamente. Ora antes de empezar. Ora mientras que estás haciendo tu trabajo personal. Ora en todo momento, porque Dios da respuesta a la oración.

7. DIAGNOSTICAR EL CASO Y APLICAR EL REMEDIO ADECUADO

Hay cuatro grupos de personas con los que tendrás que tratar en tu obra evangelística. De hecho, a menudo doy una invitación cuatripartita. Primero de todo, están los perdidos, después los que se han vuelto atrás, luego los que no están seguros de su salvación y, por último, a los derrotados. Estos cuatro grupos se hallan en cada reunión, y deberían de ser invitados de una forma clara y definida a que vengan al Señor Jesucristo a fin de que pueda ser suplida su necesidad. Pero se tiene que dar instrucción a estos obreros personales en cuanto a cómo tratar con ellos, porque es el obrero el que tiene que diagnosticar el caso y a continuación aplicar el remedio adecuado.

Primero de todo, digo, están *los perdidos*, aquellos que nunca han conocido al Señor Jesucristo como Salvador personal, aquellos que no se denominan cristianos. Naturalmente, a éstos se les tiene que invitar a que vengan y a que sean salvos.

Después vienen *los que han retrocedido* en los caminos del Señor, y a éstos les encontrarás en cada reunión. Son los que se han descarriado, y se han ido del redil. Han perdido su primer amor y se han enfriado en su servicio cristiano. Han dejado a un lado la Palabra de Dios y la oración y no dan testimonio. Algunos de ellos pueden incluso haber vuelto al mundo. Tienen que ser restaurados a la comunión con Dios.

El tercer grupo es el de *los que no están seguros*, de los que no saben si son salvos o si están perdidos. No poseen la seguridad de la salvación. Se sienten salvos hoy y perdidos mañana. No poseyendo ninguna seguridad, se hallan en un estado de incertidumbre continuo. Les hallarás en cada congregación. A ellos también se les tiene que invitar, porque no son de utilidad para Dios hasta que ellos mismos sepan que han pasado de la muerte a la vida.

El último grupo es el de *los derrotados*, esto es, cristianos que están viviendo unas vidas derrotadas. Tienen un pecado que les asedia. Hay algo que ellos nunca han vencido, algo que todavía no ha sido conquistado. Puede ser algún pecado secreto, algún peso o ídolo. Quizá sea tan sólo un hábito, pero es algo que impide que Dios les pueda utilizar. No son cristianos victoriosos. Nunca han aprendido el secreto de Dios de la liberación. Una y otra vez se han propuesto no volver a fracasar, pero todas sus resoluciones han sido en vano. Cada cristiano tiene un pecado que le asedia, pero cada cristiano puede ser victorioso. También se tiene que invitar al derrotado a fin de que pueda ser liberado.

Ante todo el obrero personal tiene que diagnosticar el caso. Hay tantos que simplemente se arrodillan al lado del indagador, y empiezan a orar por su salvación, tan sólo para descubrir que no ha venido en absoluto en pos de la salvación. Yo les digo a mis obreros personales que empiecen haciendo preguntas a fin de saber exactamente a qué ha venido el indagador. Se le tiene que poner en su clase determinada. ¿Es un perdido? ¿Es uno que ha retrocedido? ¿Se encuentra inseguro? ¿Es un derrotado? A no ser que apliques el remedio para el no salvo no es el remedio para el que ha retrocedido, de la misma manera que el remedio para el que ha retrocedido no es el remedio para el derrotado. Debes conocer cómo prescribir y, a no ser que conozcas la enfermedad, no podrás prescribir correctamente.

Ahora bien, ¿cuáles son tus prescripciones? ¿Qué sugiere a los perdidos? ¿Qué remedio tienes para los derrotados? ¿Qué remedio tienes para los inciertos y para los que han retrocedido? Si tienes el tuyo propio, no te voy a sugerir que utilices el mío. Pero en el caso de que no tengas uno te daré las prescripciones que he utilizado durante más de medio siglo, prescripciones que han obrado de manera maravillosa.

(1) El perdido

Al tratar con los perdidos siempre empiezo con Isaías 53:6. Yo no leo el versículo, sino que hago que lea el pasaje por sí mismo, pero pongo mi dedo sobre la última afirmación. El lee: «Todos que lea el pasaje por sí mismo. pero pongo mi dedo sobre la última afirmación. El lee: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino.» Entonces empiezo a hacerle preguntas. Ante todo tiene que quedar convencido del hecho de que es un pecador. Uno tiene que darse cuenta de que está enfermo antes de que vaya a llamar a un médico. Una y otra vez le insisto, preguntándole y preguntándole. Le señalo la palabra *todos*. Le aclaro que él se ha descarriado, mostrándole que si nunca ha entrado en el camino de Dios, que se ha dedicado a seguir su propio camino, y que el dedicarse a seguir el propio camino es descarriarse. Finalmente, se convence de que es un pecador.

Entonces le dejo leer la última parte del versículo. Colocando mi Biblia en una de mis manos y pasándola a la otra, le muestro cómo Dios transfirió los pecados del indagador a Su Hijo, el Señor Jesucristo, al morir El en el Calvario, y cómo Cristo los llevó todos sobre sí, efectuando así una expiación plena y total. Ahora él sabe algo de la obra en que se basa la salvación, pero aún no es salvo.

Mi segunda prescripción siempre es Juan 1:12. De nuevo hago que él lea el versículo: «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, los dio potestad de ser hechos hijos de Dios.» De nuevo le interrogo: «¿Qué es lo que tiene que hacer usted para llegar a ser hijo de Dios?» Puede que su respuesta sea: «Tengo que unirme a la iglesia.» Hago que lo vuelva a leer. Otra vez le hago la pregunta. Puede que conteste: «Tengo que vivir una vida mejor.» De nuevo le hago leer el versículo. Al fin se da cuenta de que tiene que recibirle a El, al Señor Jesucristo, si ha de llegar a ser un hijo de Dios.

Ahora, por primera vez, le digo que cierre sus ojos y que ore, y que le diga al Señor Jesús que ahora le recibe a El como su Salvador personal, dándose cuenta de que la gran barrera del pecado ya ha recibido tratamiento, ya que Jesús llevó sus pecados en el Calvario, y que Dios le puede perdonar. Si no puede orar por sí mismo, oro por él, y le pido que repita conmigo lo que yo voy diciendo. Después, cuando abre sus ojos, le pregunto de nuevo, porque puede que no tenga, todavía ninguna seguridad. Pero, si creo que ha pedido honradamente al Señor Jesucristo que entre en su corazón, y que le salve, entonces le digo que ofrezca una segunda oración. La segunda oración es muy importante; siempre se tiene que ofrecer. Entonces él vuelve a inclinar su cabeza y a cerrar sus ojos. Ahora le digo: «Da gracias al Señor Jesucristo por haberte salvado.» El empieza a darle las gracias. ¿Sabes qué sucede? En nueve casos de cada diez, el Espíritu Santo da testimonio con su espíritu de que él es hijo de Dios al empezar a darle gracias al Señor por Su salvación, así que, cuando de nuevo abre los ojos, y le pregunto de nuevo si él está salvado o no, es ya capaz de contestar en sentido afirmativo.

(2) El que ha retrocedido

¿Cuál es mi prescripción para el que ha retrocedido? Siempre es 1Juan 1:9: «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados.» Le pido al indagador que lo lea una y otra vez, hasta que lo crea. Le pido que incline su cabeza y que confiese sus pecados, no a mí, sino a Dios.

Cuando termina, puede que no se sienta muy diferente. Puede que no se encuentre muy seguro acerca de si Dios le ha perdonado. Pero ahora también él ofrece una segunda oración, la oración de acción de gracias y de alabanza a Dios por Su perdón. Una vez más, mientras que él ora, el Espíritu Santo da testimonio a su espíritu de que Dios le ha perdonado, incluso a él, y que de nuevo le ha restaurado a Su favor.

No le digo al perdido que confiese sus pecados. No hago de la confesión de los pecados la base de la salvación. Esto serían obras. Si ésta hiera la base de su salvación, entonces los perdidos tendrían que confesar todos sus pecados o tal confesión no tendría valor alguno; y no hay pecador que pueda recordar todos sus pecados, ya sin hablar de confesarlos. Todo lo que el pecador tiene que hacer es admitir que es un pecador y que necesita un Salvador. Con el que ha retrocedido es algo distinto. Ha sido salvado, pero se ha descarriado. Tiene que volver al camino en el sitio que lo dejó y enderezar lo que ha torcido. Tiene que confesar el pecado que le hizo enfriarse, porque sólo en confesión será perdonado su pecado. Así es siempre con el cristiano. Es como Cristiano en el libro *El Peregrino*, de Juan Bunyan, que tuvo que volver al cruce de caminos, para volver a hallar allí el pergamino antes de que pudiera continuar en su camino.

(3) Los inciertos

Mi prescripción para los inciertos es siempre 1 Juan 5:13: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que *sepáis* que tenéis la vida eterna... » Notar que no dice «suponer» ni «tener esperanza»; dice «saber». No dice que podemos «suponer» que tenemos la vida eterna. La palabra es «saber». Juan es muy positivo con respecto a esto.

Además, tampoco dice: «Estas felices emociones os he dado, estas maravillosas experiencias emocionales os he concedido, estas maravillosas revelaciones os he enviado.» No, nada de esto. Dice: «Estas cosas os he escrito. » Lo que está escrito no se puede cambiar. Tus emociones cambiarán, tus sentimientos pueden cambiar, pero lo que Dios ha escrito nunca puede cambiar. Si te confías en tus sentimientos, estarás salvado hoy y perdido mañana. Este es siempre el problema que hay con el creyente incierto. Está apoyándose en sus sentimientos. Nunca ha aprendido cómo apoyarse en la Palabra de Dios.

Recuerda, el cristiano no se halla siempre en la cumbre de la montaña. No podría haber cumbres si no hubiera valles. En ocasiones tiene que descender al valle. Si se apoya en sus sentimientos, solamente estará salvado cuando se halle en la cumbre. Necesita de algo que le dé la seguridad de la salvación cuando se halle en el valle.

«Estas cosas os he escrito.» ¿Qué cosas? Todo lo que Juan escribió. Por ejemplo, tomemos Juan 6:37: «Al que a Mí viene no le echo fuera.» Esto será suficiente. ¿Has ido a El? Si has ido, entonces ya sabes que El no te ha echado afuera. El te dice de una manera clara que no lo hará. Si tan sólo lo quieres creer, la seguridad será tuya. Además, El no te dijo que «vas a tener la vida eterna». Te dice que «tienes» la vida eterna, aquí y ahora.

Dios nunca puede utilizar a uno que se halla en incertidumbre. Si alguien no está seguro de su propia salvación, ¿cómo le va a ofrecer la salvación a otros? Ante todo tiene que conocer que El mismo ha pasado de la muerte a la vida, y tan solamente puede conocerlo creyendo las cosas que están escritas. Así es como el obrero personal tiene que tratar con los que se hallan inciertos.

(4) Los derrotados

La 1 Epístola a los Corintios 15:57 es siempre una buena prescripción para los derrotados: «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. » Señala, si quieres, que no dice: «mediante nuestras luchas, esfuerzos o empresas». Dice que es por medio de nuestro Señor Jesucristo. Y afirma de una manera clara que la victoria es un don. No podemos

trabajar para conseguirla; no podemos ganarla. Es el don de Dios a Su Hijo, y ello mediante Su Hijo el Señor Jesucristo.

En una ocasión Pablo arrojó, como quien dice, la toalla en desesperación, y exclamó: « ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? » La respuesta fue: « Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. » Esto significa que Cristo viene a ser el Vencedor.

Ahora, permíteme hacer una pregunta. Hace mucho tiempo que aceptaste al Jesucristo como tu Salvador. ¿Hubo un momento en tu vida cuando le aceptaste como tu Vencedor? Creo que las dos decisiones son absolutamente esenciales. No solamente tienes que aceptarle como tu Salvador, sino que también tienes que tomarle como tu Vencedor. ¿Lo has hecho? Cientos y cientos a lo largo de los años pasados se han arrodillado en la sala de indagación, han aceptado a Jesucristo como Vencedor, y entonces han ido a vivir vidas victoriosas.

¿Puedes vér por qué pongo tanto énfasis en el trabajo personal? Es poco lo que puedo hacer personalmente y por ello tengo a mis obreros esparcidos entre la congregación. Ellos ven las manos levantadas, pasan al frente con los indagadores, los hacen entrar en la sala de indagación, los ponen sobre sus rodillas al lado de ellos, y después de diagnosticar su caso, aplican el remedio correcto y así los llevan de nuevo a Dios.

Como puedes ver, utilizo pocas prescripciones. Muchos remedios solamente confunden al indagador y no los puede recordar. Pero no olvidará uno o dos. No es preciso un largo curso bíblico en la obra personal. No necesitas saber nada de judaísmo para ganar a judíos, ni acerca del catolicismo romano para ganar a católicos romanos. Tampoco necesitas saber nada acerca de falsas sectas para ganarlos. Todos son igualmente pecadores. Trata con ellos, entonces, como pecadores. Todos necesitan por igual al Salvador. Ofréceles, por tanto, a tu Salvador. Utiliza tan pocos versículos como puedas.

Al comienzo de mi ministerio, empecé instruyendo a obreros, y siempre he tenido a un grupo de obreros dedicados, consagrados, instruidos y preparados para llevar almas a Cristo. Si no fuera por ellos, solamente podría ganar a unos pocos. Ellos son los que hacen la obra. Dependo de ellos de una forma tremenda y Dios honra sus esfuerzos.

Esto es el evangelismo en la sala de indagación. Si tú, amigo mío, vas a ir a hacer lo mismo, verás que Dios bendecirá tus esfuerzos. Al dar la invitación, aquellos que vendrán al frente serán salvados; tus obreros personales les llevarán a Cristo. Si hay de aquellos que han retrocedido, serán restaurados; si están inciertos, recibirán la certeza; y si se hallan derrotados, llegarán a ser victoriosos. Así, harás una obra duradera. Nunca cuento los que pasan al frente. Solamente cuento aquellos que han pasado por la sala de indagación y que han recibido un trato individual. El evangelismo siempre dará sus frutos más ricos en la sala de indagación.

18

EL MENSAJE DEL EVANGELISMO

HAY SIETE GRANDES VERDADES que tienen que ser enfatizadas en toda nuestra obra evangelística. Estas siete verdades constituye los puntos más importantes de nuestra fe cristiana, y cubren el terreno de nuestra experiencia desde la condenación hasta la glorificación. Es de importancia inmensa que demos una claridad meridiana a las grandes verdades con respecto a la salvación de Dios enfatizando cada una de ellas.

1. LA NECESIDAD DE SALVACIÓN: EL PECADO DEL HOMBRE

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino... (Is. 53:6).
Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios... (Ro. 3:23).

En estos dos versículos la Palabra de Dios expone con toda claridad la necesidad de la salvación. El hombre ha pecado. Nadie se halla exento. Todos han pecado. Todos se han descarriado. Cada uno se

ha ido por su propio camino. Ya que el hombre es un pecador, precisa de salvación. Antes de que podamos guiar a los hombres a Cristo, tenemos que convencerles del hecho de que son pecadores y de que necesitan un Salvador. Solamente entonces se volverán al Señor Jesucristo, y serán salvos. A no ser que nos demos cuenta de que nos estamos ahogando, no desearemos ser rescatados. A no ser que nos demos cuenta de que estamos perdidos, no desearemos ser hallados. Tan sólo aquellos que se dan cuenta de que están enfermos llamarán a un médico. Así sucede con la salvación. El hombre tiene que darse cuenta de su necesidad. Tiene que saber que está perdido y sin capacidad para hacer nada por sí mismo, que está muerto en delitos y pecados, que es un pecador y que necesita un Salvador.

Un manzano no es un manzano porque dé manzanas. Da manzanas debido a que es un manzano. El hombre no es un pecador debido a que peca. Peca debido a que es un pecador. Una vez que se da cuenta de su necesidad de salvación, deseará ser salvado. De ahí la importancia de convencerle por la Palabra de Dios de que es un pecador. No importa lo que siente, y cómo piense; permanece el hecho de que la Palabra de Dios dice que él es un pecador y esto es lo que deja zanjada la cuestión. Este es el mensaje que produce convicción y deberíamos de pensar mucho tiempo desarrollándolo antes de pasar a otras cosas. El hombre es un pecador, y precisa de salvación.

2. LA BASE DE LA SALVACIÓN: LA OBRA DE CRISTO

Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros (Is. 53:6).

Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras (1. Co. 15:3).

Después de que el hombre haya quedado convencido de que es un pecador, debemos entonces presentar la base de la salvación de Dios. Y la base de la salvación de Dios es la obra de Cristo. No hay otro. Hace mil novecientos años, Dios cargo los pecados del hombre sobre la cabeza impoluta del Señor Jesucristo. Fue cuando Él estaba colgando de la cruz del Calvario. Fue cuando Él clamé: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Fue cuando Dios tuvo que cubrir Su rostro. En aquel momento, tu pecado y el mío fueron depositados sobre Jesucristo.

Fue por los pecados del hombre que Cristo murió, y Su muerte llegó a ser la base de la salvación. Dios tenía ante todo que desgarrar la barrera del pecado antes de poder ofrecer perdón; pero una vez que esto se hizo, Él pudo perdonar libremente. Se tenía que proveer la salvación. Jesucristo vio al hombre arruinado y sin poder, y vino a la tierra para hacer la expiación.

Esto no significa que el hombre está salvado. Es posible poder proveer alimento y que entonces haya hombres que rehúsen participar. Es posible lanzar un cabo de cuerda y que aquellos que se están ahogando rehúsen agarrarse a ella. No es suficiente que Dios haya provisto la salvación, sino que el hombre tiene que saber que se ha provisto esta salvación, que se ha consumado la obra de Cristo en la cruz del Calvario, efectuando una expiación total y completa, y que no queda nada más por hacer. Es imposible que el hombre pueda añadir a una obra ya completa. Cuando Jesús se hallaba clavado en la cruz del Calvario, clamé:

«Está consumado.» Todo lo que tenía que hacerse lo hizo Él. Por ello, la base de la salvación es la obra de Cristo. Es la verdad, digo, tiene que ser enfatizada.

3. EL CAMINO DE LA SALVACIÓN: LA FE EN CRISTO

El justo por la fe vivirá (Ro. 1:17).

Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo... (Hch. 16:31).

Esta gran verdad penetró en Martín Lutero al subir las escalinatas de Roma. Entonces irrumpieron en su mente aquellas palabras: «El justo por la fe vivirá.» Allí entonces se dio cuenta de que la salvación no era mediante las obras, sino mediante la fe. Así fue con el carcelero de Filipos. Su pregunta era: «¿Qué tengo que hacer para ser salvo?» La respuesta de Pablo fue: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.»

La salvación es por la fe, no por las obras. Es importante que desarrollemos esta gran verdad. Deberíamos poner en claro, de una manera diáfana, que las obras nunca salvarán, y que el único medio de la salvación es por la fe. Este es el plan de Dios. Es sencillo pero de una gran efectividad. El momento en que tú y yo confiamos en el Señor Jesucristo, el momento en que creemos en nuestro corazón, somos hechos salvos. Ponemos nuestra fe no en una doctrina ni en un sistema de ética, sino en una persona, el Señor Jesucristo. No es nuestra fe que salva; es Cristo que salva; pero nuestra fe es

el lazo de comunicación. El momento en que creernos, pasamos de la muerte a la vida. Se tiene que poner en énfasis una y otra vez en esta gran verdad.

Al enfatizar el camino de la salvación, esto es, la fe en Cristo, podemos también enfatizar el lado negativo: «No por obras para que nadie se gloríe.» Y podemos ir a una cantidad innumerable de pasajes que afirman de una manera definitiva que las obras no salvan. El único camino de la salvación es mediante la fe, la fe en la obra acabada del Señor Jesucristo. Así, somos salvados por Cristo, por medio de la fe. Esta verdad tiene que ser proclamada en cada campaña evangelística.

4. LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN: LA PALABRA DE DIOS

Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna... (1.a Jn. 5:13).

Llegamos ahora a una verdad muy importante, esto es, la seguridad de la salvación. Tenemos que dejar muy en claro que no se obtiene la seguridad debido a ningún tipo de sentimientos nuestros; la seguridad se ha de basar siempre en la Palabra de Dios. Es cuando creemos la Palabra de Dios que Su Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Nunca conoceremos el significado de la seguridad hasta que no tomemos nuestro terreno sobre la Palabra.

No dice: «Estos sentimientos os he dado»; Él dice: «Estas cosas os he escrito.» No dice: «A fin de que podáis esperar, o suponer, o sentir, que tenéis vida eterna»; dice El: «para que *sepáis* que tenéis vida eterna» No dice: «que vais a tener la vida eterna»; dice El: « que *tenéis vida eterna*». En otras palabras, la seguridad de la salvación se halla basada en lo que está escrito. La salvación es una experiencia conocible y una posesión presente.

Nadie será utilizado por Dios hasta que él mismo conozca que tiene aquello de lo que habla. No puede bajo ningún concepto ofrecer a todos algo de lo que no está seguro de poseer él mismo. Ante todo tiene que estar seguro de su propia salvación para poder después proclamarla a aquellos que se hallan a su alrededor. Es tan importante llevar a cristianos al estado de seguridad como llevar a pecadores a Cristo. Asegurémonos, entonces, de que señalamos a aquellos que carecen de seguridad lo que dice la Palabra de Dios y que pongamos perfectamente claro que ellos tienen que basarse en lo que Dios ha dicho. La seguridad conlleva paz y bendición. Los cristianos tienen que hallarse seguros de que han sido hechos salvos.

5. LA EVIDENCIA DE LA SALVACIÓN: EL FRUTO

Por sus frutos les conoceréis (Mt. 7:20).

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras (Stg. 2:18).

La fe sin obras es muerta (Stg. 2:20).

Ahora bien, la evidencia de la salvación es distinta de la seguridad de la salvación. La seguridad es algo que tiene que ver con el individuo mismo. La evidencia tiene que ver con aquellos que están alrededor de él. En otras palabras, yo puedo saber que soy un cristiano pero, ¿lo saben aquellos que están alrededor de mí? La única forma en que pueden saberlo es por el fruto que yo vaya a llevar. Ellos vigilan mi vida. Ellos saben si yo soy o no soy diferente. Y si no ha habido cambio, entonces ellos tienen el derecho de llegar a la conclusión de que no soy un cristiano. Si soy un cristiano, mi vida lo mostrará. Habrá fruto. El Señor Jesús lo pone esto muy en claro en Juan 15:1-5.

Las obras no salvan, pero proveen la evidencia de la salvación. Esta es la enseñanza de Santiago por toda su epístola, especialmente en los versículos que he citado más arriba. Si hay una nueva obra de gracia, tendrá que haber una manifestación externa. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2.a Co. 5:17). ¿Ha habido un cambio? ¿Han pasado las cosas viejas, y se han hecho todas nuevas? ¿Hay alguna diferencia? Si ello es así, esto mostrará a otros la genuinidad de mi experiencia. Si he sido verdaderamente salvo, llevaré fruto. Mi vida será diferente.

Las cosas que una vez amé, ahora odio, y las cosas que una vez odié, ahora amo. Ahora me gloriaré en la Iglesia del Señor Jesucristo. Será un gozo cantar los himnos del evangelio, darme a la oración y al estudio de la Palabra, testificar, y hacer todo lo que pueda para servir a Dios. Si no tengo este deseo de vivir para el Señor Jesús, no hay entonces evidencia de que he sido salvado en absoluto. El fruto resultante tiene que llegar a ser la evidencia para aquellos alrededor de mí. Esta verdad es tan importante que se tiene que enfatizar constantemente.

6. EL GOZO DE LA SALVACIÓN: EL CAMINO DEL CREYENTE

Vuélveme el gozo de tu salvación...(Sal. 51:12).

Éste fue el clamor de David, pero no fue hasta que David empezó a andar de nuevo con Dios que volvió a experimentar de nuevo el gozo de la salvación de Dios. Mientras que estaba en pecado, su corazón se hallaba embargado. No sabía de nada sino de dolor. Pero, tan pronto como confesé su pecado y ajusté sus cuentas con Dios, de nuevo experimenté el gozo de la salvación. El gozo tiene que ver con este andar. Solamente en nuestro andar en la voluntad de Dios experimentaremos el gozo de Su salvación.

No hay nadie más miserable que uno que se ha vuelto atrás. El que no vive en el centro de la voluntad de Dios, el que cede ante el pecado, el que no anda en la luz, no puede conocer nada del gozo de la salvación. Aquellos que quieran ser felices en sus vidas cristianas tienen que vivir según la voluntad de Dios, venciendo al pecado. Tienen que vivir vidas victoriosas. Tienen que andar como Dios quiere que anden cada momento de sus vidas, cada día, y tiene así que complacer a Dios para que el gozo de Su salvación sea siempre de ellos.

No solamente hay muchos cristianos infelices; sino que están en un estado de total miseria. Tienen la suficiente religión como para sentirse desgraciados, pero no la suficiente salvación como para sentirse gozosos. En tanto que desobedezcan a Dios y que Dios les tenga que disciplinar, se sentirán miserables; pero tan pronto como retornen a Dios, confesando sus pecados y volviendo de nuevo a Su voluntad, conocerán de nuevo el gozo de Su salvación. Entonces, como dice David, los pecadores se convertirán; porque son los cristianos gozosos que Dios utiliza para alcanzar a otros. Recuerda, entonces, que el gozo de la salvación es siempre el camino del creyente. Que vaya a ser un cristiano feliz o no depende del tipo de vida que viva en la presencia de Dios.

7. LA CONSUMACIÓN DE LA SALVACIÓN: LA RECOMPENSA DEL CREYENTE

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida»

(II Ti. 4:7-8).

Cuando el cristiano reciba su recompensa, habrá llegado a la consumación de su salvación. No debería de quedarse satisfecho solamente con salvarse e ir al cielo; debería buscar glorificar de tal manera al Señor Jesucristo que sea digno de una recompensa. Como sabes, se darán las recompensas ante el *Berna*, o sea, el Tribunal de Cristo. En aquel juicio, algunos sufrirán pérdida, otros serán recompensados. Nada complacerá más al Señor Jesucristo que poder otorgar a Sus fieles siervos las recompensas que les tiene preparadas. Por ello, el cristiano debería de vivir con su mirada fijada sobre aquel Día. Debería de estar esperando su recompensa.

¡Cuán triunfantemente esperaba Pablo el día de su coronación! El sabía que había peleado la buena batalla y que había guardado la fe, y que en *aquel* Día recibiría su recompensa. ¡Cómo se gloriaba en ello! Apenas podía esperar a que llegara aquella hora. El a ía ido absolutamente fiel. Su Señor le había prometido una recompensa rica y abundante, y se le había asegurado que en el momento adecuado sería suya. Una y otra vez habla de la corona. De hecho, a través de todas las Escrituras del Nuevo Testamento hay promesas de recompensas de uno y otro tipo para los que han sido fieles. Una y otra

vez hallamos la expresión, «al que venciere», seguida de la promesa de una recompensa especial. «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1.Co. 3:8).

«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2. Co. 5:10).

* * *

Éstas, pues, son las grandes verdades que tienen que ser recalçadas en nuestra obra evangelística; Se tiene que establecer a los creyentes en la fe. Estas son las enseñanzas fundamentales de la Palabra de Dios. Cubren, como ya he afirmado, todo el curso de la fe y experiencia cristiana. Seamos fieles entonces en la proclamación de todo el consejo de Dios, y nuestro evangelismo será glorioso.

19

LECCIONES DEL EVANGELISMO

SE PUEDEN APRENDER seis lecciones de la obra de evangelismo y de avivamiento. Quiera Dios capacitarnos para aprenderlas hasta que lleguen a ser una parte de nuestra experiencia, porque cada una de ellas es de importancia suprema.

1. **ES POCO LO QUE SE PUEDE CONSEGUIR APARTE DE LA MANIFESTACIÓN DEL ESPÍRITU DE DIOS**

Ésta es la primera lección. Charles G. Finney se convirtió en una forma maravillosa. En seguida después de su conversión, nos dice, mientras estaba de pie ante la chimenea de su oficina, recibió la plenitud del Espíritu Santo. En su autobiografía nos da una vívida descripción de aquella unción. No habló en lenguas, pero algo sucedió que hizo de él el avivador que fue.

Al día siguiente a su conversión, fue al pueblo, y cada uno de los que hablaron con él, incluso aunque solamente estuviesen pasando el tiempo, fueron más tarde convencidos y salvados, tan grande era el poder del Espíritu sobre él. Aquella misma noche se sentó a la mesa para cenar y se le pidió que orara. Así lo hizo, y en ello, un universalista que estaba allí presente, fulminado por la convicción, salió corriendo de la estancia, cayó sobre sus rodillas y oró en agonía ante Dios hasta que fue salvado de una manera gloriosa. Y todo ello simplemente porque Finney había pedido la bendición para la comida.

Cuando el Espíritu de Dios viene sobre un hombre, como vino sobre Finney, sucede algo des acostumbrado, algo maravilloso, algo asombroso. Esto, digo, es la primera lección que aprendemos del evangelismo y del avivamiento. Aparte del Espíritu de Dios, poco es lo *que* se puede hacer. Todo lo que Finney hizo fue en el poder del Espíritu Santo. Todo lo *que* Evan Roberts y Juan Wesley cumplieron fue igualmente llevado a cabo como resultado de una especial manifestación del Espíritu de Dios. Todo lo que era de valor permanente era la obra del Espíritu Santo.

2. **LAS CONDICIONES DESFAVORABLES SIEMPRE PUEDEN SER CAMBIADAS MEDIANTE EL PODER DE LA ORACIÓN PREVALECIENTE**

Mientras tú y yo llevemos a cabo nuestra obra evangelística, quedaremos a menudo confrontados con condiciones desfavorables. Las cosas, simplemente, no serán como a nosotros nos gustaría que fueran. Todo, a veces, parecerá ir al revés y nada irá bien. La gente no cooperará. Habrá mucha oposición. Un extraño espíritu caracterizará las reuniones. La campaña no saldrá como esperábamos y

llegaremos a un momento en el que a duras penas sabremos lo que hacer. Podremos hablar a éste o al otro, y tratar de cambiar las cosas, pero encontraremos que es imposible.

Llega ahora la segunda lección que se tiene que aprender a fondo, y cada evangelista tendría que familiarizarse a fondo con ella. Estas condiciones desfavorables pueden ser siempre cambiadas por el poder de la oración prevaleciente Tú y yo tenemos que aprender cómo prevalecer con Dios en nuestra obra evangelista.

Finney descubrió que esto era cierto. Cuando las cosas no iban bien, simplemente se retiraba al bosque, donde por horas derramaba su corazón a Dios. El señor Nash estaba con él para ayudarlo, no como director de coro, sino como «guerrero» de la oración. Mientras que Finney estaba predicando, Nash estaba orando. Cada vez que Finney se encontraba con un problema que él no podía solucionar, se ponía siempre en oración, porque había aprendido que cada problema, no importa lo difícil que fuera, podía ser solucionado mediante la oración.

Cuando tú y yo aprendamos, como Finney lo hizo, cómo luchar con Dios, cómo afanamos en la oración, cómo pasar las horas de medianoche sobre nuestras rodillas, entonces habremos aprendido el secreto de la victoria sobre cada dificultad. Los primeros metodistas conocían el secreto. Una y otra vez se retiraban para orar. Pasaban horas luchando con Dios hasta que, al *final*, habían orado todo, y las condiciones habían cambiado Asimismo tú y yo podemos agarrarnos de los cuernos del altar y orar hasta que hayan sido alteradas las condiciones desfavorables alrededor nuestro y haya sido contestada nuestra oración.

3. LA PERFECTA OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS ES LA CONDICIÓN ESENCIAL PARA EL ÉXITO

Ésta es la principal característica de la vida de Finney que me hace detener para fijar ahí mi atención. Incluso en los detalles diarios de la vida, Finney aprendía la voluntad de Dios y la ponía por obra. Se nos dice que iba a buscar a la joven que iba a ser su esposa. En su camino >paró a que herraran su caballo y, mientras que herraban el caballo, fue persuadido de predicar el Evangelio en una iglesia cercana. Pronto se reunió una multitud, y mientras que predicaba, se desencadenó un avivamiento. El Espíritu de Dios cayó sobre la audiencia. Hombres y mujeres lloraron su camino hasta el Calvario. Antes de que pasara mucho tiempo, toda la ciudad fue conmovida.

Entonces, la gente persuadió a Finney a que se quedara otra noche y a que volviera a predicar. Así lo hizo, y el avivamiento aumentó en poder. Después de esto fue persuadido a quedarse una tercera noche, y de nuevo hubo gente salvada, la convicción se estableció sobre la audiencia y el avivamiento continuaba. Tan grande llegó a ser que Finney continuó predicando, noche tras noche. Al final, dándose cuenta de que no podía continuar su viaje, encargó a otro hombre que fuera a buscar a su desposada, mientras que él continuaba predicando el Evangelio. Se nos dice que el avivamiento duró seis meses. Finney no marchó nunca, pero había sido obediente al Espíritu de Dios. Había dado el primer lugar a lo más importante. El sabía que podría tener más tarde a su desposada, pero se dio cuenta de que la obra de Dios no podía esperar.

Me pregunto: ¿cuántos de nosotros haríamos esto? ¿Cuántos estarían dispuestos a dejar a un lado sus propios planes y obedecer al Espíritu de Dios? ¿Podría Dios hallar en la actualidad a tales hombres, que estuvieran dispuestos a romper sus compromisos a fin de poder obedecer a Dios? No es de extrañar que Finney experimentara avivamientos. Se había dado completamente a Dios. En su vida la obra de Dios venía la primera. Fue obediente en cada punto; por ello Dios le utilizó para Su gloria y honor.

Quizá Dios le esté diciendo a alguien que se aparte del pecado, que se vuelva al instante de lo que está haciendo. Dios espera obediencia, obediencia implícita. ¿Qué hay de esto? ¿Estamos obedeciendo? ¿Estamos haciendo la voluntad de Dios? ¿Nos apartamos de algo cuando Dios nos dice que nos apartemos? ¿Hacemos la voluntad de Dios cuando El nos la revela? ¿Estamos viviendo, cada momento, en el centro de la voluntad de Dios? ¿O estamos siguiendo nuestras propias inclinaciones? ¿Rehusamos escuchar a la voz del Espíritu? No es de extrañar que Dios no nos utilice como Él quisiera. Tiene que haber una obediencia instantánea.

4. NO SE PUEDEN OBTENER GRANDES RESULTADOS SIN ENVIDIA Y OPOSICIÓN

Ésta es una lección dura a aprender y, a pesar de ello, tenemos que aprenderla. Muchos jóvenes evangelistas empiezan la obra pensando que nunca habrá ninguna oposición, que todos darán la bienvenida a su ministerio, y que triunfarán desde el principio. No llegarán lejos antes de que se den cuenta de que, si van a tener éxito, tendrán que afrontar a la vez envidia y oposición. Habrán los que tendrán celos de ellos, y habrán los que se opondrán a ellos.

No te pienses que todos te van a alabar, que otros cristianos te van a animar, que los pastores hablarán bien de ti y que te ayudarán de todas las maneras posibles, y que no tendrás que afrontar ninguna dificultad. Mejor que sepas ahora, cuando te lanzas a la obra de tu vida, que vas a confrontar envidia y oposición. Habrá muchos que no van a cooperar contigo. Habrá aquellos que intentarán desanimarte, que harán todo lo posible para dificultar tu obra.

En tanto que no cumplas mucho, nadie se preocupará mucho de tu obra. Pero tan pronto como empieces a conseguir éxitos, tan pronto como empieces a conseguir resultados, tan pronto como la gente vaya a escuchar tu ministerio, habrá los que tendrán envidia de ti. Todo lo que tienes que hacer es conseguir algo que nadie más ha conseguido, construir algo que nadie más ha construido, conseguir resultados que nadie más está consiguiendo, llegar a ser más eficaz que los que están alrededor, y la oposición más mortal será para ti. Habrá celos y envidia por todas partes.

Además, no vendrá del mundo. No te sorprendería si aquellos que no conocen a Cristo fueran los que se te opusieran. Pero en realidad, la oposición vendrá de líderes y de obreros Cristianos, de aquellos que deberían estar junto a ti y de ayudarte en todas las maneras posibles. Es entonces cuando te sientes como para dejarlo todo a un lado. Pero si ya sabes por adelantado que esto era lo que tenías que esperar, entonces estarás preparado para cuando tal cosa se manifieste, y no te sentirás sorprendido. De nuevo digo, si Dios va a utilizarte de una manera extraordinaria, si Él va a hacer algo por medio de ti que Él no ha hecho mediante otros, puedes estar perfectamente seguro que quedarás totalmente cercado de envidia y de oposición por todas partes. Esto ha sido cierto de todos a través de todos los siglos.

¿Qué pasó con Finney? ¿Fue criticado alguna vez? ¿Tuvo que afrontar la envidia y la oposición? Ya sabes que lo maravilloso acerca de todo esto es que, al pasar los años, la oposición, la crítica, la envidia, los fracasos, se olvidan mayormente. Raramente se registran. Cuando uno lee la historia de la vida de una persona, puede que solamente se lean las cosas alentadoras acerca de los triunfos, de las victorias. No es infrecuente que se registre el otro lado. Pero séame permitido decir que Finney tuvo tanta oposición como todo hombre que haya sido utilizado por Dios. Y fue bien diabólica. Fue calumniado por todos los costados, y ello por parte de los más notables líderes de la iglesia en sus días. Porque estaban celosos de sus triunfos. Los pastores unitarios lucharon contra él durante años, de manera que siempre se encontró en el ojo del huracán, a pesar de los maravillosos éxitos que estaba cosechando.

El doctor Lyman Beecher, uno de los líderes notables de la generación de Finney, hizo todo lo que estaba en su mano para derrotarle. Al ir Finney a Boston, Beecher le envió este mensaje, y lo cito literalmente: «Si intenta llevar el fuego a Boston, me encontraré con usted en la frontera del estado y llamaré a toda mi artillería, lucharé cada pulgada del camino a Boston, y entonces lucharé contra usted allí.» ¿Se puede acaso imaginar algo más depravado que esto? Bien, ¿qué hizo Finney? ¿Cómo le respondió? ¿Qué tenía que decirle? No dio ninguna réplica. Simplemente hizo lo que siempre hacía. Se fue al bosque, para quedarse a solas con Dios. Empezó a luchar en oración. Se lo contó todo al Señor, y Dios le dio una gran victoria.

Esto es, amigo mío, lo que tú también deberías de hacer. No importa el tipo de carta que recibas, no importa cuanta oposición tengas ante ti, tan sólo preséntaselo a Dios en oración. Desparrámalo ante Él. Dios luchará tus batallas por ti, si tú le dejas. Pero, si tú haces tus propias luchas, Dios te dejará que las hagas, y entonces tendrás derrota en lugar de victoria. Aprende a cómo orar. Nunca des respuesta por ti mismo. «Mía es la venganza, Yo daré el pago, dice el Señor» (He. 10:30). La envidia y la oposición pueden ser vencidas por la oración. Dios lo hizo así para Ezequías. También él recibió oposición. También él recibió una carta, pero él la puso delante de Dios, y el Señor le libró. En tanto que tú sepas que estás en el centro de la voluntad de Dios, no tienes por qué preocuparte. Nunca te preocupes de la oposición. No te preocupes de la envidia. Continúa sirviendo al Señor. El te abrirá el

camino. Dios te vindicará gloriosamente en Su propio buen tiempo, y tú hallarás que vale la pena dejar que Él luche tus batallas.

Este es prácticamente el único tipo de oposición y de persecución que tenemos hoy por hoy. No se nos ata a palos y se nos quema vivos. No tenemos que sufrir la muerte del mártir. En raras ocasiones somos objeto de agresión física. La única oposición que recibimos es la crítica y la calumnia, y ello a causa de la envidia y de los celos.

Moody y Sankey tuvieron la misma experiencia. Cuando fueron a la Gran Bretaña, sufrieron oposición de todos lados. Los periódicos les ridiculizaban y se reían de ellos. Incluso publicaron caricaturas de ellos. En todas partes encontraron la más amarga oposición, y a pesar de ello Dios les vindicó de tal manera que ganaron miles incontables para el Señor Jesucristo en las Islas Británicas. En la actualidad son loados y alabados hasta por las nubes.

El apóstol Pablo sabía qué era recibir oposición. Una y otra vez se encontró con tumultos. En todas partes se encontraba con oposición, pero Dios le libró a pesar de todo. También tú serás librado, pero su fr irás oposición, y tienes que esperarla. Te advierto, pues, no sea que te desalientes. Espera tanto envidia como oposición, y ello de líderes cristianos.

5. TAN SÓLO ES POSIBLE UN AVIVAMIENTO PERENNE ALLÍ DONDE HAY UN CONTINUO QUEBRANTAMIENTO DE CORAZÓN

Ahora hemos hallado el secreto. ¿Sabes lo que es tener un corazón siempre ardiente para el Señor? ¿Deseas conocer la continua unción del Espíritu Santo? ¿Te hallas ansioso de ser utilizado en el servicio de tu Señor? ¿Quisieras hallarte siempre encendido con el poder de Dios? ¿Deseas un avivamiento perenne en tu propio corazón de manera que nunca pierdas tu primer amor, tu temprano entusiasmo? ¿Estás orando para que puedas estar en fuego perpetuo para Dios y que puedas siempre hallarte interesado en las almas de los hombres? Bien, entonces ahí está el secreto. El avivamiento perenne solamente es posible allí donde hay un continuo quebrantamiento de corazón.

Ahora permítaseme hacer esta pregunta. ¿Cómo consiguió Finney el avivamiento perenne? Recuerda que hasta el día de su muerte fue un avivador. De continuo llevó a cabo una obra de búsqueda de almas. Nunca perdió su carga por las almas. Ahora, pregunto yo: ¿Cómo pudo mantener un ministerio tal?

Cada día de su vida hizo de estar a solas con Dios y de tener un tiempo de quietud ante Su Palabra un asunto importante. Cada día se tomó tiempo para la oración. Nunca dejó que pasara un solo día sin encontrarse con su Señor. Esta es la respuesta.

Cada día, desde hace más de medio siglo, he tenido mi rato devocional. Ni tan sólo soñaría de empezar mi trabajo sin primero encontrarme con Dios. Mañana tras mañana voy a mi estudio y me presento a mi Señor. Primero de todo, leo en las páginas del Sagrado Libro y, después, me doy a la oración y a la súplica y a la oración. Así, me encuentro con mi Señor antes de encontrarme con los hombres, y El resuelve mis problemas antes de que yo vaya a ellos. El rato devocional de cada día lo ha significado todo en este mundo para mí, y mi ministerio sería débil, impotente e ineficaz sin él.

¿Tienes un tiempo para encontrarte con Dios? ¿Tienes un lugar para encontrarte con Dios? ¿Ha habido un día desde que te convertiste en que no has abierto las páginas del Libro Sagrado para estudiar la Palabra de Dios? ¿Has dejado que pasara un solo día sin derramar tu corazón en oración y súplica?

Amigo mío, si deseas mantener la espiritualidad que Dios te ha dado, si deseas un avivamiento perenne en tu corazón, tendrás que aprender a encontrarte con el Señor Jesucristo cada día. Recuerda que el maná se recogía diariamente. También tú tendrás que recogerlo diariamente o nunca llegarás a nada en el servicio de Dios.

Había tiempos en que Finney se sentía enfriar. se, cuando se daba cuenta de que su corazón s estaba helando. En cada ocasión de éstas recurría horas extraordinarias de oración. En una ocasión pasó un invierno entero sin leer ningún otro libro, ni ningún otro diario, sin leer nada más que solamente la Biblia, y la leía sobre sus rodillas. Apartándose de toda otra cosa, se derramaba sobre las páginas del Sagrado Libro y se daba sí mismo a la oración a fin de no perder el fuego del avivamiento. Deseaba mantener un espíritu. de avivamiento ardiendo en su alma, y así es cómo lo hizo.

Una y otra vez, dice, recibió nuevas unciones del Espíritu Santo, especialmente cuando estaba pasando tiempo en oración, o estudiando las sagradas páginas de la Palabra. Una y otra vez, el poder de Dios vino sobre él hasta que su corazón se volvía cálido y enardecido otra vez. Entonces salía a tener reuniones de avivamiento y otra vez veía cómo la convicción caía sobre la gente > cientos y cientos se convertían.

Uno de los mayores peligros del ministerio es el de conocer el poder de Dios y después perderlo. Hay tantos que una vez estuvieron encendidos, que en una ocasión estuvieron interesados en el avivamiento, y que ahora han perdido el fuego y han sido echados a un lado. Es fácil acomodarse en una cómoda iglesia, conseguir unos buenos ingresos, gozar de todos los lujos de la vida, tenerlo todo rodando suavemente, y perder entonces toda carga por las almas. Es tan fácil que la pasión por las almas te abandone y entonces llegar a actuar de manera mecánica. Estar encendido cuando se es joven, y entonces enfriarse cuando van transcurriendo los años, es una experiencia que nunca deberías de pasar. La única manera de mantener el espíritu de avivamiento es el de procurar que haya un continuo quebrantamiento de corazón.

6. EL EVANGELISMO ES EL SECRETO DE LA BENDICIÓN MATERIAL, ADEMÁS DE LA BENDICIÓN ESPIRITUAL EN LA IGLESIA LOCAL.

El Tabernáculo Alianza y la Iglesia del Pueblo, en Toronto, fueron las dos construidas sobre el evangelismo. Cada campaña dejaba dinero en la tesorería. No todo se iba en gastos o para el evangelista y su grupo; siempre quedaba algo para la iglesia. Así es como la obra prosperó materialmente, además de espiritualmente.

A no ser que haya bendición financiera, es que existe una mala administración por algún sitio. El auditorio, con todo su equipo, que resulta gratis para el evangelista, sin ningún tipo de alquiler, tiene ciertamente derecho a algún beneficio. De otra manera no vale la pena la inversión. El pastor que trabaja en instruir a obreros, y que sin ninguna remuneración extra se afana y hace planes para la campaña, debería de asegurarse que esta campaña deja en mejor estado a la iglesia, no solamente espiritualmente sino también financieramente.

La voluntad de Dios queda claramente expresada con respecto a las bendiciones materiales. «Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma» (3.ª Jn. 2). Las tres cosas, como ves, van juntas: prosperidad espiritual, física y material. Hay excepciones, pero éstas son la voluntad más excelsa de Dios. Si la campaña es una bendición espiritual para la iglesia, será también una bendición material. No se pueden divorciar ambos extremos.

* * *

Éstas son, entonces, las seis lecciones que se pueden aprender del evangelismo y del avivamiento. Cada una de ellas, como ya he afirmado es de suprema importancia. A no ser que tú y las aprendamos a fondo, no nos aprovecharemos mucho de lo que hemos leído y aprendido de la obra de avivamiento. Permíteme decir otra vez que poco es lo que se puede aprender aparte de una manifestación del Espíritu de Dios, que siempre se pueden cambiar las condiciones desfavorables mediante el poder de la oración prevaleciente, que un requisito indispensable para el triunfo lo constituye una obediencia perfecta a la voluntad de Dios; que no se pueden conseguir grandes resultados sin envidia y oposición que solamente es posible un avivamiento perenne cuando hay un continuo quebrantamiento de corazón y, por último, que el evangelismo es el secreto de la bendición material, además de la espiritual, en la iglesia local.

«Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (2.ª Cr. 7:14).